

SUSCRICION

EN

MADRID.

UN MES. . . 8 RS.
TRES MESES. 20
SEIS MESES. 40
UN AÑO. . . 80

30 por 100 de indemnización á los suscritores.

SUSCRICION

EN

PROVINCIAS.

UN MES. . . 40 RS.
TRES MESES. 24
SEIS MESES. 48
UN AÑO. . . 96

30 por 100 de indemnización á los suscritores.

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUMARIO.

HISTORIA DE LA SEMANA.—REVISTA DE MADRID: Revista de teatros.—SEMANA HISTORICA; Historia contemporánea.—SEMANA JUDICIAL; Causa contra el general don Rafael del Riego; Noticias judiciales.—SEMANA CIENTIFICA; Viages.—Baviera.—Ratisbona.—CRITICA LITERARIA; Novelistas contemporáneos.—SEMANA LITERARIA; Leyendas vascongadas.—SEMANA RELIGIOSA; Iglesia de San Pedro en Roma.—SEMANA MORAL; Breves noticias sobre la gaja ciencia; anécdotas, máximas, efemérides españolas del siglo XIX, caricatura, gaceta, la devota, logogrifo, solución del anterior, etc.
Este número lleva nueve grabados.

HISTORIA DE LA SEMANA.

Exterior. FRANCIA. La Asamblea nacional continúa en sus trabajos legislativos, y aun cuando la mayoría sensata de ella apoya los proyectos que le somete el ministerio, la montaña no deja de manifestar sus desorganizadoras tendencias, con tanta mas fuerza y violencia, cuanto es mayor el rigor que los ministros despliegan en reprimir la prensa, los clubs y los elementos de socialismo esa moderna plaga que amenaza subvertir la Europa entera. En la sesión del 26, tratándose del aumento de los centros electorales, Mr. Miot se dirigió á la Asamblea con estas palabras: «Ciudadanos democratas, señores realistas.» Este apóstrofe conmovió la Asamblea; restablecido el orden continuó el orador, pero con tal violencia, con tales insultos que llamado por tres veces al orden, y retirándole la palabra el presidente de la cámara, con la aprobación de esta á quien consultó, desobedeció siguiendo en sus invectivas apoyado por los individuos de la montaña, hasta que poniéndose el sombrero el presidente se terminó la sesión en medio de la mayor agitación y tumulto. En la sesión del día 27 aprobó la asamblea la disolución de la guardia nacional movilizada, prorogándose la ejecución de esta importantísima medida para el día 31 de este mes de enero.

Los fondos públicos habían subido el día 27. En esta semana ha habido gran retraso, y han faltado los últimos correos de Francia por hallarse interceptado el camino de hierro de París á Burdeos, habiéndose recibido solo los periódicos de la parte meridional de Francia.

INGLATERRA. Una gran calamidad ha amagado á esta poderosa nación. El joven príncipe de Gales, heredero de la corona de los tres reinos unidos de la Gran Bretaña, ha estado á punto de perecer. El joven príncipe acompañaba á su padre en una partida de caza cerca de Osborne (isla de Wight.) En el momento en que lord Canning, que era de la partida, iba á tirar á una liebre, cayó de un árbol inmediato un pájaro herido por otro cazador. Voló el joven príncipe, que solo cuenta nueve años de edad, con toda viveza, con toda la imprudencia de un niño á cogerlo, y se halló instantáneamente bajo el tiro destinado á la liebre á que apuntaba lord Canning. El coronel Grey cubrió rápidamente con su persona la del príncipe, recibiendo el tiro de la escopeta de lord Canning, que afortunadamente dió en los faldones de su casaca donde se amortiguó la fuerza de los proyectiles. Eléctrica, instantánea fué la emoción que produjo en todos esta escena. Lord Canning creyó que había herido al príncipe y cayó desmayado. Pudo haber sucedido una gran catástrofe. ¡De cuán leves causas están pendientes los destinos de las mas poderosas naciones!

AUSTRIA. No han cesado aun los motivos de alarma en Viena, que continua en estado de sitio. Se habían suprimido varios periódicos, entre ellos la *Prensa*, que había aparecido nuevamente en otra ciudad donde no alcanzaba el estado de sitio, empero el gobierno de Viena ha prohibido á sus habitantes su lectura. Algunos estudiantes fueron presos por cantar himnos revolucionarios: sus compañeros exasperados intentaron libertarlos del poder de las autoridades, violentamente atacados cayeron en poder de estas. Muchos habitantes han dirigido súplicas al gobierno para que no los someta al rigor de las leyes militares que rigen en el estado de sitio, implorando la clemencia

TOMO I.

del emperador para que se limite á espulsarlos de la universidad.

Es indudable que las sociedades secretas constantes en su plan de propaganda trabajan asiduamente en Alemania y en Italia.

ITALIA. Las cámaras de Piamonte donde las elecciones han sido ganadas por el partido moderado, se abrieron por el rey en Turin el día 20 de diciembre. El rey pasó despues revista á las tropas siendo acogido con unánimes aclamaciones. El ministro de Pio IX, el célebre conde de Mammiani ha sido nombrado diputado, pero su eleccion será disputada por ser natural de los estados de la iglesia, y la cámara decidirá si es legal la eleccion que de él han hecho por su diputado las poblaciones de Pignorollo y Génova.

Ha muerto en Brunn, Moravia, el archiduque Fernando de Este, á la edad de 26 años. Era el presuntivo heredero de la corona de Módena, cuyo duque reinante no tiene hijos ni tampoco sus tíos.

El papa continua en Portici, se espera su pronta vuelta, tantas veces anunciada, á la capital del mundo cristiano. Habian llegado ya algunos cardenales. La expedición francesa ha comenzado á disminuir sus fuerzas reembarcándolas para Francia.

INTERIOR. La tranquilidad mas inalterable continúa reinando en todas las provincias de la península.

Las tropas de nuestra expedición á Italia siguen llegando al puerto de Rosas, siendo la causa de no haber terminado ya el desembarque de todas ellas los fuertes temporales que han agitado en estos dias crudos de invierno los mares. Nuestros soldados vienen en el mas satisfactorio estado de salud, y con la brillantez y disciplina con que han dejado admirados á los habitantes de la Umbria y de la Sabina, cuyos pueblos han guardado.

La Navidad ha sido celebrada en todos los pueblos de España con la mayor alegría, notándose la animación y movimiento propio de este tiempo, no obstante el crudo frio que se ha sentido aun en los pueblos de mas templado y benigno clima.

El gobierno ha publicado al fin el nuevo arreglo de la administracion civil, nombrando para las provincias gobernadores que reunieran en sí las atribuciones de los intendentes que quedan suprimidos, y tomando otras medidas para asegurar la recaudación de las rentas públicas.

Los cuerpos colegisladores han continuado sus tareas legislativas en que se nota mas animación. El Senado sigue discutiendo la ley penal del contrabando. El Congreso de los diputados ha ofrecido mas variedad en sus sesiones y mas animación y calor. El 31 de diciembre se debatió la eleccion del señor Bermudez de Castro diputado por Valdeorras, y fué aprobada no obstante la tenaz resistencia que opusieron los diputados gallegos, que por primera vez votaron en esta legislatura con las dos oposiciones progresista y conservadora; su número reunido no ascendió mas que á 70, siendo el de la mayoría el de 120.

El día 2 y 3 los ocupó el Congreso en discutir una interpelación de la oposicion conservadora, que formuló una proposición para que se suspendiese el nuevo arreglo publicado por el gobierno para la administracion civil, como anticonstitucional, antieconómico y poco oportuno. Reñida fué la lucha que empeñaba la oposicion. Hablaron largamente los señores Moron, y Benavides. El señor Escosura no atacaba al gobierno y habló en defensa de ese mismo sistema de administracion, que él como ministro, en mayor escala había proclamado. Los ministros de Estado, Hacienda, y Gobernacion contestaron á los impugnadores del sistema, y puesta á votación esta cuestion, que era una cuestion verdadera de gabinete, el Congreso desechó la proposición de la minoría conservadora por 130 votos contra 76.

El día 4 se continuó en la discusión de la ley de contabilidad, no ofreciendo nada notable la fisonomía del Congreso en esta discusión de suyo pacífica, si bien una de las mas importantes que pueden presentarse á una asamblea.

La reina, por el estado de su salud, no recibirá en la próxima pascua de Reyes el homenaje de respeto y

de fidelidad que en nombre de la nacion iban á presentarla las dos grandes diputaciones del Congreso y del Senado. Plegue al cielo continúe en tan interesante estado, que probablemente, segun la constante práctica observada en tan faustos sucesos, se anunciará muy pronto oficialmente á la nacion entera.

ACTOS DEL GOBIERNO.

Por el ministerio de Hacienda se han publicado en la semana que acaba de transcurrir, dos reales decretos declarando por uno, que las clases pasivas de todas las carreras dependen del referido ministerio, y creando por el otro una direccion de lo contencioso con las atribuciones que en el mismo se designan; y ademas una circular explicando y fijando las atribuciones que en el ramo de hacienda corresponden á los gobernadores de provincia últimamente creados.

El de Comercio, Instrucción y Obras públicas, ha adoptado varias disposiciones para aumentar y enriquecer con obras de que hasta ahora carecian, las bibliotecas de las universidades y principales establecimientos de instruccion, siendo las referidas las únicas resoluciones que ha publicado la Gaceta oficial en la última semana.

REVISTA DE MADRID.

El año de 1849 ha terminado ya su gloriosa carrera. El de 1850 ha estado pronto á sucederle. Toda esta gran trasformación, que así va condenando los años presentes al inmenso panteon de lo pasado, que así nos va adelantando las horas que divisábamos mas remotas en el porvenir, se ha verificado con la misma sencillez que las demas solemnidades de su género. Con la campanada de media noche del día 31 de diciembre. Una silenciosa oscuridad y un frio de cinco grados bajo cero se encargaron de despedir al año saliente y de cumplimentar al entrante. Los habitantes de Madrid asistían á esta ceremonia cada cual desde la butaca inmediata á la chimenea, ó desde los aristocráticos salones del *raout*. Esto es sin contar la gran porción que atravesaba las calles con el sombrero hasta las cejas, y con la inmensa mayoría que en aquellos instantes yacia tranquilamente reclinada en los brazos de Morfeo.

Es á la verdad una tristísima condicion nuestra, condicion universal, para consuelo de cuantos nos hallamos en ella, la de haber de celebrar esta gran solemnidad entre las brumas y las escarchas, entre los frios de diciembre y enero. El año tiene doce meses, cada uno de los cuales es por lo menos tan bueno, para dar principio al año como el mes de los hielos. ¿Por qué, pues, no comenzar con los primeros dias de la primavera, con la estación mas bella y florida de todo el año, con las serenas y deliciosas mañanas de abril, con la esquisita fragancia de las flores y el grato verdor de la primera hoja de los árboles? ¿Por qué no comenzar á vivir en la misma época en que la naturaleza entera se reanima y vuelve de nuevo á la vida?

¿Por qué, lectores míos? Yo os lo diré. Por que hace 26 siglos que el buen rey Numa Pompilio lo dispuso de otro modo. El año contaba entonces diez meses no mas, de los cuales era el último diciembre, como su nombre lo indica. Añadió otros dos el buen monarca, que bien pudieran, siquiera por añadidos, ponerse detrás de los que estaban primero; pero la adición era obra del rey, y el rey no podía consentir en que su obra quedase detrás de la anterior: era preciso ponerla delante. Enero y febrero se adelantaron entonces á marzo. El dios de la guerra hubo de ceder la primacia al dios de la paz. Jano, á quien se consagraba el mes de enero (*Januarius*) necesitaba estar en posición de ejercitar su carácter de doble vista (*bifrons*) mirando con una cara al año pasado y con otra al presente. Marte podía estar bien colocado en cualquier periodo del año. Ojalá que no estuviera en ninguno.

Congratulémonos, sin embargo, de que haya aparecido el nuevo año; pues mas bien que envuelto en

el espeso ropage del invierno y sacando por entre sus pliegues las heladas y nervudas manos, podemos figurárnoslo como la aurora que abre con sus sonrosados dedos las puertas del Oriente. Ya vuelve con él á los aristocráticos salones la vida y la animación que les faltaba: ya se preparan nuevos saraos, donde pueden lucir sus gracias las bellas y sus caprichosos adornos las damas elegantes. Ya se disponen intrigas para los próximos bailes de máscaras. Ya se piensa en fin, en gozar y en divertirse, mientras dura esta cruda, pero breve estación, que va á encontrarse muy pronto en su camino con el austero y descarnado rostro de la cuaresma. Todo nos hace esperar que el dios Jano no volverá su cara atrás en este mes sino para lamentar el precioso tiempo que ha perdido.

Y es cosa singular: con el principio del año ha vuelto también á lanzarse á la arena una cuestión que ofrece cierta curiosidad é interés; una cuestión que resuelta favorablemente puede producir una revolución completa en el mundo. Hablamos de la dirección de los globos aerostáticos; problema que en manera alguna tenemos por irresoluble; á cuya dilucidación debe animarse al que de buena fé desea entrar en ella. Nada haremos ciertamente, mientras respondamos á las inspiraciones del genio, cuyo vuelo va mas allá que el de nosotros, con las intolerantes palabras de: «es un imposible, es una quimera, es un absurdo.»

Desgraciadamente todo principia entre nosotros del mismo modo. No ha muchos años todavía que ocupaba la dorada poltrona ministerial una persona cuyo nombre es de todos muy conocido, cuando se dejó ver en Madrid y obtuvo permiso para hablarle cierto banquero inglés, que pretendía tomar por su cuenta la construcción de algunos caminos de hierro en España. ¡Caminos de hierro en España!!! le respondió S. E. frótándose las manos y dando brincos por el despaecho con indecible alborozo. ¡Caminos de hierro en España!!!... Ja ja ja!.. Y se reía el ministro á carcajadas tendidas en las barbas del mas formal y mas estirado de todos los ingleses. «En verdad que no habrá caminos de hierro en España mientras haya ministros que se reían,» dijo para sí el desairado banquero: y dió por terminada en el acto aquella ridícula y desagradable entrevista.

Bien puede ser que los tuviéramos hoy si la audiencia ministerial hubiera terminado de otra manera.

En cambio de este desaire, dos años después tomaba bajo su protección un alma generosa á cierto pretendido aeronauta, mas poseído de quimeras que de las inspiraciones del genio, que nos hablaba con suma candidez de los cañones que pensaba llevar en su Eolo, de las salvas de artillería que iba á disparar en las alturas, y del desembarazo con que se proponía navegar á toda vela por medio del vacío. Es verdad que el aeronauta en cuestión no estaba solo en esa tarea de navegar por el vacío. Por eso su doctrina estaba llamada á hacer algunos prosélitos y á encontrar una favorable acogida.

Sea lo que quiera de este descubrimiento, nosotros deseamos ardientemente que llegue á alcanzarse, aunque la administración española, enemiga implacable de toda economía, se resienta de la escandalosa baratura que con él llegarán á obtener los transportes. Entretanto habremos de contentarnos con ver ascender los globos en la atmósfera á la merced de su libre albedrío, y prevenimos á nuestros lectores que quizá habrán de presenciar muy en breve el espectáculo anunciado días hace. Madama Arban está decidida á llevar á cabo su proyecto en esta misma semana, si el tiempo se presenta mas favorable de lo que ha sido en la anterior.

Esta expedición nos trae involuntariamente á la memoria una de las últimas y también de las mas valientes y atrevidas ascensiones que se cuentan de su malogrado esposo, Mr. Arban. Verificóse el día 2 de setiembre del año anterior. A las seis y media de la tarde se elevaba Mr. Arban sobre la ciudad de Marsella, y á las dos de la mañana se dejaba caer sobre la capital del Piamonte. En esta arriesgada travesía, el intrépido aeronauta se encontró cuerpo á cuerpo con los Alpes, y los escaló osadamente sirviéndose de la luna como si fuese una linterna. Mr. Arban humillaba las montes y aplanaba las alturas, elevándose rápidamente sobre ellas. Su Eolo trató á los Alpes con el mismo desprecio con que pudiera haber tratado á un grano de mostaza. El osado viagero saludaba en medio de la noche las nieves contemporáneas de Annibal, conversaba con las nubes, se mezclaba en sus densos torbellinos, burlaba las peligrosas corrientes del aire, y en rápido descenso, caía á las dos de la mañana sobre Stubini, muy cerca de las puertas de Turin.

Estos gloriosos recuerdos rodean necesariamente de un gran prestigio á su animosa consorte, cuyo valor debieran haber rebajado de un modo considerable las recientes desgracias de su marido. Así es tan gran-

de la ansiedad con que el público de Madrid aguarda la próxima ascension de madama Arban.

Pero tiempo es ya de que abandonemos las regiones atmosféricas á donde nos ha llevado el curso de este artículo, para bajar á la tierra donde nos aguardan los bailes y los festines. En verdad que no tenemos perdon para abandonar en estos momentos el animado y bullicioso recinto de los salones. Bien pudiera alguno decirnos en esta ocasión con el famoso poeta Mantuano... *Qua spe gelidis in nubibus hæres?* ¿Qué esperanza te detiene en la helada región de las nubes?

Y en efecto. En una época en que por todas partes corren tan gratos rumores de nuevos saraos y de elegantes bailes de trages: cuando al aristocrático *raout* que celebró el señor marqués de Miraflores en la última noche del año anterior ha sucedido en la del día inmediato el concurridísimo y animado baile de la señora de Seoane, que tan gratas impresiones ha dejado en el ánimo de los asistentes: cuando se preparan nuevos festejos y diversiones para todas las clases de la sociedad: cuando está próximo á volver á nuestros saraos el *minuet*, contemporáneo de la peluca empolvada y del lujoso espadín, de aquella época bienaventurada en que el barbero nos servía de periódico: cuando la virtud y la abnegación reinan entre nosotros hasta el punto de que los brillantes *palidecen* junto á la ardiente mirada de las bellas, si hemos de escuchar la sentida espresión de un periodista, fuera muy loca empresa abandonar esta tierra de promisión y buscar lejos de ella esa felicidad que á manos llenas nos prepara.

¿Y qué mas? El mismo Mr. Paul, alejado hace ya tiempo de la agitada vida de los circos y de las diversiones ecuestres, ¿no acaba de tomar el respetable carácter de gran sacerdote de Terpsícore, disponiéndose á dar á los que rinden culto á la alegre musa, muchas y buenas ocasiones de ejercitar su devoción con fervoroso celo? No inventamos por cierto nada nuevo: no hacemos mas que repetir lo que las cien trompetas de la fama han proclamado á esta hora. Según ellas, el antiguo director del circo ecuestre prepara magníficos bailes en los salones que componian el difunto pasaje de la Villa de Madrid. Mil faroles chinoscos vendrán á iluminar aquella mansion solitaria, que guarda hoy día en silencio profundo los restos de la industria francesa, muerta de un aire colado en el invierno de 1848. Cincuenta profesores escogidos harán oír en aquel recinto los mas armoniosos y melodiosos walses conocidos. Las bóvedas del suntuoso pasaje estarán profusamente iluminadas: y el ambigü será servido con los mejores productos que salen de la repostería del café Suizo y de la cocina de Mr. L'Hardi. Los manes de los industriales franceses, allí sepultados, indignaránse sin duda al ver perturbado su reposo por aquella infernal algarabía. Mas, ¿quién sabe? tal vez, al penetrar los ecos de la música y el resplandor de las bugías á través de las rendijas de sus sepulcros, tomen aquella ceremonia por un oficio de difuntos y entiendan que la bulliciosa concurrencia acude á aquel recinto para derramar lágrimas como puños en favor de sus almas, y pedir á Dios que liberte de tamaño desastre á los pasajes que aun viven.

En tanto que llegan estos felices momentos, los jóvenes de Madrid consagran las brevísimas tardes de estos días á otro pasatiempo muy propio de la cruda estación en que vivimos: á patinar por el estanque del Retiro. Algunas tardes los hemos visto circular con prodigiosa velocidad sobre su helada superficie, y dar allí brillantes muestras de su agilidad y destreza. Otras los hemos visto caer, y romper en mil pedazos la tenue capa de hielo que se estiende de un lado á otro del estanque. Creemos inútil advertirles que su temeridad los lleva muy cerca del peligro. Mas no creemos ocioso advertir á quien convenga que en Francia no se permite correr patines sobre el hielo hasta asegurarse de que su espesor es suficiente á sostener el peso del hombre mas corpulento.

Aquí, donde para todo se toma á Francia por modelo ¿por qué no se adopta alguna medida preventiva, con la cual se pudieran evitar muchas desgracias?

A.

REVISTA DE TEATROS.

En este mundo es indispensable tener ó desear, gozar de alguna cosa ó esperarla, poseer bienes presentes ó consolarse con la esperanza de los bienes futuros. A falta de lo primero, lo segundo es siempre de rigorosa ó indispensable necesidad. No hay teatros; pues los habrá. No hay actores; pues los tendremos. No hay ópera; vendrán cantantes. No hay baile; se aguardan bailarines. Entretanto, siempre se sabe, ó cuando menos se dice, que las empresas han ajustado al actor don N. y que han enviado comisionados, á

Italia, cuando se trata de ópera; á París cuando se habla de baile. Llegado el plazo que se fija, los cómicos no parecen, los cantantes se han ido con la música á otra parte, los bailarines se ocupan de hacer piruetas en otro teatro. Pero ¿quién nos quita ya el placer de haber tenido una grata esperanza: ¿Quién nos quita haber hablado de Ronconi, de la Frenzzolini, de la Moreno, de la Cerrito, de la Fuoco y de todas las notabilidades filarmónicas y coreográficas conocidas en el mundo?

Esto ha sucedido precisamente en los teatros de Madrid durante la anterior semana. A falta de funciones y de novedades, en medio del hastío que ha causado la repetición de las comedias de Noche Buena y los beneficios de las actrices en los mas de los teatros, era preciso ocuparse de lo futuro para entretener en algo el tiempo. Por esto sin duda se ha dicho que la Cruz y el Circo han enviado comisionados en busca de actores, cantantes y bailarines.

¿Quiéren saber nuestros lectores el concepto que nos merecen estos pomposos anuncios? Pues vamos á decirlo, si antes no toman á mal que les contemos un cuentecito.

No ha mucho tiempo que tomó á su cargo la empresa de un teatro de Madrid cierto sugeto de capacidad notoria, cuya primera diligencia fué procurarse el apoyo y la protección directa de altos y poderosos personajes. Todos los periódicos de Madrid dieron por organizada la empresa, hablaron de las principales partes que formaban la compañía *in fieri*, y hasta dijeron cuantas personas habían tomado palcos por abono en el consabido teatro. Llegada la ocasión de realizar todos los proyectos, dijo el empresario á sus protectores: «Venga dinero, que voy á traer algunos cantantes.» «Vengan cantantes, le respondieron aquellos, entonces daremos dinero.» «Es que necesito dinero para ajustar los cantantes,» replicó el primero. «Es que hemos de ver los cantantes antes de dar el dinero,» volvieron á responder aquellos. «Y el empresario, que se vió tan mal parado, dijo entonces muy serio. «Otro se divierte.» Y otro vino, en efecto, á sucederle en la agradable tarea de levantar en el aire castillos y de formar irrealizables proyectos.

Pues he aquí lo que pensamos nosotros sobre esos despachos de comisiones y esos ajustes de cantantes. Sabemos que el dinero anda reñido con las empresas de teatros. Sabemos que los recursos son tan escasos como abundantes los embrollos. Sabemos en fin, mas que quisiéramos y mas que pudiéramos decir: ¡hemos de creer que sin recursos puedan organizarse compañías de ópera y de baile, por mas comisiones que se despachen á todos los ámbitos del Universo?

Diremos, sin embargo, lo que dicen los demás, ¡con esto quedaremos cumplidos.

Dícese que el teatro de la Cruz ha mandado comisionados á varios puntos con el objeto de contratar algunas partes principales. Sea muy enhorabuena. Lo que no sabemos es si estas partes son de música, de declamación ó de baile. Probablemente las habrá de todo: que es el único modo de dejar á todos contentos.

Parece que el empresario del Circo está en correspondencia con una bailarina célebre: con estas palabras lo han anunciado los periódicos. La noticia no deja de ser importante. Deseamos que le haga buen provecho al empresario la correspondencia de la bailarina.

Cuéntase que han llegado á Madrid el barítono Mancusi y el bajo Euzet, con destino al teatro de la Opera. Esto ya es algo mas que correspondencia. Dios los traiga de su mano y los preserve de todo mal, especialmente de los mortíferos aires del puerto de Guadarrama.

Parece que se está ensayando y se pondrá en escena á la mayor brevedad el baile nuevo de grande aparato, obra del señor Appiani, que lleva por título *Manon Lescant*. Le deseamos mejor fortuna que al *Diablo á cuatro*, aunque tememos mucho que no se han de realizar nuestros deseos.

Asimismo se asegura que se está ensayando en el mismo teatro la ópera *Hernani*, en que harán su primera salida la señora Solera, el tenor Alzamora, el barítono Maneusi y el bajo Silingardi. Ya veremos lo que resulta de estos ensayos, si es que resulta alguna cosa.

Estas son todas las noticias que podemos dar á nuestros lectores sobre las próximas novedades teatrales.

De la semana que ha pasado es de la que no nos parece posible referirles novedad alguna. El teatro Español ha reemplazado con *La Mensajera* las representaciones de *Las Flores de don Juan*. El teatro del Drama ha vuelto á obtener los honores de la silba en la representación de *El Tejedor de Játiva* y en el beneficio de las actrices. Después ha puesto en escena *La Pata de Cabra*, y otras producciones modernas. En el teatro de Variedades vuelve á representarse *El Duende*. Al Instituto han llamado una numerosa concurrencia las varias representaciones que se han dado de la *Flor de la Canela*, desempeñando las mugeres todos los papeles de hombre.

Tal ha sido la vida de los teatros de Madrid en la primera semana de 1850.

SEMANA HISTORICA.

HISTORIA CONTEMPORANEA.

1827.

XXXVIII.

Cuando las tropas se aproximaron á Vich las dispuso el conde de España en diferentes columnas, y aprovechando una loma, formó una cabeza de columna de caballería que presentando una masa regular de fuerza aparentaba la que no tenía la division.

Acompañado de un ayudante de campo, se dirigió el capitán general á la ciudad. A poca distancia de ella se encontró con una diputación que salía á ofrecerle su sumisión y respeto. Un canónigo que iba en ella, le dirigió la palabra diciéndole estaba comisionado por el Ilmo. Sr. obispo para decirle que en su casa tenía preparado el alojamiento y la mesa para sí y para todo su E. M. El conde de España quitándose el sombrero con aquellos finos modales que le distinguían, le contestó:

«Sirvase V. S. decir al Sr. Ilmo., que los capitanes generales del rey no hacen la primera visita á nadie; que con lo que S. M. me dá tengo bastante para mantenerme, y si algo me hace falta echaré mano de lo de mis ayudantes.» Y llamando en el acto su caballo á la izquierda salió á galope para las columnas á las cuales dirigió la palabra, y previno que en un pueblo en que de tal manera se había faltado á la lealtad debida á S. M. no era justo entrar batiendo marcha española; que entrasen tocando las cajas las *tabas verdes*.

XXXIX.

Así se ejecutó con grande satisfacción de los soldados que veían lisonjeado su orgullo militar, y se aficionaban mas y mas con estos actos al conde de España.

Silenciosos los habitantes de Vich, vieron desfilar por las calles aquellas tropas en cuyo semblante se leía la satisfacción de un triunfo mas apreciado por ser conseguido con las armas del ridículo. Alojose el capitán general en la casa preparada para el mariscal de campo don Juan Antonio Monet, y estando en un gabinete, con uno de sus ayudantes, le anunciaron la visita del Ilmo. Sr. obispo. Mandó el general salieran á recibirlo y que la mampara del gabinete quedará bien abierta despues de la entrada de su Ilmo.

Quisieramos el pincel y el genio del pintor, para retratar fielmente la interesante escena que solo vamos á describir, con exactitud, si, pero sin poder dar á los personajes que fueron sus actores el colorido que requeria su situación, ni pintar en los semblantes de los que estaban de espectadores, aquella impaciente ansiedad en que les tenía el presentimiento de lo que podría hacer el conde de España; ya se dejara llevar de la violencia de su carácter, ó ya valiéndose de su astuto saber, preparara al obispo una ridícula humillación que ocasionara un ruidoso rompimiento.

Entró, pues, el obispo acompañado de un crecido número de eclesiásticos, que se quedaron á la izquierda de la mampara; á la derecha, estaban el general Carratalá, algunos otros gefes, los ayudantes de campo del capitán general y porción de oficiales.

Saludáronse cortesmente la dignidad militar y la eclesiástica, y empezaron una conversacion cuyas primeras palabras no pudieron entenderse bien; pero como dijera el obispo en voz clara que no había podido evitar los males que se habían seguido, repúsole el conde que, «mucho era lo que podía haber hecho, siendo así que en su casa y bajo sus auspicios habían sido las juntas, y se había nombrado á un individuo de su clero para ir de vice-presidente á la de Manresa, donde se habían atacado los derechos soberanos del rey católico de España, delante de cuya soberana autoridad, los grandes y los pequeños, todos, debían estar de rodillas (1); pues si bien las mitras las apropiaba S. S. era porque las proponía S. M. C. y recuerda V. S. I. lo que sucedió en el siglo XVI con el obispo de Zamora? pues aquello puede repetirse ahora si el rey católico lo manda»... Conternado le contestó el obispo que él no había podido contenerlos á todos: el conde de España le replicó entonces con energía:

«Pues V. S. I. ha debido hacer lo que manda San Pablo, sacudirse las sandalias y marcharse del parage donde estaban los infieles á donde estaban los leales. V. S. I. ha faltado al rey, como vasallo, como autoridad, y como prelado de la iglesia; lo primero porque se ha mantenido entre sus enemigos; lo segundo porque no ha trabajado con la fuerza de su influencia y de su destino porque se contengan los males que se han seguido á los pueblos, y lo tercero, porque no ha predicado la obediencia al César, y dirigido la opinion y las conciencias en provecho de la paz, y para evitar que se derramara la sangre que ya ha corrido.»

Despidióse el obispo, y salió atravesando aquella apiñada fila de espectadores, sumidos en el mas profundo silencio. El asombro se veía retratado en todos los semblantes.

El capitán general le acompañó hasta el pie de la

(1) Echó la rodilla en tierra.

escalera, y al separarse le besó la mano; esto es, en la puerta de la calle.

Acto continuo redactó el parte para el ministerio, con la relación exacta de cuanto había ocurrido, y lo terminó diciendo:

«Sirvase V. E. decir á S. M. que esto he hecho como su capitán general del Principado, presidente de su real audiencia; y que como católico, he acompañado á su Ilmo. por la escalera, le he besado la mano; pero no he reparado me echara su santa bendición. Dios, etc.»

XLI.

El 13 fué el día de la entrada del conde de España en Vich; al siguiente, envió á Hostalrich un abundante convoy de víveres, y dispuso marchara el brigadier Manso con la vanguardia de su cargo, sobre Olot y demas puntos de la montaña en persecución de los rebeldes. Pasó S. E. el propio día con una parte del ejército á Gerona, y desde allí, dando á varias columnas diferentes y bien combinadas direcciones, logró envolver y dispersar, casi á un mismo tiempo hasta la frontera de Francia, á las partidas que quedaban en el Ampurdan y puntos limítrofes, á donde se guarecieron.

Entonces fué cuando el cabecilla Vilella, con todos sus oficiales y partida entregó las armas, sometiéndose al indulto.

XLII.

Algunas partidas se destacaron de Cataluña para llevar la guerra á Aragon, donde tambien se conspiraba; siendo uno de los proyectos apoderarse de la plaza de Peñíscola, para lo que se concertaron algunos oficiales indultados del delito de rebelion, que se hallaban acantonados en la villa de Benicarló.

Frustrado su intento, cometieron algunos escesos en Uldecona, la Cenia, Rosell, Godall y Trijinal, adonde se dirigieron con ánimo al parecer de hallar segura guarida en las montañas. Estas pequeñas partidas eran capitaneadas por Vicente Chubi, Vicente Guardia, y José Monteverde.

Encargada á don Ramon de Meer la persecucion y exterminio de estos sublevados, salió de Barcelona en la mañana del 21 de diciembre con ochenta hombres, un capitán y tres subalternos del regimiento de infantería ligera de voluntarios de Gerona, y resultó á poco la estincion de los rebeldes.

Por el mismo tiempo se trasladaba á Aragon don Joaquín la Guardia: pasó el Ebro; pero alcanzado en Capaces por la columna de don Alonso García, le propuso este el indulto, y rechazándolo, se rompió el fuego, trabándose una pequeña escaramuza, en la que perdió Guardia alguna gente, una bandera, 7,000 cartuchos y 26 hombres que quedaron prisioneros. Dirigióse Guardia con el resto de su gente á Cornudella, y alcanzado por 300 infantes y 30 granaderos de á caballo de la guardia real al mando de don Rafael España, que salió de Reus en su seguimiento, se rindió la mayor parte de la fuerza insurrecta, y la restante se fué presentando á las justicias de los pueblos.

XLIII.

Don Joaquín la Guardia, á quien ya dijimos se fusiló con el doctor don Magin Pallás, era un coronel ilimitado que hallándose arrestado en el fuerte de Tarragona, se fugó de él en union de otros compañeros, estimulados como él por un oficial que les trató de cobardes porque no corrían á defender la causa de los insurrectos catalanes.

Libre Guardia, se dirigió á Cornudella, se puso á la cabeza de los voluntarios realistas, á los que unió algunos paisanos, en comunicacion con Caragol, Rafi Vidal y otros, cuyas fuerzas mandó algun tiempo, y operó hasta que tuvo los fatales encuentros que hemos descrito.

Retirado á Obarca, tuvo ocasion de enterarse luego cerca de Reus de lo mal parada que estaba la insurreccion, y se encaminó á la Montaña, donde fué preso, sufriendo á poco la muerte, sin inculpar á nadie de su fatal destino.

XLIV.

El fuego de la insurreccion cundió tambien á las provincias Vascongadas.

El 2 de octubre, una pequeña partida al mando de don Asensio Lansagarreta, entró por sorpresa en Ullbarri-Arrazua, á legua y media de Vitoria; se apoderó de las armas de algunos voluntarios realistas, y se dirigió á Guipúzcoa por los montes de Aranzazu. Ostigados los rebeldes por las fuerzas que se destinaron á apagar aquel destello de sublevacion que podía prolongarse en las provincias, algun tanto predisuestas á ella por emisarios de Cataluña, marcharon á Vizcaya, donde sucumbieron á la activa y constante persecucion que les hacían las leales autoridades, ayudadas de los realistas. Los de Aramayona, arrestaron á Lansagarreta, y dieron fin á aquel amago de insurreccion, que ni fué ayudada por el país, ni comenzó con los mejores elementos. Cometieronse faltas indisculpables, y se demostraba en ellas lo que ya hemos repetido: que la revolucion que se disponia en 1827 carecia de una cabeza organizadora, y por consecuencia de ese centro de acción que es el alma de las revoluciones.

XLIV.

Volviendo á Cataluña acabaremos con las operaciones militares.

Abrigados en el Ampurdan y puntos limítrofes los restos de las gavillas insurrectas, de resultados de los pequeños encuentros que se tuvieron con ellas, y de la persecucion que efectuó el brigadier Manso, desaparecieron á poco del Principado todas las bandas de sublevados. La mayor parte de los que las componían se acogieron al indulto presentando unas armas que no sabían manejar, incluso los oficiales. Castan, Vilella y Rafi Vidal, depusieron tambien las suyas entregándose así para el patíbulo. Busons, tan infatigable como decidido, fué el único que en union de su asistente vagaba por las montañas de Berga, persiguiéndole Manso en todas direcciones y por todos los medios posibles.

Algunos que por sus crímenes anteriores no estaban comprendidos en el indulto, recorrían dispersos las escabrosidades de los montes, persiguiéndoles pequeñas partidas de tropa.

Tal fué el resultado de la insurreccion del Principado que damos por concluida militarmente.

Las tropas que consiguieron tan fácil victoria, pues la dieron los mismos enemigos, se acantonaron en diferentes puntos para recorrer los distritos señalados y restablecer el orden.

Los gobernadores y comisiones militares recogían al mismo tiempo en los pueblos toda clase de armas, para imposibilitar así otra nueva tentativa.

Dicen los militares que operaron entonces en Cataluña, que fué aquella campaña de las mas penosas que se han conocido, ya por la rapidez de los movimientos que tuvieron que ejecutar las tropas para apagar casi á un mismo tiempo la revolucion, ya por la escabrosidad del terreno en que obraban; añadiendo á esto que la mayoría de los cuerpos que formaron aquel ejército de operaciones, acudieron de remotas distancias á marchas dobles, y sin descansar se internaron en lo mas peligroso del Pirineo por los puntos mas difíciles, que era adonde, como es natural, se refugiaban aquellos sublevados que no tenían valor para combatir; siguiéndoles sin embargo las tropas á los abismos donde se escondían, sacándoles de ellos aun en las noches mas tenebrosas.

XLV.

Indignos de vencer eran los insurrectos de 1827. Es evidente que tenían 33 batallones en disposicion de campaña, y casi otros tantos sobre las armas en las poblaciones; abundaban en recursos, contaban con la proteccion de elevadas influencias, con un gran partido naciente y con el descontento de la opinion pública, que fluctuaba entre sus mismos intereses opuestos. El partido liberal estaba sin accion; el realista dividido.

En el partido realista se formó el teocrático, y en este el carlista. Los realistas de Fernando, querían unos el despotismo ilustrado con Zea, otros el absolutismo neto con Calomarde; pero ninguno el justo medio de Burgos, que iria acercando al gobierno á los liberales, con quienes jamás transigirían.

Por esto los liberales fueron los que mas ayudaron á terminar la insurreccion de 1827. Los servicios que prestaron fueron importantes, si bien pagados con la mas negra perfidia. Las autoridades de Cataluña solo podían valerse con confianza de los liberales y así lo hicieron.

Los insurrectos predicaban la cruzada contra los negros: estos, para destruir á los rebeldes, obraban bien poniéndose al lado de sus enemigos.

XLVI.

Terminada, como hemos dicho, la parte militar, vamos á ocuparnos de la mas importante, la política y la personal.

Entre los gefes de la insurreccion figura el teniente coronel don Juan Rafi Vidal, que instaló y presidió la junta de Reus, compuesta de dos eclesiásticos y tres oficiales de voluntarios realistas.

Desempeñando estaba Vidal la ayudantía de la subinspeccion de los realistas, cuando el gobernador de Tarragona le nombró para componer una columna de estos, que ejecutando varios movimientos, procurara la disolucion de unas partidas rebeldes, que engrosándose diariamente, recorrían la Cornudella, Alforja, Valls y otros puntos. Al recibir Vidal esta comision, convocó al ayuntamiento y á los voluntarios realistas, y participándoles la orden del gobernador de Tarragona, les dijo que iba á manifestarles su proyecto.

Escuchándole todos con religioso silencio, empezó á decirles con mas estusiasmo que elocuencia: «Señores: yo perseguiría con tesón á los que ocupan Cornudella, Valls y cualquier otro punto, y toda partida ambulante, siempre que pudiese penetrarme no fuesen las ideas de los que componen la fuerza, muy amenizadas (1) á favor de Fernando VII rey absoluto y religion antigua; pero he resuelto morir antes que verificarlo, como espero lo harán todos los voluntarios del distrito, y procurarán vds. que por su parte no se verifique. Desde ahora me quito la máscara y digo: que soy partidario de aquellas columnas, me declaro á su favor, y continuaré siempre que sea su fin separar á

(1) Así dice una copia certificada del acta original que tenemos en nuestro poder.

odo infame que haya sido constitucional ó pertenecido á la milicia nacional voluntaria, de cualquier destino que ocupe, y le hayan confiado sugetos que es probable ocultan al rey nuestro señor, todo cuanto se les antoja, y se divierten sin dar cumplimiento á sus sagradas disposiciones.—Espero, pues, que esa corporación cooperará en cuanto se le ordene para el fin que me propongo, y que los señores gefes y oficiales contribuirán para que tomen sus voluntarios parte en ello; y cuando no, si debo prometerme quedarán pasivos sin ofender á sus compañeros de armas y estarán de parte del orden que tanto anhelo.»

Estas palabras se publicaron con esta nota original.

El secretario del magnífico ayuntamiento real de esta villa certifica: Que la copia que antecede concuerda con su original, que queda en poder del magnífico ayuntamiento. Y para que conste y de orden de su magnificencia lo firmo en Reus á 7 de setiembre de 1827.—Por indisposición del secretario.—Francisco Baduell.

XLVII.

Esta declaración de guerra que hacia Vidal causó profunda sensación por la importancia que tenia en el país. Hombre joven, lleno de entusiasmo, y con todo el vigor de sus pasiones, le hacían aparecer como un adalid temible que combatía con denuesto reproduciendo todos los horrores de una guerra civil. No porque Vidal fuera sanguinario, sino porque era valiente, y solo quería la victoria ó la muerte.

Declarada Reus en insurrección, publicó Vidal la siguiente proclama.

«Viva la santa religion. Viva el rey nuestro señor, y el tribunal santo de la Inquisición.

«Habitantes del campo de Tarragona: ya va serenándose la atmósfera que estos dias atrás tenia en zozobra á todos vosotros, y que movió á unos á esconderse en sus casas, á otros á la de sus vecinos, y á muchos á ausentarse de sus pueblos; creidos acaso que mi levantamiento sería para hacer derramar sangre, y estender el luto y el llanto en todo este vasto y delicioso país. No, amados compatriotas, no ha sido este mi intento. Ha sido si, unirme con la mayor y mas sana parte de toda la provincia, para sostener y defender con la vida, los dulces y sagrados nombres de religion, rey é inquisición; arrojar y exterminar á cuantos masones, carbonarios, comuneros y demas nombres inventados por los maquiavelistas, que no han obtenido el indulto que S. M. se dignó dispensarles, si dentro de un mes se retractaban de sus errores.

«Habitantes del campo de Tarragona: depone todo temor de insulto ni vejación por las tropas de mi mando, volveos á vuestras casas y hogares: continuad en seguir el comercio y todos los ramos de industria, que yo os garantizo la seguridad de vuestras personas y propiedades. No intento causaros el menor trastorno, al paso que no dudo os prestareis con vuestras posibilidades, en aquella parte que tendrá á bien detallaros la autoridad competente, á fin de que pueda yo mantener la fuerza armada. Voy desde luego á reunir una junta provisional del corregimiento que merezca la confianza de los pueblos; con la cual espero tratar y establecer el sistema de gobierno que por de pronto, sea mas conforme para desterrar, si es posible, los abusos y arbitrariedades de que tanto se lamentan los buenos españoles y hacer renacer las dulces prendas de la equidad y justicia, tanto tiempo ha desconocidas casi en todo el vasto dominio del mas bondadoso é idolatrado monarca el señor don Fernando VII (Q. D. G.) Ya he nombrado al señor don Antonio Castells y Rius, señor dominical de Mananet y condecorado por S. M. con la cruz de la junta provincial de Cataluña, por comisario de guerra de la division de mi mando; y al propio tiempo le autorizo para que ejerza, interin y hasta que la suprema autoridad de la provincia disponga otra cosa, las funciones de intendente, administrador general de rentas unidas y aduanas, y comandante general del resguardo, en todo el territorio del corregimiento de Tarragona y demas pueblos de la estension de mi mando; cuyo sugeto me prometo sabrá llenar la confianza que me ha merecido, y hará conocer á todos los empleados subalternos de los ramos referidos, la satisfacción que disfruta el que desempeña fiel y exactamente el cargo que se le ha confiado.

«Habitantes del campo de Tarragona: digo, catalanes todos, y mejor diré, españoles de ambos mundos: ya veis manifestadas las sendas por donde me dirige el impulso de mi levantamiento que es el de toda la provincia; ya veis que todos los ramos de las administraciones civiles y judiciales van á establecerse con todo el orden que corresponde, como lo desea la junta superior provisional establecida en la ciudad de Manresa en su manifesto de 31 del próximo pasado agosto. Yo deseo cooperar á tan justas y laudables ideas con todo el esfuerzo posible, á cuyo efecto me he puesto ya en correspondencia con dicha junta, y con el comandante general del ejército; y solo falta que todos vosotros os decidais á seguirme; los jóvenes y robustos con las armas; los padres de familia con parte

de sus sudores y afares; y los ancianos, mugeres y niños, rogando á Dios para el feliz éxito de nuestra justa empresa. Si así lo practicais, no dudo que el cielo nos continuará la protección que tan notoriamente nos ha manifestado en la rápida propagación de este levantamiento, que ya ha llegado á todos los ángulos de la provincia, y que mediante la Divina gracia, alcanzaremos la gloria inmortal de extinguir los enemigos del trono de Fernando, y de la sacrosanta religion de Jesucristo que profesamos.—Reus 13 de setiembre de 1837.—Juan Rafi Vidal.»

XLVIII.

Decidido Vidal á obrar con energía, bloqueó la plaza de Tarragona para impedir la salida de las tropas, y detuvo por un dia la entrada de víveres. Ocupó mili-



El general Carratalá.

tarmente el Coll de Balaguer, con intento de obligar al tercer batallón del regimiento de San Fernando á que depusiera las armas para pasar; pero se resistió, trabándose una leve escaramuza que ocasionó algunos muertos y heridos.

De acuerdo con la junta de Manresa, imponía contribuciones, sacaba multas, se apoderaba de los caudales públicos, si bien reprendió en Valls los excesos cometidos por los realistas que le seguían.

Siguió en su campaña don Alberto Olives, teniente coronel retirado, en cuya declaración no se manifestó muy amigo de Vidal, su compañero de armas y de cadalso luego.

A. P.

ESCENAS ITALIANAS.

1557—1819.

Los bandidos de los estados romanos.

(Continuacion.)

Los pastores que acababan de entrar en Poli traían de parte de los salteadores una intimación para uno de los mas ricos propietarios del país: es el caso que este habia maltratado hacia algunos meses á un criado, el cual despedido se habia refugiado en la montaña, y hecho ladrón. «Dreis á mi amo que vengo á hacerle la visita que le prometí cuando salí de su casa, y con ánimo de darle las gracias por sus bondades.» Pero el gefe de la cuadrilla que pensaba mas en su provecho que en vengar agravios agenos añadió cierto correctivo al mensaje de su subordinado: prometia al culpable un olvido total de lo pasado, y seguridad personal siempre que en cierto plazo que señalaba pusiese en tal parage el número de vestidos, mantas y camisas que necesitaba para su gente: si se negaba á ello, el y todos los suyos se unirían al resentido criado para que tomase una venganza ejemplar: serian degollados sus ganados y si lograban apoderarse de su persona moriría en medio de los mas espantosos tormentos: por de pronto estas amenazas consternaron al rico polesano; empero era hombre que no le faltaba valor y energía: en el mismo momento mandó uno de su confianza para que preguntase al gobierno romano que si en el caso de negarse á cumplir con la intimación de los ladrones podria

contar con la protección especial de la policia y con alguna indemnización por la pérdida de sus ganados. No sería muy satisfactoria la contestación cuando en el instante se apresuró á depositar en el parage que le habian mandado los vestidos, mantas y camisas pedidas.

A la siguiente mañana del 10 de agosto se veía en Poli desde muy temprano al mariscal del distrito reuniendo la guardia cívica.... pero dejemos que hable aqui el viagero (1) de quien tomamos algunos de estos pormenores: el cuadro que presenta es copiado del natural, y nosotros temeríamos alterar su risueño y apacible colorido dando en él la mas ligera pincelada.

Se habia reunido la guardia cívica, y desde mi ventana estaba presenciando una escena de las mas singulares. El mariscal, que todo su armamento consistía en una pistola de arzon colgada á la cintura, quince jóvenes que se armaron con cananas y fusiles, la mayor parte inútiles, y esta fuerza era la que se llamaba guardia cívica: este armamento era propiedad del gobierno, que lo distribuía solo en los lances mas apurados. A eso de las diez se llevó á este reducido pelotón á las afueras de la población situándole en un llano donde acostumbraban jugar los muchachos: estacionados alli hicieron salvos, tiraron al blanco y victorearon á vista de los bandidos que ocupaban las alturas vecinas. Poco despues habiéndose aumentado la fuerza con algunos voluntarios que habian acudido, se pusieron en marcha, mas bien con intención de atemorizar á sus enemigos, que de atacarlos seriamente; y no podia ser otra cosa; la mayor parte carecia de pólvora y balas y el mas bien municionado apenas tenia dos cartuchos.

No bien se habian alejado estos invencibles cívicos, cuando entraron en el pueblo mas de doscientos aldeanos victoreando y dando tales gritos de alegría que por de pronto creí que los malhechores habian sido alcanzados y completamente destruidos; pero nada de eso: era que aquellos vecinos habian reunido el ganado disperso por los vecinos valles, y entraban triunfantes llevando delante de sí los bueyes, vacas y terneros acompañados por el resto de la población. Era ya de noche cuando se presentó un teniente de las tropas del papa seguido de algunos soldados que venían á contribuir á la defensa de Poli. La sensación que produjo su llegada fué extraordinaria: todos estaban locos de alegría, pero se negaban á darles raciones y alojamiento; su brillante uniforme y mesurado talante hacia un singular contraste con el aire rústico y grosero vestidos de nuestros amigos, á quienes no gustaba mucho aquel tono de autoridad. Así es que poco á poco las luces fueron desapareciendo, todo el mundo se fué retirando, no se pensó en atacar á los bandidos, y se pasó la noche con la mayor tranquilidad.

Mientras que la aproximación de los salteadores causaba tan grande agitación y alarma en la aldea de Poli, no era menor la consternación y espanto que experimentaban los habitantes de Tivoli y Palestrina, de tal suerte que algunos pueblos y aun ciudades que solo distaban algunas millas de Roma, estaban comositiados por un puñado de miserables rateros, en medio de la mas completa paz: todo el territorio de la cabeza del orbe cristiano estaba amenazado, los habitantes mismos de sus arrabales atemorizados, y sin embargo, el gobierno romano podia disponer de un ejército de 12,000 soldados. Podria creer cualquiera que se habia vuelto á la época de los Piccolomini y Marco Sciarra. (2)

Los paisanos que habian salido en persecución de los bandidos no tenian maldito el deseo de alcanzarlos: los soldados que iban con ellos, á duras penas podian conseguir que marchasen adelante: su irresolución y lentitud revelaban el terror y espanto que los dominaba, y si algunos rendidos de cansancio se quedaban atrás: «Dios mio, nos dejan solos, nos abandonan, esclamaban los que iban delante.» ¡Vedlos ahí! ¡aquí están los bandidos! gritaban á cada momento, como si desearan mucho tropezar con ellos. En fin, luego que se supo de cierto que se habia alejado la gavilla recorbraron luego su buen humor estos denodados adalides: subian á los árboles para coger nidos, otros contaban con grande satisfacción el medio de que se habian valido para escaparse de la cárcel: uno de los mas jóvenes, que gracias á su estremada agilidad habia burlado en cierta ocasión á los esbirros que le iban á los alcan-

(1) Tree months in the mountains near Rome during the year 1819 by Mme Graham. Esta obrita escrita por una muger de distinguido talento, es una de las mejores que se han publicado sobre Italia: contiene cosas muy curiosas acerca de la agricultura, y la vida errante de los pastores y bandidos.

(2) Sigismundo Piccolomini, duque de Montemonino, habiendo reunido todas las gavillas de malhechores que infestaban la Toscana, y el patrimonio de San Pedro, organizó un pequeño ejército con el que devastó todo el territorio romano, y obligó á poner en movimiento á todas las tropas del papa. Habiéndose retirado despues á Francia con un rico botín, sirvió alli ocho años con mucha distinción. Pasando en cierta ocasión por las inmediaciones de Pistoya fué arrestado de orden del gran duque de Toscana Fernando, que lo hizo ahorcar en 46 de marzo de 1591, á pesar de las vivas instancias y reclamaciones del papa Gregorio XIV, no obstante haber devastado sus estados. Mas temible fué todavia Marco Sciarra digno rival de Piccolomini: su cuadrilla pequeña en un principio, se aumentó muy en breve hasta componer millares de hombres. Sisto V consiguió arrojarlo de sus estados, pero no exterminarlo completamente. En 1592 pasó al servicio de la república de Venecia, que le envió con su ejército á Dalmacia contra los uscoquitos. El papa Clemente VIII reclamó á dicha república é insistió se le entregase este gefe de bandidos, pero el senado procediendo con su acostumbrada prudencia y política lo hizo asesinar.

ces, trepaba á las copas de los castaños, y para probar que no había perdido nada de su ligereza se dejaba caer á tierra agarrado á las flexibles ramas como el mas diestro mono. Esto prueba que los perseguidores no valian mucho mas que los perseguidos. Los franceses en semejantes ocasiones se portaban de otro modo: interpolaban á los cívicos entre los soldados, y estos tenían orden de hacer fuego sobre los que se manifestasen reacios, cobardes ó sospechosos.

Luego que volvió esta expedición fué cuando se supo que los bandidos acababan de llevarse á Eustaquio Cherubini, cirujano de Castel-Madama, pequeña aldea situada en las inmediaciones de Tivoli, y á Bartolomeo Marasca, agente de negocios y apoderado del caballero Bischi, y que se los habían llevado á los montes proponiéndose exigir un buen rescate por su libertad. Esta noticia consternó á todos los habitantes de todos los pueblos amenazados y paralizó su mas que dudoso ardimiento. Hechizados de encontrar tan honroso pretexto para no esponerse á nuevos peligros, se decian unos á otros que mientras no se hubiese pagado el rescate del cirujano, y no estuviese en libertad, era preciso estar quietos y mantenerse únicamente en la defensiva, pues de otro modo, apurada su paciencia los malvados matarían sin piedad á sus prisioneros: limitóse, pues, toda su energía á observar los movimientos de las bandas que al parecer se habían reconcentrado en los alrededores de San Gregorio y Mentollera, y á ocupar algunos desfiladeros por donde se sospechaba que intentarían escapar. Apenas se habían acabado de tomar estas medidas se supo que Bartolomeo Marasca, uno de los dos apresados, había sido muerto, y que sus asesinos se dirigían hácia Guadagnola, único paso que no estaba interceptado. El mariscal que se hallaba en Tivoli despachó inmediatamente un ayudante mandándole á los poseros que luego marchasen á aquel punto, á fin de que los bandidos no pudiesen escapar.

Esta orden llegó aquella misma noche: casi todos los hombres de Poli estaban en Palestrina adonde habían ido bien armados á vender sus ganados y divertirse: se echó, pues, mano de los viejos y muchachos que se habían reunido en la calle; las mugeres con sus faroles en la mano los rodeaban, corrían desaforadas de una parte á otra pidiendo á gritos que no se nombrasen para esta expedición á sus maridos ni hijos, porque los ladrones podrían aprovecharse de su ausencia y apoderarse de la aldea; los vecinos que tenían armas rehusaban entregarlas; para terminar estas disputas la justicia y ayudante mandaron echar á tierra las puertas de algunas casas para recoger las armas que hubiese dentro, pero estaban estas tan bien escondidas, que esta enérgica disposición fué sin provecho. Viendo imposible poder armar ni aun el puñado de hombres que habían reunido determinaron aguardar hasta la siguiente mañana, es decir, hasta que volvieran los que habían ido á Palestrina. El cuadro que presentaba la calle donde se representaban estas escenas era tan original, tan nuevo para los vecinos de Poli, como para mí que era extranjero: los paisanos unos con armas, otros sin ellas, unos que se brindaban, otros que se resistían, gritando todos á un mismo tiempo; las mugeres llevando con una mano á su hijo, y con la otra el farolillo, corrían como locas tan pronto apaciguando, tan pronto acalorando las disputas. Los que habían estado en Palestrina volvíen en pequeños grupos llenos los bolsillos de avellanas algunos, otros cargados con lo que habían comprado, y casi todos borrachos. Aumentóse si era posible el desorden hasta que un grito general, estentóreo, se dejó sentir en medio de tan alborotada y confusa algaravía. «¡Los bandidos están cerca, esta misma noche van á atacarnos!» Pero á nadie le ocurría que entrante los ladrones tenían todo el tiempo que querían para marchar á su salvo por el camino que mas les acomodase. Así pasó la noche del 18 de agosto en la aldea de Poli (1).

¿Puede concebirse tanta apatía, tan descabelladas disposiciones, tanta confusión y desconcierto después de seis días que habían pasado desde la aparición de los bandidos en aquellas comarcas? cuando en vez de echar mano de unas milicias sin instrucción mal armadas y cobardes hubiera podido el gobierno reunir ya miles de soldados en estos distritos de Roma, envolver estas bandas y no dejar escapar ni uno solo de los que las componían. ¿Quién después de sabido esto se maravillará de que se eternice el bandolerismo en los estados romanos?

Y en tanto que estas indecisiones y desaciertos hacían ineficaces las medidas que tomaban las justicias y oficiales comandantes de las pequeñas aldeas, ¿qué es lo que hacían los ladrones atrincherados en las cimas de las montañas que las dominan? Nos lo va á decir Eustaquio Cherubini, cirujano de Castel-Madama, uno de sus prisioneros.

El 17 del mes de agosto, dice en la relación que hizo de su cautiverio, Bartolomeo Marasca me entregó una carta de su amo el caballero Bischi, en que me pedía fuese á asistir á un extranjero, amigo suyo, que se hallaba indispuerto en Tivoli. Sin perder momento visité á mis enfermos, y en seguida me puse en camino para Tivoli en compañía del apoderado. Estábamos á dos millas de la ciudad y acabábamos de pasar el segundo arco del acueducto antiguo, cuando de improviso salieron de entre los matorrales dos hombres armados, y apuntándonos con sus trabucos mandaron á Marasca que arroja la escopeta que llevaba

y echase pie á tierra inmediatamente. Los ladrones nos cerraban el paso, otros dos salieron por detrás de nosotros, de modo que era imposible escapar: no hubo mas remedio que apearse, y entregar Marasca su arma. Luego dejando el camino trillado nos hicieron trepar por entre la maleza la cuesta de la montaña mas cercana. Cuando llegamos á su cumbre mandó el gefe hacer alto para reunir sus gentes y á varios vecinos de San Gregorio que habían apresado en el camino, hecho lo cual nos dieron permiso para acostarnos en el duro suelo. Yo advertí que Marasca gastaba mucha confianza con los ladrones, hablaba y reía con ellos.... casi llegué á sospechar alguna traición: llegué á mí el gefe de la cuadrilla Masocco, y con tono brusco y desabrido me preguntó:

—¿No eres tú el gobernador de Castel-Madama?

—No, yo no soy mas que un pobre cirujano de aquel pueblo.

—Guárdate bien de mentir porque te trataré como al maestro de postas de Terracina. (1)

—Yo no miento, repuse yo sin detenerme, hé aqui en prueba de ello mis lancetas y estuche con los instrumentos de mi profesion.

No quedó el bandido muy contento con mi respuesta, y arrojándome el estuche que había tomado para examinarlo me dijo:

—Siendo así ya veremos como nos arreglamos para tu rescate.

—¡Ay de mí! exclamé yo bañado en lágrimas, ¡soy un pobre miserable! iba á Tivoli para visitar á un extranjero con la esperanza de ganar algun dinero....

—¡Bueno! voy á darte papel y tintero para que escribas á ese extranjero te envíe inmediatamente dos mil escudos de oro, y adviértele que si se niega á ello estoy decidido á quitarle la vida.

Por débil que fuese mi esperanza me apresuré á escribir al señor Celestini, suplicándole con las mayores instancias y ruegos me enviase sin detención todo el dinero de que pudiese disponer, prometiéndole que luego que me pusiesen en libertad vendería cuanto poseía para devolverle la cantidad que me remitiese en calidad de préstamo. Luego que concluí la carta, el gefe envió á dos de los suyos para que trajesen á un paisano de Castel-Madama que había visto aquella mañana en el llano. Luego que vino este, le supliqué encarecidamente llevase sin demora aquella esclava al señor Celestini, encargándole tambien que al mismo tiempo pusiese en sus manos mi estuche en prueba de que era verdad: era este paisano un buen hombre, consintió con toda su alma en prestarme este servicio, tomó la carta y me dió el poco pan que llevaba. El gefe hizo que montase en uno de nuestros caballos que estaban pastando al pie de la montaña, y tomó en seguida mi mensajero el camino de Castel-Madama, encargándome antes que no me desanimase.

En el espacio que media entre la partida y vuelta del portador de la carta, el desgraciado Cherubini fué testigo de una escena muy propia para aumentar mas y mas su terror. Marasca, su compañero de infortunio, de cuya fidelidad había sospechado, se encontraba al parecer muy satisfecho entre aquellos malvados, se chanceaba, hablaba con ellos, como ya hemos dicho, se hacia cargo de sus armas, pero siempre que volvían la espalda, se las juraba haciendo señas amenazadoras muy significativas. Mis sospechas, dice el cirujano, eran ya casi realidad; mas ¡ah! bien pronto tuve ocasion de conocer cuán injustas é infundadas eran! Los bandidos recibían con desprecio aquellas muestras de amistad y confianza, y observaban en silencio todas sus acciones. Marasca viendo tanto desden y no queriendo incomodarlos, vino á sentarse á mi lado: un instante haría que estaba allí cuando el gefe acercándose muy tranquilo y sin decir palabra descargó sobre su nuca un terrible y vigoroso garrotazo: Marasca aunque aturdido con tan desaforado golpe tuvo sin embargo fuerzas suficientes para levantarse y exclamar con acento suplicante: «Por el nombre de Dios, no me mateis, tengo muger, tengo hijos....» mas viendo que Masocco redoblaba los golpes, procuró defenderse y echarle la mano al cuello, pero los demas ladrones no le dieron tiempo, se arrojaron sobre él, y lo llevaron arrastrando al borde de un profundo barranco. Marasca era vigoroso, empero la lucha no era igual para que fuese larga: hubo un momento de las mas horrosas indecision en la que vi á los que atacaban y al atacado caer en tierra y volverse á levantar, hasta que asidos todos rodaron juntos á la profundidad de la barranca en cuyo borde permanecía yo sentado. Pasmado de horror, erizado el cabello, caída mi cabeza sobre el pecho y cerrados los ojos permanecí algunos momentos, mas luego oí maldiciones espantosas, un grito agudo y doloroso, gemidos sofocados y reprimidos.... luego todo quedó en silencio. Yo quedé privado de sentido por algun tiempo: cuando volví en mí acuerdo me hallé rodeado de salteadores: Masocco jadeando limpiaba su puñal tinto en humeante sangre, y en seguida lo metió en la vaina: echó de ver mi mortal palidez y acercándose á mí. «Nada temas, Cherubini, me dijo, hemos muerto á tu compañero porque sabíamos que era un esbirro: tú no eres de semejante oficio: ¡miserable! murmuraba entre dientes, examinaba nuestras armas, nos amenazaba, y se burlaba de nosotros... ademas no podíamos sacar de él un solo sequin, y

(1) Habiendo intentado este infeliz engañar á este bandido fingiendo ser médico de una aldea fué descubierto el engaño, y el malvado le clavó un aguzado palo en cada ojo diciéndole: Médico cúrate á tí mismo.

estoy seguro que si hubiesen venido soldados luego se hubiera puesto de su parte.»

Estas palabras me inspiraron alguna confianza, y mi alma volvió á abrirse todavía por esta vez á la esperanza. Vi á los bandidos que se reunían y conferenciaban entre sí. «El dinero de Tivoli no viene, decían unos. Es cierto, contestaban otros, y tal vez puede ser que en lugar de escudos, nos envíen soldados para que nos prendan.—¿Y qué haremos con nuestros prisioneros? preguntaba uno de los gefes.—Será preciso matarlos ó enviarlos á sus casas.» Los pareceres estaban encontrados: Masocco dejando á sus compañeros que disputasen, vino á sentarse junto á mí: yo me acordé casualmente que tenía algunos escudos en el bolsillo, y se los presenté procurando por este medio interesarlos á mi favor: él los tomó sonriéndose. «Esto será, me dijo, para pagar al propio cuando vuelva.» Unos espesos nubarrones que nos amenazaban hacia rato, descargaron sobre nuestras cabezas á eso de las cuatro de la tarde; llovió á torrentes, y como yo no tenía capa que me resguardase, quedé calado hasta los huesos. En medio del estrépito de la tempestad se dejaron oír varias voces; las mas cercanas salían de una colina situada á nuestra izquierda. «Es sin duda nuestro enviado, dije yo al gefe.—Ahora saldremos de dudas, me contestó;» y llamándolo por su nombre, nadie respondió ni volvió á oírse nada. Al cabo de algunos segundos, nuevos gritos volvieron á sentirse hácia nuestra derecha. Los salteadores me mandaron subir á una elevada colina que dominaba todo el pais.

(Se continuará.)

SEMANA JUDICIAL.

Deseando dar á esta parte de nuestro periódico toda la amplitud y variedad que exige el importante objeto á que esta destinada, y queriendo á la vez satisfacer la afición y el interés de toda clase de lectores, insertaremos mensualmente ó cuando el caso lo pida, una REVISTA de los actos y disposiciones del gobierno, que sucesivamente se publiquen sobre la administración de justicia, con el comentario razonado que merezcan. También examinaremos el mérito y valor de las producciones mas notables que se den á luz en este ramo, sin olvidarnos por eso de consagrar la principal y mayor parte de esta seccion de la SEMANA, á la relación de causas célebres nacionales y extranjeras, como hasta aqui lo hemos hecho, y prefiriendo siempre aquellas que, por su interés de actualidad, por su importancia social ó política, ó por sus recuerdos históricos, esciten mas vivamente la curiosidad pública, y sirvan á la vez de útil recreo para lo presente, y de provechosa enseñanza para lo futuro. Las interesantes causas que hasta ahora hemos insertado, son una muestra de las que daremos á luz en lo sucesivo, procurando, en cuanto sea posible, no prolongar demasiado la curiosidad de los lectores en el desmenuce de los procesos que publicaremos. Nuestro objeto es hacer á un mismo tiempo esta seccion de la SEMANA científica y dramática.

Causa contra el general

DON RAFAEL DEL RIEGO.

Entre las causas célebres contemporáneas, con dificultad se presentará ninguna que tan vivamente llame la atención y despierte el interés de toda clase de lectores, como la del infortunado general Riego, ajusticiado en Madrid el día 7 de noviembre de 1823, por sentencia de la Sala de alcaldes de Casa y Corte. No hay español para quien el nombre del general Riego sea un recuerdo indiferente. Ensalzado por unos, y puesto al nivel de los mas distinguidos patricios de la historia griega y romana, y vituperado por otros hasta el punto de suponerle un tribuno fanático, agitador de las pasiones populares, y causante de lamentables desgracias en su pais, todos reconocen en este personaje un hombre célebre y notable por el papel que, una combinacion de circunstancias extraordinarias le hizo representar en España, desde 1.º de enero de 1820 hasta el día de su trágico fin en esta corte. El nombre de Riego no es solo el de un militar mas ó menos distinguido por su valor y conocimientos, ni el de un político de mayor ó menor influencia en el seno de sus amigos y correligionarios; es ademas la personificación de un sistema, la representación genuina de un partido numeroso, que invoca todavía los recuerdos de su célebre caudillo, como un símbolo de sus creencias, como una mágica enseña que trae á su memoria sus antiguas glorias y sus hechos memorables. Al darse en España en 1834 la primer voz de regeneración política, el nombre del general Riego fué para los partidarios del sistema liberal, la insignia prodigiosa que inflamó sus corazones, y les lanzó á las montañas de Navarra á pelear contra los defensores del régimen absoluto. Los manes del patriota Riego eran invocados entonces por los combatientes en el ardor de la pelea, y el himno popular que lleva su nombre, y que aun hoy se oye resonar alguna vez en nuestras solemnidades políticas y militares, fué durante la terrible época de la última guerra civil, una chispa eléctrica para los soldados de la libertad, que les hizo alcanzar en mas de un encuentro, brillantes coronas de gloria.

Vamos, pues, á dar cuenta á nuestros lectores del famoso proceso que hizo morir en un patíbulo afrentoso á este hombre extraordinario: y lo haremos sin pasión ni resentimiento, y absolutamente ajenos á toda afectación ó antipatía política, colocándonos á igual distancia de los que, en momentos de delirio y exaltación patriótica, trataron de divinizar la memoria del héroe de las Cabezas, y de los que, apasionados tambien en

diverso sentido, le han presentado como un genio de discordia para su país, digno de la execración pública. El general Riego no tiene para nosotros mas significación en esta causa, que la de un procesado político que muere á manos de sus enemigos, sellando con su sangre las opiniones y creencias que habia representado en la sociedad española desde 1820 á 1823. Historiadores fieles de los sucesos, vamos á referirlos sencillamente, sin permitirnos otras reflexiones que las que exige la filosofía de la historia, para que el cuadro que vamos á bosquejar ligeramente, no sea un lienzo sin colorido. Cuanto entra en el dominio de la ciencia jurídica con aplicación á la instruccion y fallo de las causas criminales, será objeto de nuestros raciocinios al examinar este proceso como historiadores y como filósofos y nada mas: á los escritores políticos queda el juzgarle segun sus opiniones con la calificación que merezca.

Para apreciar con exactitud esta causa es necesario referir algunos antecedentes enlazados con la misma, y que tuvieron lugar hácia mediados del año de 1823.

Grande era la efervescencia y agitación que dominaban á la España en esta época memorable de nuestra historia contemporánea. Invadido el territorio español por los ejércitos del duque de Angulema, que se propusieron y llevaron á cabo la restauracion del régimen absoluto en nuestro país, los partidarios del sistema liberal se refugiaron á la plaza de Cádiz, para sostener desde este último baluarte, la constitucion política de la monarquía y el trono del rey Fernando VII. Los peligros que rodeaban á este en la ciudad de Sevilla donde á la sazón se hallaba, hicieron que las cortes se ocupasen con calor en una sesion célebre, la del 11 de junio del mismo año, de la conveniencia y necesidad de trasladar al rey Fernando y á toda su real familia á la Isla Gaditana.

Las ocurrencias y pormenores que tuvieron lugar en esta sesion de las cortes de Sevilla son del mayor interés, y creemos complacer á nuestros lectores refiriendo los mas importantes, y que fueron cabalmente despues, el fundamento de los cargos que se hicieron al general Riego en su proceso.

La inquietud y zozobra de que se hallaba poseida la representacion nacional, con los rumores alarmantes que corrian entonces en Sevilla de boca en boca, sobre la próxima invasion de las tropas del duque de Angulema en las Andalucías, tuvo un intérprete fogoso y apasionado en el diputado á cortes Alcalá Galiano, quien, en medio de un profundo silencio, que nadie se atrevia á romper, alzó su voz elocuente llamando la atencion de la asamblea hácia la situacion critica en que se encontraba la patria, amenazada de enemigos armados que se proponian derrocar el gobierno constitucional proclamado por la nacion en 1820, y jurado por el mismo monarca como ley fundamental del Estado.

Las palabras de este orador, cuya elocuencia estaba entonces en todo su vigor y lozanía, hicieron una profunda sensacion en la asamblea. Adoptóse por unanimidad la proposicion hecha por el señor Galiano, de que se presentase el gobierno á dar cuenta á las cortes del estado del país, y de las medidas que hubiese adoptado para poner á salvo de la invasion enemiga la representacion nacional y la persona de S. M. y real familia. Declaróse la asamblea en sesion permanente, á instancia del entonces no menos célebre diputado don Agustin Argüelles, llamado por sus admiradores el *Divino*; y presentado el gobierno en medio del parlamento, anunció solemnemente que, aunque para asegurar la persona del monarca de todo peligro, se le habia propuesto su traslacion desde Sevilla donde se hallaba, á la plaza de Cádiz, S. M. no habia tenido por conveniente resolver nada sobre este punto, mirando sin duda con indiferencia los riesgos en que podia encontrarse su sagrada persona.

La asamblea oyó con marcado disgusto esta manifestacion del ministerio, y comprendió todo lo critico de las circunstancias del país en aquellos momentos, en que para adoptar una resolucion salvadora se necesitaba poner de acuerdo dos voluntades, la de las cortes y la del monarca que se hallaban por desgracia en abierta oposicion: pues aquellas deseaban repeler á los soldados invasores de Angulema, mientras que este miraba con secreta complacencia la próxima venida de los que habia de apellidar despues sus libertadores y amigos. Al diputado Galiano que habia dado en esta sesion la voz de alarma, estaba reservado el ser en momentos tan criticos, la viva expresion de los pensamientos de la asamblea, y alzando su acento de nuevo con mayor vigor y energia, propuso que en el acto se dirigiera á S. M. un *mensaje*, haciéndole presentes los graves peligros que amenazaban á la patria y al trono, y que no habia otro medio de salvacion que el de trasladarse á la plaza de Cádiz con toda su real familia. El discurso del diputado Galiano fué una peroracion ardiente y apasionada, y en la que el fogoso tribuno sacrificó todos los respetos y consideraciones de la magestad real, ante el objeto, para él sagrado, de la patria, que contemplaba próxima á ser sacrificada por un ejército opresor.

Acordado el *mensaje* y elevado á S. M. por una comision que fué nombrada al efecto, presentóse esta á las cortes de vuelta de palacio, y evacuado ya su grave cometido; y tomando la palabra su presidente el diputado Valdés, en medio de un profundo silencio manifestó á la asamblea que, habiendo hecho presentes al rey los votos del parlamento, para que en union con este y su augusta familia se trasladase á la mayor

brevedad á Cádiz, S. M. se habia servido contestar que no hallaba conveniente su traslacion á dicha plaza, y que ni su conciencia como rey, ni el amor que profesaba á sus pueblos como padre y como soberano, le permitian adoptar semejante resolucion; sin que hubiese podido recabarse de S. M. otra respuesta, á pesar de las súplicas y respetuosas reflexiones que la comision le habia hecho.

Oida esta manifestacion del presidente de la comision que habia llevado á S. M. el *mensaje* de las cortes, la agitacion de los ánimos subió á un punto difícil de describir: las pasiones, hasta entonces contenidas dentro de los límites de la prudencia, y enfreñadas por los miramientos que se tributaban al trono, estallaron con impetu violento, y despues de haberse pronunciado varios discursos apasionados por los señores Galiano, Argüelles, Romero, Infanzon y otros diputados, se acordó por la asamblea que en vista de que S. M. se negaba á ponerse en salvo de los peligros que le amenazaban, esto manifestaba que el rey debia hallarse en estado de enagenacion mental, y por lo tanto incapacitado moralmente para el gobierno del Estado, y que en su consecuencia debia nombrarse una regencia provisional, segun la constitucion establecia para tales casos, la que, reasumiendo las facultades del monarca, realizase su traslacion, la de la familia real, y de las cortes á la plaza de Cádiz.

La agitacion en que la asamblea nacional se hallaba, no era la mas á propósito para reflexionar sobre la gravedad y trascendencia de esta medida extraordinaria que habia de producir mas adelante la proscripcion de sus autores, y para algunos el cadalso. Llevóse instantáneamente á cabo la resolucion de las cortes, nombrándose la regencia compuesta de tres individuos, el diputado don Cayetano Valdés, y los consejeros de Estado don Gaspar Vigodet y don Gabriel de Ciscar, quienes habiendo jurado en el acto cumplir bien y fielmente su cargo de regentes del reino, pasaron inmediatamente á palacio á instalarse en el ejercicio de su elevado ministerio.

El general don Rafael del Riego tuvo entonces el honor que mas tarde se le imputó como un crimen, de ser uno de los diputados que mas influyeron en las deliberaciones adoptadas por las cortes en esta sesion memorable del 11 de junio de 1823, pues si bien como orador no disfrutaba de gran concepto, era extraordinario el prestigio de su persona, y su voto se escuchaba siempre con la mayor consideracion y respeto en la asamblea; así que, para dar mayor importancia al acto solemne de la instalacion de la regencia, se nombró como presidente de la comision que habia de acompañarla á palacio, al diputado Riego; y si él mismo no fué nombrado regente, se debió sin duda, bien á la abnegacion y desprendimiento que aquel habia manifestado siempre en su carrera política, bien á que se le quiso reservar para el mando de las tropas, en las que ejercia su nombre una mágica y poderosa influencia, desde que al frente de su division habia dado el grito de libertad en las Cabezas de San Juan el día 1.º de enero de 1820.

La traslacion de las cortes á Cádiz en union con el rey, su augusta familia y el gobierno, se llevó al fin á cabo segun aquellas lo habian acordado en la referida sesion del 11 de junio: empero como el monarca obraba en aquella ocasion contra su voluntad, y cediendo al imperio irresistible de las circunstancias, otra nueva regencia puesta en combinacion con el duque de Angulema tomó á su cargo la representacion y defensa del rey, con el fin de restituírle su libertad, y volverle al trono de sus mayores en toda la plenitud de su poder absoluto. Esta regencia, en vista de la traslacion del monarca á la plaza de Cádiz, espidió en 23 del mismo mes de junio un decreto, en el cual se fulminaba el mas terrible anatema contra los diputados que hubiesen tenido parte en las deliberaciones de las cortes en la sesion del 11 de dicho mes, mandando que se les confiscasen sus bienes, y declarándolos reos de lesa magestad, y comprendidos en las leyes del reino que castigan con la pena de muerte esta clase de delitos.

Referidos ya los importantes sucesos políticos del 11 de junio de 1823, en los que el general don Rafael del Riego desempeñó el papel que le correspondia, así por el prestigio de su nombre en el partido liberal, como por su calidad de diputado, y cuyos sucesos fueron despues la base de la acusacion que se fulminó contra él y de la sentencia de muerte que se le impuso, procederá ahora, para terminar esta reseña histórica, referir los acontecimientos posteriores en que intervino como general en jefe de uno de los ejércitos destinados contra las tropas francesas, hasta que fué completamente derrotado en la provincia de Jaen: pero como en la declaracion prestada por el procesado, refiere y esplica este dichos acontecimientos, juzgamos que aquel es el lugar mas propio y autorizado para esponerlos. Basta saber por ahora, que el general Riego fué preso despues de su derrota en la provincia de Jaen, el día 15 de setiembre de 1823, y que, habiendo sido trasladado á Madrid al real Seminario de Nobles, se espidió una orden de la regencia en 2 de octubre del mismo año, dirigida al gobernador de la Sala de alcaldes de casa y corte, poniendo á su disposicion la persona del general Riego, y mandando que se nombrase un ministro del tribunal de toda confianza, para que se procediera con la mayor celeridad á la instruccion de la causa, conforme á lo dispuesto en el artículo 3.º de la orden de la regencia de 23 de junio del mismo año.

Ya hemos indicado que el decreto de la regencia de que hacia mérito la orden que acabamos de citar, pasada al gobernador de la Sala de alcaldes, disponia terminantemente la imposicion del último suplicio á los diputados que hubiesen votado á favor de las medidas acordadas por las cortes en la sesion del 11 de junio, y entre los que se hallaba el general Riego. En tal concepto, era en verdad inútil y ociosa la formacion del proceso que se encargaba á la Sala de alcaldes, pues en el citado decreto de la regencia de 23 de junio se disponia, entre otras cosas, que los tribunales aplicasen á los diputados las penas correspondientes á los reos de lesa magestad, sin mas diligencias que el reconocimiento de la identidad de la persona, pero el gobierno de entonces, á pesar de su intolancia y fanatismo político, ó reconoció la monstruosa aberracion en que habia incurrido, al mandar que se impusiera tan grave pena sin oír á los acusados, hallando todos los derechos divinos y humanos, ó tal vez (y esta fué sin duda su mente segun lo acreditan los sucesos posteriores), quiso encubrir con apariencias de legalidad el sacrificio del general Riego, contando anticipadamente con instrumentos bastante fáciles para realizar su sangriento proyecto. La víctima bajó al sepulcro cubierta con el manto de la justicia, pero cabalmente esta circunstancia hace mas escandaloso á los ojos de la moral y de las leyes el sacrificio de este célebre é infortunado personaje. Tal vez si hubiera perecido fusilado en un campamento por un consejo de guerra, ó sucumbido bajo el puñal de las turbas en una conmocion popular, no se veria hoy colocado por sus partidarios entre los mártires de la libertad, y por los hombres desapasionados y justos entre las victimas de la arbitrariedad judicial, que decretar su muerte, sacrificó tambien en su persona los santos fueros de la justicia, y los sagrados respetos debidos á la religion, á la humanidad y á las leyes.

Empero sigamos el curso de los sucesos. La Sala de alcaldes de casa y corte, cumpliendo la orden de la regencia arriba citada, comisionó para la formacion del proceso al alcalde don Alfonso de Cavia, al que se hizo entrega de un expediente instructivo que habia sido formado por la real audiencia de Sevilla, y en el cual no constaba otra cosa que el suceso antes referido, de haber sido don Rafael del Riego uno de los diputados que apoyaron y favorecieron con su voto las medidas adoptadas por las cortes en la citada sesion del 11 de junio, y cuyas medidas se reducian á la traslacion de la asamblea nacional, en union con el rey á la plaza de Cádiz, y á la instalacion de una regencia provisional por los motivos y consideraciones que en su lugar dejamos espuestos.

El alcalde don Alfonso de Cavia, correspondiendo como era de esperar, á la confianza que para este grave y delicado asunto habia depositado en él la Sala, precedió desde luego á la formacion de la causa, y poniendo por cabeza de la misma los ya referidos documentos que se le habian entregado, recibió al procesado la declaracion indagatoria, que sustancialmente es como sigue.

Prestado el correspondiente juramento segun su clase, el procesado dijo llamarse don Rafael del Riego, de edad de 39 años, casado, natural de Asturias en la parroquia de Tuño, y concejo de Tineo, mariscal de campo de los ejércitos nacionales, diputado á cortes por la provincia de Asturias, ayudante de campo de S. M. el rey, y general en jefe del tercer ejército de operaciones, nombrado por S. M. en 28 de julio de 1823.

Que habia sido arrestado por unos quince ó veinte hombres armados, en una casa de campo á media legua de la poblacion de Arquillos en la provincia de Jaen, el día 15 de setiembre entre diez y once de la mañana, con otros tres compañeros, estando desayunándose en compañía de dos paisanos que los habian guiado allí en union del dueño de la casa y su familia.

Que el oírse mucha gritaria por la parte afuera de las tapias, el dueño de la casa que habia ido á Arquillos á buscar algunos comestibles, y á traer un herrador, tomó su escopeta, y encarándose con él le dijo que se rindiera, lo que hizo, en vista de que habia sido vendido por el mismo que le habia prestado hospitalidad en su casa, y porque no habia medio de resistencia, y era preciso ceder á la fuerza de las circunstancias: que á poco tiempo de esta ocurrencia se presentó el alcalde de Arquillos, y despues el comandante militar.

Al comenzar su declaracion el procesado, manifestó al juez instructor que siendo como era un militar, debia gozar el fuero de guerra, pero que puesto que se le habia manifestado por dicho juez hallarse competentemente autorizado para recibirle declaracion, no tenia reparo ni dificultad en prestarla.

Preguntado despues con qué objeto iba por el sitio donde fué preso, dijo que habiendo sido batido y deshecho casi completamente el ejército que mandaba en la provincia de Jaen, por las tropas francesas, y habiéndole herido mortalmente el caballo que montaba, de una bala que le quemó á él la parte exterior de la rodilla derecha, llevándole parte del pantalón, se decidió á separarse de sus tropas y dirigirse á la provincia de Estremadura, con el fin de reunirse al ejército constitucional que habia en la misma.

Preguntado si antes de ser derrotado estuvo en las ciudades de Málaga y Jaen, si se aproximó á las tropas del general Ballesteros, y con qué fin lo hizo, respondió: que como general en jefe del tercer ejército de operaciones llegó á Málaga la mañana del 17 de

agosto último, en cuyo día el Excmo. Sr. don José de Zayas, teniente general, le dió á reconocer y entregó el mando de las tropas que tenía, conforme á lo dispuesto en la real orden de 28 de julio. En dicha capital permaneció hasta la tarde del 4 de setiembre, y desde allí ofició al general Ballesteros, incluyéndole la real orden por la que S. M. le ponía á las inmediatas órdenes de dicho general, y también una carta amistosa á la que no recibió contestación alguna, ni á otras dos que le dirigió posteriormente.

Obligado por fuerzas superiores francesas que bajaban desde Granada por Loja, Archidona y Antequera, á abandonar la anti-militar posición de Málaga, dirigió su marcha por la costa á Vélez, en donde recibió la noticia de que 500 hombres de infantería y caballería que había dejado en Málaga, con el objeto de evitar un saqueo de las partidas y paisanos antes de la entrada de los franceses, se habían quedado casi todos en poder de estos con su jefe á la cabeza, el brigadier comandante militar de la provincia.

Continuó su marcha á Nerja, y habiendo sabido que otra división de tropas francesas como de 2,000 hombres, había llegado aquel mismo día á Almuñécar, resolvió variar de dirección, y emprendió su marcha hacia los acantonamientos, en donde había oído decir que existían las tropas del segundo ejército al mando del Excmo Sr. general Ballesteros; y lo que mas inclinó al declarante á tomar esta resolución, fué el deseo de saber de boca del mismo general, si llegaba á encontrarle, si era cierto que había capitulado con su brillante y hermoso ejército, qué motivos había tenido para tomar una resolución de tal naturaleza, y cómo había podido conseguir después de capitulado y rendido, que conservasen las armas las tropas de su mando.

El día 11 del mismo setiembre al amanecer, marchando desde Monte-frio, provincia de Granada, en dirección de Priego, tuvo noticia por uno de sus ayudantes de campo de que el aposentador general, factor de las brigadas y otros varios empleados del ejército, habían sido detenidos en su marcha por una avanzada de infantería, que decía estaba colocada allí por orden del general Ballesteros, con el objeto de impedir el paso al declarante y sus tropas. Considerando incomprensible aquella conducta observada por el general Ballesteros, se adelantó á la avanzada con algunos ayudantes y ordenanzas, y se anunció como parlamentario. Reconocido y recibido en calidad de tal por su coronel de artillería, ayudante de campo de Ballesteros, le expresó de la manera mas atenta cuánto sentía que las primeras tropas que tenía la dicha de encontrar pertenecientes al segundo ejército, le recibiesen como enemigo, y que si era cierto que el general se hallaba á las inmediaciones, se sirviese decirle de parte de Riego, que iba en busca suya, en cumplimiento de la real orden ya citada, y para recibir las que quisiera comunicarle como su inmediato jefe.

El coronel marchó, ofreciendo volver lo mas pronto posible; mas como el tiempo pasaba sin que llegase la contestación, dispuso continuar su marcha acercándose hacia Priego; pero la referida avanzada, á pesar de las mas sinceras protestas de amistad y buena fe, rompió el fuego contra la guerrilla de infantería de la vanguardia izquierda, con lo cual hirieron gravemente á uno de los ayudantes del declarante, y sus tropas, sin embargo de haber recibido órdenes de no hacer fuego ni causar el menor daño, correspondieron al que se les hizo.

Habiendo emprendido su marcha con el ejército hasta dar vista á la villa de Priego, y viendo que una porción considerable de tropas de ambas armas se dirigían hacia el punto donde se hallaba, tomó las disposiciones que consideró oportunas para evitar una sorpresa ú otro accidente desagradable. Un destacamento, que iba á reconocer cierta posición que al declarante convenia tomar, fué atacado por un vivo fuego de fusilería, al cual se vió obligado á ceder en atención al mayor número. En estas circunstancias se oyeron de repente, en toda la línea del ejército de Ballesteros, numerosos vivas á la Constitución y al rey constitucional, con lo cual cesó el fuego, y todo se convirtió en alegría de una parte y otra; y á pocos momentos se dió parte al declarante de que el general Ballesteros se hallaba al frente de sus tropas, y quería hablarle. Al instante voló en alas del deseo de conferenciar con un general, á quien en otras ocasiones había debido el mayor aprecio y amistad. La entrevista fué pública á presencia de mas de 150 personas, entre las cuales se hallaban el jefe y oficiales del estado mayor y los ayudantes de campo, los cuales podían decir si los sentimientos que allí manifestó el declarante, eran los de un honrado militar, y demostraban que toda su ambición se dirigía á servir á la patria y al rey.

La escena fué la mas patética y generosa, y el declarante llegó á ofrecerse á servir hasta de ordenanza de honor, si en ello hacía un servicio á la patria. Por parte del general Ballesteros no recibió sino contestaciones á medias palabras y elusivas, y solo consiguió la palabra de que le permitiera hablar á las tropas, luego que se hubiese consultado á los generales y soldados sobre si querían seguir el partido de la Constitución, ó permanecer bajo la capitulación que el declarante no había podido hasta entonces entender en qué términos, ni bajo qué garantías estaba hecha. Convenidos de esta manera, se dirigieron á la villa de Priego los generales y tropa, y el declarante se fué á aposentar á la casa del general Ballesteros; y cuando

esperaba, después de haber tomado algun descanso, que tuviese cumplimiento la palabra que este le había dado sobre hablar á sus tropas, supo que estas habían salido del pueblo y estaban en marcha, sin que llegase á su noticia la dirección que habían tomado.

Viéndose burlado del modo menos generoso, cuando si hubiera estado en sus planes desorganizar las tropas de Ballesteros hubiera podido verificarlo, puesto que por la mañana se le pasaban compañías enteras y medios batallones, como fué público en el campo, tomó el partido de pasar al cuarto del general y decirle, que sino daba órdenes terminantes para que las tropas volvieran al pueblo y tuviese cumplimiento la oferta que le había hecho, se vería en la dura precisión de arrestarle en su casa y tomar las demas providencias que considerase oportunas. En efecto, consiguió que Ballesteros remitiese órdenes verbales al general de las tropas que iban marchando; pero habiendo vuelto el oficial encargado de llevarlas diciendo que aquel no quería detenerse, y viendo en esta doble conducta el declarante una superchería dirigida á burlar sus patrióticos fines, impuso arresto en su casa á Ballesteros y á los oficiales suyos que se hallaban en ella. Al anocheecer, después de haber conseguido de Ballesteros que repitiese la orden por escrito, y volviendo el oficial conductor de ella con la respuesta de que tampoco se obedecía, mandó desarmar la guardia de aquel, el cual permaneció arrestado con los demas hasta las once y media de la noche, en cuya hora puso á todos en libertad el declarante convencido de que cuantos pasos había dado de sinceridad y amor al bien público, eran inútiles y de ningun fruto; y á pocos momentos emprendió su marcha á Jaén, á donde llegó la madrugada del día 13.

Preguntado si como diputado de las llamadas cortes se halló en la sesión de 11 de junio de aquel año, y si fué de los que acordaron la traslación de S. M. á Cádiz, como igualmente si votó por el nombramiento de regencia que se hizo en aquel día contestó con noble dignidad: que como diputado á cortes no reconocía otro tribunal que el de ellas mismas, con arreglo á la Constitución, y que por lo mismo no respondía á la pregunta, por no serle hecha por autoridad competente; pero que estaba dispuesto á verificarlo siempre que se le hiciese por los medios establecidos en la ley fundamental de la monarquía. Hizosele entonces entender por el juez de la causa que si no se prestaba á declarar tendría por absuelta la pregunta; y contestó Riego, que no comprendiendo como al ofrecer declarar con arreglo á la Constitución, podía decirse que se negaba á hacerlo, insistía en lo que tenía dicho.

Preguntado si era el Riego que el día 1.º de enero de 1820 alzó el grito de Constitución en las Cabezas de San Juan al frente de algunas tropas, dijo que con objeto de rescatar al ejército de la situación deplorable á que le había reducido la mala fé del conde de La-Bisbal, y conociendo que el mejor medio de verificarlo era restablecer la Constitución de 1812, lo había verificado en las Cabezas de San Juan el 1.º de enero de 1820; que los demas cuerpos lo hicieron en el mismo día y otros sucesivos: que la conducta posterior del declarante demostraba hasta la evidencia que solamente la gloria del rey y la felicidad de la nación, fueron los móviles que le condujeron á empresa de tanta consecuencia: que la renuncia hecha hasta cinco veces de la faja de mariscal de campo, la de su paga de general y de otros honores y pensiones, lo probaban de una manera indudable, y que esto debía constar en la secretaría del despacho de la Guerra y en la de las cortes: que su obediencia á la real orden de 4 de setiembre de 1820, por la que fué exonerado del mando de la provincia de Galicia: la que prestó cuando se le destituyó del mando de Aragon, y con especialidad la que había ostentado al salir de Cádiz en 31 de julio último para tomar el mando del tercer ejército de operaciones, no dejaban lugar á dudar sobre su honrado proceder político y militar.

Interrogado si fué el primero que el día 1.º de enero, establecido en el pueblo de las Cabezas de San Juan ayuntamiento constitucional, respondió: que había establecido dos alcaldes constitucionales interinamente.

Preguntado si por la disposición en que expresó se hallaba el ejército expedicionario de Ultramar, dió algun parte á la corte, dijo: que habiéndosele asegurado que el general en jefe, conde de Calderon, los había dado repetidos sobre el asunto, y siendo el declarante un subalterno, no creyó que debía hacerlo.

Interrogado por segunda vez si como diputado de las llamadas cortes se halló en la sesión de 11 de junio de que antes se ha hecho mérito, y apercibido en forma para que declarase al tenor de la pregunta, dijo: que siendo inviolables los diputados á cortes por las opiniones emitidas en sus sesiones, segun la Constitución, y teniendo por ella misma un tribunal para juzgarlos por las faltas que pudiesen cometer, insistía en la contestación que dió cuando por primera vez se le hizo esta pregunta; añadiendo que se prestaría á responder cuando le constase oficialmente que las cortes se habían disuelto, y que ya no se observaba la Constitución en todo el reino. (Lo mismo contestó cuando se le requirió por tercera vez y se le apercibió de nuevo, sobre que declarase acerca de la mencionada pregunta.)

Preguntado después si desempeñó algun mando en la escolta que condujo á S. M. á Cádiz, contestó: que no había desempeñado mando alguno.

En este estado quedó por entonces la declaración del procesado don Rafael del Riego sin que pudiera

recabarse de él otra respuesta, en punto á su conducta como diputado.

F. P. DE A.
(Se continuará).

Noticias judiciales.

En la villa de Bacares, juzgado de Pulchena, se ha cometido, segun escriben de Lorca, el crimen mas horroroso y sacrilego de que hace mencion la historia de las maldades del género humano. He aqui la relación del monstruoso crimen. En 17 de diciembre último, al tiempo de consumir el Sangüis el señor cura de Bacares repugnó su bebida por el gusto extraño que ofrecía, y solo hubo de tragar muy poca cantidad, pero lo bastante para sentirse desde luego indispuerto, observando que se iba entumeciendo por instantes. En términos de presentar cuando llegó á la sacristía, síntomas inequívocos de envenenamiento. Visto esto se procedió á socorrerle del modo que es sabido para tales casos, y por de pronto se le dió el aceite que había en la lámpara, mientras de su casa se proveyó de este líquido. Pronto empezaron las evacuaciones, y todo fué tan oportuno que el paciente se salvó del peligro de la muerte, contra lo que deseaba el criminal que tan alevosa como sacrilegamente la había intentado.

Dióse de ello conocimiento al juzgado de primera instancia, que se halla en la ciudad de Pulchena, á legua y media de distancia de aquel pueblo, é inmediatamente se constituyó en Bacares la audiencia con el médico y cirujano, procediéndose con extraordinario celo á buscar al autor del delito; y de las primeras diligencias practicadas resultaron complicados dos sujetos, contra quienes militan vehementes sospechas: sujetos que por lo tanto fueron puestos en prisión, siendo después trasladados á la cárcel de la mencionada ciudad de Pulchena.

Es escusado ponderar la gravedad de este crimen: El juez de primera instancia que conoce de él, la comprenderá bien y no dejará de aplicarle el condigno castigo. El clero todo está interesado en que así se verifique, y por mas que al cura inmediatamente ofendido se le comprometa á otorgar el perdón de su agresor, como es de esperar en un pueblo de poco vecindario en que el párroco tiene que sacrificarlo todo á su seguridad, el tribunal deberá ser inexorable, no dando oídos mas que á la voz de la ley, si ha de quedar en su lugar la justicia.

El crimen es sorprendente por lo inaudito y horroroso, y procuraremos estar á la vista del proceso, para dar cuenta á nuestros lectores de su resultado.

SEMANA CIENTIFICA.

VIAGES.

BAVIERA.—RATISBONA.

El primer recuerdo que se despierta en el ánimo de los lectores de nuestra época al nombre de Ratisbona, es probablemente el de la célebre batalla á que se entregaron por espacio de cinco dias los franceses y los austriacos al pié de los muros de esta ciudad; batalla en la cual Napoleon fué ligeramente herido en el talon del pié derecho por una bala fria. Este acontecimiento suministró á un pintor del imperio el asunto de un gran cuadro que han reproducido hasta lo infinito el grabado y la litografía. En dicha composición el emperador aparece en primer término con un pié en el estribo, teniendo las riendas con una mano, y mostrando su impaciencia por volver á montar, al mismo tiempo que los cirujanos se apresuran a curar su herida. Esto sucedia en el mes de abril de 1809, después de la victoria de Eckmull; el ejército francés había avanzado para apoderarse de Ratisbona: los austriacos se presentaron para cubrir esta plaza; pero fueron derrotados y la ciudad atacada y tomada por asalto. La victoria fué cruel en esta ocasion; todo el que hizo resistencia fué pasado á cuchillo, y el número de los prisioneros ascendió á ocho mil. Ratisbona sufrió mucho á consecuencia de esta lucha: un considerable número de casas fueron incendiadas, y la pérdida se evaluó en mas de 1.500,000 florines. Por una especie de milagro escapó de la destruccion un monumento erigido á la memoria de Copérnico, pues de aquel diluvio de balas y bombas que destruían los edificios, ninguna le tocó; parece, decían los habitantes de Ratisbona, que estos proyectiles funestos quisieron respetar la memoria del célebre astrónomo que tuvo la gloria de dar su nombre al sistema del mundo.

El suceso respecto á la herida de Napoleon está muy distante por otro lado, de merecer el primer lugar entre los que presenta la historia de Ratisbona. Podríamos recordar el suplicio de aquellos dos eclesiásticos que osaron vituperar la sentencia del concilio de Constanza contra Juan Huss; pero ciento veinte y cuatro años después, esto es, en 1542, la población de Ratisbona, separada en gran parte de la iglesia romana, los colocaba solemnemente en el catálogo de los mártires.

Podemos también hacer mención del nacimiento en los muros de esta ciudad de uno de los hombres más notables del siglo XVI; don Juan de Austria, hijo natural de Carlos V, que ganó contra los turcos la batalla de Lepanto, que mantuvo los Países Bajos en el dominio del imperio de España y murió (dicen) envenenado por orden expresa de su hermano Felipe II, porque este monarca sospechoso temía que se declarase soberano de Flandes.

Un sinnúmero de citas históricas que ofrecen un vivo interés podrían aumentar este catálogo; pero viéndonos precisados á contenernos en los límites de esta publicación, nos contentaremos con recordar á nuestros lectores que Ratisbona fué desde 1662 el sitio de la dieta del imperio, y que cuando el gran ducado de Francfort se fundó, esta ciudad fué comprendida, lo mismo que su territorio, en los estados de Baviera.

Entre las construcciones más importantes de Ratisbona se hace necesario mencionar el famoso puente de quince arcos, situado sobre el Danubio, que tiene 1,091 pies de longitud; el hermoso palacio del príncipe de Tour y Taxis, el ayuntamiento, en el cual se reunía la dieta germánica, y la iglesia catedral cuya construcción se remonta al primer año del siglo XV. (Véase la lámina).

Ratisbona ofrece al curioso viajero infinidad de establecimientos de instrucción, magníficas colecciones científicas, una rica galería de cuadros y preciosas bibliotecas.

Como muchas ciudades de Alemania, Ratisbona tiene calles estrechas y tortuosas, pero limpias y perfectamente empedradas: las casas son allí muy elevadas y construidas según el gusto alemán. Antes de mediados del siglo XVII esta ciudad estaba casi enteramente edificada de madera; también antes de esta época había estado siete veces á punto de ser reducida á cenizas. Ratisbona cuenta hoy cerca de 30,000 habitantes y está cercada de murallas sin fortificaciones.

Al otro lado del río está la ciudad de la corte (*Stadt-am-Hoff*), que puede considerarse como un barrio de Ratisbona, al cual se halla unida por medio de un puente. *Stadt-am-Hoff* contiene 1,300 habitantes próximamente y debe á la destrucción casi total que experimentó en 1809, haber sido reedificada con mucha más elegancia y solidez que en los pasados tiempos.

CRITICA LITERARIA.

NOVELISTAS CONTEMPORANEOS.

D. F. N. VILLOSLADA.

¿Quién no conoce que la crítica sensata y razonada es uno de los principales elementos del progreso literario en todas sus acepciones? Nosotros, convencidos de ello como quien más, no hemos titubeado en dar una honrosa preferencia á la crítica en las columnas de *La Semana*, no solo porque espontáneamente lo ofrecimos, sino porque la importancia que cada día adquiere dicha publicación lo reclama. Esto nos impelió á anunciar á nuestros lectores que desde hoy comenzaremos á dar á conocer de vez en cuando el estado actual de la novela, analizándola según lo permitan nuestras fuerzas. Por lo tanto sea para nosotros

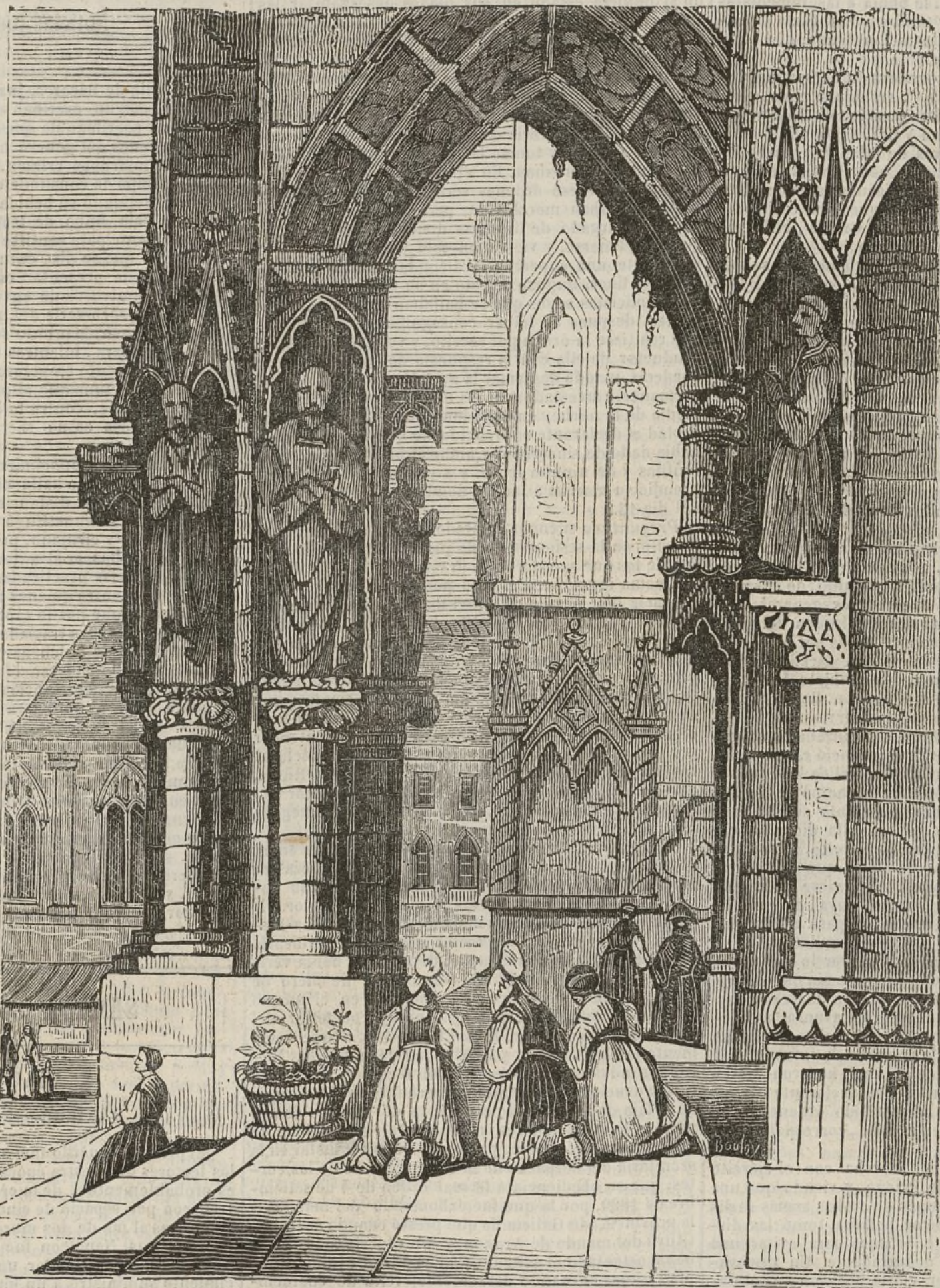
benévola la crítica de esta crítica, en gracia del buen deseo que nos anima, puesto que únicamente aspiramos á que plumas más juiciosas que la nuestra y menos inespertas tomen á su cargo la honrosa tarea del análisis profundo y detenido de la novela, ya que felizmente varios ingenios de conocida reputación han

ción más general y justa de recompensas y castigos que lo que estamos viendo; y no hallando estas cosas en las historias verdaderas, recurrimos á las ficciones.

La novela, por lo tanto, no es, como ha querido suponerse, una concepción arbitraria, es hasta cierto

punto un género necesario y con derechos muy legítimos al respeto de la crítica.

Inteligencias demasiado severas se han revelado en ocasiones contra el imperio de la novela, y esforzándose en desconocer que la fábula dimanada de la verdad tiene un poderoso atractivo, llaman mentiras las ficciones de la novela, y para hacer que resalte más la trivialidad de estos escritos, han hallado una especie de complacencia en poner en parangón la relación ficticia de la novela con la histórica. ¿Puede la historia condenar á novela? ¿Los límites de ambos géneros, donde algunas veces hallamos ciertos puntos de contacto, no son enteramente distintos? Si para dar un carácter de verdad á la forma de estos escritos, el novelista se traslada al seno de una época real y nombra acontecimientos y personajes conocidos, ¿esto no usurpa sus derechos al historiador, puesto que se propone pintar un orden distinto de cosas. El historiador recoge en sus anales lo que se ha conservado en la memoria de los pueblos; pero nunca secede lo mismo con respecto al novelista, pues este busca sus héroes en aquella multitud sin límites donde no puede penetrar la mirada del historiador: con su pincel pinta lo que pasa, lo que perece, lo que cambia incesantemente aquellas relaciones del momento, que establecen entre los hombres sus intereses y sus pasiones, aquellos accidentes diarios que se suceden en la transitoria escena del mundo; el novelista escribe hasta cierto punto la historia de la vida privada, y si le es permitido hallar los hechos en su imaginación, no se abstiene de dar á sus relaciones la verdad de que carece aquella otra verdad que



Vista de la catedral de Ratisbona.

hecho afortunados ensayos para que la novela verdaderamente española aparezca con el esplendor que con sobrada justicia merece. En este concepto no estará de más que nos detengamos en emitir algunas consideraciones, por vía de introducción, acerca de la novela, demostrando, aunque someramente, su origen, sus tendencias en los diferentes periodos en que ha aparecido, y las modificaciones que ha experimentado hasta nuestros días.

Existe un título de gloria que jamás se ha negado á la novela, y consiste en la antigüedad de su origen; pero por lejano que le supongamos, siempre estamos en el caso de referirnos á un origen anterior. Como todos los géneros verdaderamente dignos de este nombre, la novela existía antes de ser descubierta, en una predisposición natural del espíritu humano. Por una especie de independencia, en la que encontraba Bacon una prueba de la fuerza y dignidad de nuestro ser, hemos tenido siempre una marcada inclinación á sustraernos al curso natural de las cosas y crear una serie imaginaria de acontecimientos más variada, donde la casualidad tiene menos imperio y donde nuestras facultades se ejercitan con más libertad; esta es precisamente la inclinación involuntaria de todas las inteligencias. «Los objetos del mundo real, añade Bacon, citado por Blair, no llenan el ánimo ni le satisfacen enteramente: buscamos alguna cosa que ensanche más el corazón; apetecemos hechos más heroicos y brillantes, acaecimientos más variados y maravillosos, un orden de cosas más espléndido, una distribu-

es el pasto común y la necesidad de todas las artes. Nada más necesario sino que el hombre se reconozca en su imagen, que esta le presente la fiel expresión de todas sus pasiones, de sus virtudes, de sus vicios y ridiculeces, y bajo la inconstante apariencia de los usos y costumbres, los inalterables caracteres de la naturaleza humana.... La verdad dándose la mano con la ficción; hé aquí las primeras condiciones de la novela como las de todas las producciones del arte.

El mundo presenta á la imaginación del novelista materiales que nunca se agotan, y dispone de ellos á su antojo; ora escoge una acción noble, ora una escena familiar; bien apela á pintar el ridículo, bien á retratar un acontecimiento terrible; nada de cuanto pertenece á la naturaleza humana es ageno de su propósito; puede pintar su cuadro con todos los colores que guste, esto es, asociar á una sola obra todos los géneros que separan las otras, designar los contrastes, mezclar los tonos y pretender á toda clase de efectos; preséntase á su imaginación un estenso campo, campo siempre nuevo y á pesar de todo siempre el mismo; pero sea cualquiera la variedad de las formas que produzcan sus innumerables composiciones, tendrán por objeto común comprender en un solo cuadro el curso completo de un destino, acercando y reuniendo por medio de una especie de perspectiva los momentos más interesantes, aquellos que mejor la caracterizan. Esta es precisamente la unidad de la novela; pero ¡qué unidad tan fecunda!.... lejos de limitar el dominio del escritor le ensancha y le engran-

DOÑA URRACA DE CASTILLA, NOVELA DE VILLOSLADA.



El conde de Lara y la reina.



El arzobispo de Santiago y el infante don Alonso.



El Imuerzo.—Preludios de una conjuración



La reina doña Urraca.

dece; mas libre que el poeta, el novelista puede ser pródigo con respecto al desarrollo y los pormenores, sin que se le prohiba mezclar al lenguaje de la imaginación el de la crítica, pintar y explicar á la vez y desenvolver el conjunto de los resortes secretos que nos hacen obrar, hablar y sentir. La novela es en efecto de todas las composiciones literarias la que menos oculta el designio de instruirnos; es una forma enérgica dada á las lecciones del filósofo y del moralista; las verdades especulativas toman en la novela una apariencia sensible que se revela desde luego á las imaginaciones menos atentas. Obligado á aperebrirlas piensa el lector descubrirlas porque el artificio del novelista le convierte en observador. Sus ficciones son á veces superiores á la misma realidad, puesto que interesan con mas vigor nuestra atención; dan á nuestro juicio aquella independencia que muy á menudo se desvía de nuestros propios intereses y de nuestras pasiones: una lectura de algunas horas nos da la experiencia de una larga vida, y aprendemos, digámoslo así, jugando, aquella ciencia humana que ordinariamente compramos á costa de errores é infortunios; de este modo la novela, mas bien que otro género de escrito, convierte los deleites de la imaginación en objeto provechoso para la instrucción práctica.

Son obras que corresponden á las necesidades mas imperiosas de la vida humana, que ofrecen á la razón el fiel traslado de lo que es, llevando al mismo tiempo á la imaginación mas allá de los límites de la realidad, asociando de este modo la verdad con el ideal, haciendo que participen en cierta manera de la gravedad de la historia y la filosofía, sin que por esto se conceptúen ajenas de los encantos de la poesía; estas obras tocan todos los géneros sin confundirse con ninguno de ellos, y manifiestan en mas de una ocasión que tienen la especial ventaja de cautivar la frivolidad de los lectores, y de conducirlos sin que lo conozcan hácia un objeto de utilidad positiva; por consecuencia, obras caracterizadas con semejantes dotes no deben colocarse en una categoría inferior, por lo mismo que pertenecen á un género que no carece de importancia, y cuyas dificultades son superiores á las medianías.

Se cree que la novela es originaria de aquellos pueblos ingeniosos que fueron los primeros en presentar la verdad bajo el velo trasparente de la ficción; debieron dar naturalmente, como á las demas producciones de su literatura, la forma del apólogo y de la alegoría: una lección moral era el fin predilecto hácia el cual manifestaron su tendencia los pueblos orientales. Estos novelistas de la antigüedad pertenecían á aquella numerosa clase de narradores que buscaban en el deleite de la ficción el principal interés de sus relaciones, pues en la imaginación encontraban el maravilloso talisman del encanto. ¡Qué fecundidad de invención! ¡qué disposición tan ingeniosa! ¡qué arte tan particular y exclusivo de estos pueblos para interesar el ánimo con el deseo del desenlace de una fábula con frecuencia inverosímil, y para colocarla sin grande esfuerzo en un mundo sobrenatural!

Las novelas que nos han dejado los griegos deben su interés de la misma clase á su mucha antigüedad: como toda obra hija del arte, se han conquistado con su misma decrepitud un valor histórico independiente en un todo de su mérito literario. Si el gusto moderno las desprecia, la crítica sensata las cobija, las ampara y las da valor como á un monumento curioso que puede auxiliarla en sus prolijas indagaciones literarias.

Los griegos no conocieron la novela sino en la época fatal de su decadencia, pues estuvieron largo tiempo sin disfrutar de aquel ocioso goce que proporciona la lectura, porque las obras destinadas únicamente á distraer las horas de descanso, hubiera sido difícil que hallasen acogida en medio de una literatura activa que se producía por la palabra en los templos, en los teatros, en los juegos, en los festines, en la tribuna política y en las escuelas de los filósofos; literatura que se mezclaba con las instituciones del país y que participaba de su misma dignidad, siendo una especie de lenguaje público hablado por todo un pueblo en circunstancias solemnes y particulares. También hay sobrado motivo para dudar si el estado de las costumbres habria podido ofrecer una materia favorable á este género de composición, porque la igualdad republicana debia borrar en parte aquella variedad de caracteres que presentan bajo otras formas de gobierno las distintas condiciones de la sociedad y que hacen sobresalir al poeta cómico y al novelista. Una vida cuyo curso se hallaba trazado de antemano, y que se dividía necesariamente entre los asuntos del estado y los cuidados domésticos, no se prestaba á los deleites de la imaginación como á los caprichos de la casualidad. La vida pública era patrimonio del pincel histórico ó del de la comedia, que fué en un principio en la democracia ateniense uno de los órganos de la oposición popular ó aristocrática: la vida privada se hallaba distante de las miradas de los hombres en una especie de santuario, donde no penetraba la observación, y por lo tanto... ¿qué le quedaba á la novela? Los desórdenes particulares que la moral no muy severa de los griegos no se tomaba el trabajo de ocultar; aventuras de esclavos y cortesanas; pinturas adecuadas para el poeta cómico; pero poco satisfactorias para el vasto lienzo del novelista. Por esta misma razón creemos que este se vió precisado á buscar fuera de la realidad otros intereses, otros sentimientos, un

nuevo género de personajes y de acontecimientos. Con efecto, esta fué la senda por donde primeramente transitó la novela entre los griegos; pero en el mundo imaginario donde se creó, se encontró mas estrecha que hubiera podido encontrarse en el verdadero. Sucediase sus producciones sin ofrecer otra cosa que la repetición insípida de un original defectuoso, pinturas sin verdad, y como consecuencia inmediata se vieron ficciones sin ningún interés.

Las novelas griegas nos han hecho conocer que toda literatura que no se cimenta con las costumbres de la época de donde nace, perdiendo su relación con la vida efectiva, se condena á sí propia á carecer de fuego y de interés.

La edad media sacó del seno de las costumbres caballerescas una literatura mas bárbara, pero mas original; sus novelistas no pintaban un cuadro imaginario de delirios sin realidad; porque sus paladines, sus damas y hasta sus encantamientos habian tenido mas de un modelo, y aquella serie de aventuras maravillosas interesaban al sentimiento popular antes que el trovador ingenioso hubiese encontrado en estas fábulas el asunto de sus cantos. Y por consiguiente una crítica imparcial al mismo tiempo que ilustrada debe observar en los monumentos poco conocidos de esta edad uno de los caracteres mas preciosos y distinguidos de nuestra riqueza literaria. Pero las costumbres caballerescas pasaron; con ellas debieron haber fallecido las novelas del mismo género; y no obstante, por una extraña fatalidad, en esta época mas que en ninguna se multiplicaron y propagaron por el mundo.

Pero se presentó un hombre de genio que prestó á la novela el mismo importante servicio que Sócrates á la filosofía; supo con admirable destreza poner en ridículo las extravagancias de los caballeros andantes, criticándolos bajo una forma de realidad. En una fábula harto ingeniosa opuso á las reclamaciones del buen sentido y á las visiones de un ridículo entusiasmo á don Quijote y Sancho Panza, y la verdad literaria que por espacio de tanto tiempo habia experimentado un vergonzoso destierro, reapareció triunfadora y solemne en la obra inmortal del desgraciado Cervantes, excitando una sorpresa y una admiración universal.

Le Sage puso término á esta revolución, proponiéndose un plan mas vasto y variado y un interés general, puesto que logró reunir en un mismo cuadro las cosas graves y las ridiculeces de la humanidad, las numerosas imperfecciones que son peculiares á la primitiva enfermedad de nuestro ser, y á las cuales hemos añadido todas las pertenecientes al orden social: creó la novela de costumbres, género fecundo que halló primero que Le Sage nuestro inmortal Quevedo, aun cuando sus pretensiones fueron mas limitadas; Le Sage encontró imitadores, pues las circunstancias favorecieron no poco á este progreso literario. En el momento en que el espíritu filosófico comenzó á manifestar su preponderancia sobre el genio de las bellas artes, en que la poesía comenzaba á separarse de un terreno agotado por la cultura, en que las indagaciones especulativas ocupaban los primeros talentos del siglo, en aquel momento en fin que señalaba el tránsito del siglo de la imaginación al siglo de la crítica, apareció un nuevo género de composición que satisfaciendo los deseos de ambos periodos pudo acoger á un mismo tiempo las profundas meditaciones de la filosofía, las imaginarias concepciones del poeta, y suministrar, por decirlo así, á los descubrimientos de la observación moral, todos los encantos de la ficción.

Tras la novela de costumbres vino la llamada histórica, que tomó á su cargo la tarea de narrarnos lo que la historia habia omitido, ó al menos lo que no habia podido enseñarnos. Es cierto que estas formas, llamadas generales, se confundieron, y la mayor parte de los escritores que se ejercitaron en estas composiciones, estamparon en ellas el carácter particular y exclusivo de su genio; mas en esta larga serie de obras verdaderamente notables, se encuentran muy pocas que no tengan cierto punto de contacto con los tipos originales que con tan singular maestría supieron crear Richardson, Fielding, Voltaire y Walter-Scott.

También se han escrito tanto en España como en Italia varias novelas pastoriles en prosa y verso, cuyo fundamento era referir aventuras picantes y truanescas acaecidas á individuos de la clase baja del pueblo; sin embargo, á imitación de los ingleses se compusieron en España novelas con cierta tendencia moral y bajo un carácter de utilidad común de que antes habian carecido: «se procuró hacer amable la virtud y odioso el vicio, dice Hermosilla, se interesó la sensibilidad de los lectores con pinturas animadas de las desgracias á que el error ó una fatal combinación de circunstancias, puede arrastrar aun á las personas virtuosas.»

La España que cuenta en sus anales literarios un teatro suyo exclusivo, y un gran número de celebridades en este género de escritos, no puede lisonjearse en la actualidad de contar en su seno igual número de novelistas, y entre los que han cultivado y cultivan este ramo de literatura, son muy pocos los que dignamente han sobresalido; y sin embargo, entre nuestras celebridades contemporáneas se encuentran plumas que pueden elevar la novela á una altura semejante á la que los franceses han elevado la suya; y digo mas, creo que nuestros ingenios compatriotas no tendrian necesidad de apelar á ciertos recursos, ora san-

grientos, ora inmorales, para lograr interesar á sus lectores; pero una indolencia que solo se explica con la desmedida inclinación que manifiestan á brillar en la escena, los aleja al parecer de un terreno, que cultivado con aplicación y aprovechamiento, no dejaría de producir en breve tiempo lozanas flores. ¿Sería conveniente que indicásemos aquí los autores llamados á desempeñar esta misión? No; el público conoce demasiado á las personas á quienes nos referimos, y esta basta.

A pesar de lo dicho observamos con cierta complacencia que en nuestros dias varios jóvenes conocidos en la república de las letras por escritos de distinguido, han hecho laudables esfuerzos para resucitar el gusto del público hácia la novela española, injustamente postergada por los ingeniosos abortos de imaginaciones extranjeras, que á trueque de buscar novedad han osado quebrantar las reglas de la moral y del buen gusto para interesar á los lectores, incesantemente ansiosos de emociones de diferente género. La novela española contemporánea presenta un carácter enteramente opuesto, ora sea histórica, fantástica ó de costumbres. Villoslada, Ariza, Rubí, Fernán Caballero, Larrañaga y otros, son los ingenios que recientemente han aspirado á la palma en este ramo de literatura, y por una coincidencia de no difícil explicación han revelado una tendencia igual respecto al objeto principal de la novela, aun cuando cada uno en particular ha caracterizado sus concepciones con una forma peculiar y exclusiva.

Don Francisco Navarro Villoslada ha dado la preferencia á la novela llamada histórica, género harto espinoso, y que presenta bastantes escollos á todos cuantos no tengan un profundo conocimiento de la historia, porque los personajes escogidos por el novelista aunque envueltos con las circunstancias que presenta la inventiva del escritor, deben no obstante aparecer bajo la forma exacta con que fueron concebidos por el historiador, ya que el novelista no se propone combatir un error popular respecto á los indicados personajes históricos, como lo hizo don Eulogio Florentino Sanz, presentando á Quevedo, no como al héroe por excelencia del reinado de Felipe IV, segun la generalidad del pueblo le creía, sino como al diplomático, como al cumplido caballero de su época.

El señor Villoslada en su última novela titulada *Doña Urraca de Castilla*, sin una manifiesta pretensión y con una modestia que le honra, ha presentado un cuadro histórico de no poco interés, adornado con una ficción bastante ingeniosa; y lo que es mas de notar sin que por esto haya tenido necesidad de quebrantar de una manera reprensible la verdad histórica; y prueba de ello repasemos con alguna detención varios de los episodios históricos que diestramente intercala entre sus escenas, hagamos un cotejo con el período á que se refiere y no hallaremos calumniado el mas leve pormenor. El señor Villoslada, conociendo muy bien quien mas que las reglas han sido y serán siempre las del buen gusto, ha seguido paso á paso y con summa obediencia las leyes que sabiamente impusieron sus antecesores: así se ve que *Doña Urraca de Castilla* es una verdadera lección de moral, sin que por esto se convierta en una lectura insípida, pues á lo ejemplar de su índole añade hechos variados y atractivos capaces de interesar el ánimo de sus lectores. La heroína de esta historia interesa vivamente la atención y la mantiene siempre despierta, con lo cual revela nuestro joven novelista que no carece de la dote de una imaginación rica, viva y fecunda. Su buen juicio domina la invención de la fábula, esto es, las distintas situaciones que presenta son las mas veces nuevas, pero increíbles, ni complicadas á punto de embarazar la atención de los lectores; los distintos lances en que se encuentran á menudo varios de sus personajes son peligrosos y nunca desesperados; y por último siempre sostiene suspensa la atención y logra en no pocas ocasiones sorprender con una circunstancia imprevista dimanada naturalmente del enredo de la fábula.

En la descripción individual es el señor Villoslada unas veces lánguido otras algo superficial, bien que esta dote descriptiva son muy pocos los que han conseguido llevarla á la inusitada perfección de Walter-Scott; y siendo este autor tan universalmente conocido y admirado con tanta justicia, no es extraño que echemos de menos aquella descripción que no por ser bastante minuciosa y prolija deja de interesar; este resorte no es concedido á todas las inteligencias, y el señor Villoslada ha hecho mucho si tenemos en cuenta las anteriores observaciones y no perdemos de vista que estos son sus primeros ensayos.

Sobresale en *Doña Urraca* la perfección de un diálogo bastante animado; las pasiones están muy bien desenvueltas, y hay no pocas escenas que dicen tácitamente que su autor está dotado de una sensibilidad nada común. La unidad se vé respetada, pues no se encuentra un solo suceso que no tenga alguna relación con el desenlace final: los caracteres los vemos perfectamente sostenidos, y la heroína de esta fábula se halla presentada dade tal modo, que resume en sí misma las costumbres nobles y caballerescas de su siglo. El señor Villoslada, atendida la extensión que ha dado á su novela menudea los episodios; pero interesantes, proporcionan, por decirlo así, un breve descanso al ánimo del lector muy ligado al hilo consecutivo del objeto principal de la historia, y como antes dijimos, no por ser episodio deja de decir relación con el punto capital y dominante de la obra.

Ultimamente, *Doña Blanca de Navarra* y *Doña*

Urraca de Castilla, ambas novelas concepciones felices del señor de Villoslada son recomendables por mas de un concepto, y el público antes que nosotros ha hecho tácitamente un elogio de sus obras puesto que las ha recibido con benevolencia merecida y ansia conocer nuevas concepciones de su lozana y feliz imaginación.

No terminaremos sin tributar el mas justo elogio á los señores Gaspar y Roig, que han espuesto al público un modelo de tipografía en dicha obra adornándola con excelentes láminas, de las cuales intercalamos cuatro en el texto de este artículo, como prueba de nuestro aserto.

Por último, sirvan estos ligeros apuntes respecto á nuestro autor, mas que como criticos, como un estímulo á los demas ingenios que recientemente se afilian á este pabellon literario. Siga el señor de Ariza escitando el amor patrio con sus novelas; el señor de Larrañaga demostrando en las suyas aquel esquisito sentimentalismo que campea en sus fábulas de costumbres; aquella tintura melancólica con que colora sus bien trazados cuadros del hogar doméstico. Acabe el señor de Rubí de poner un término, como es de esperar, á sus *Trampas legales*, pues así lo reclaman el interés que ha dado á su bien meditada ficción y la impaciencia de sus lectores; prosiga Fernán Caballero dando un saludable pasto á sus admiradores con sus excelentes cuadros de costumbres provinciales, con sus ligeras y exactas descripciones y con aquel diálogo tan animado como natural. Establézcase desde luego una cruzada literaria, cuyo noble combate tenga por objeto dar á la novela y á los demas escritos nacionales la misma importancia que tienen en otras partes. Con respecto á la novela acaso digan algunos que en España no tiene la suficiente recompensa, y sin duda á esta causa atribuyen el paso lento y perezoso con que camina. Convenimos hasta cierto punto en que un escritor necesita á veces emplear mas tiempo para escribir una buena novela que para componer un drama ó una comedia, y que sin embargo estas últimas composiciones le reportan utilidades mas directas, mas prontas y positivas; pero en nuestra opinion puede recurrirse á medios que concilien ambos extremos.

Tengamos la franqueza de reconocer que hasta hace poco tiempo la novela ha estado confiada á manos inexpertas, ó á lo menos á ingenios que han carecido del suficiente talento para conducir la afición del público por el sendero del buen gusto: que con muy raras escepciones hemos visto novelas, cuyo argumento ha sido de un interés muy escaso, á lo que debe atribuirse el que el público haya acogido con entusiasmo hasta las monstruosidades de nuestros vecinos. De tan vituperable preferencia, no debe culparse sino á nuestros buenos ingenios, que se manifiestan indiferentes, y no procuran por todos los medios posibles remediar un mal tan grave y trascendental para el honor de nuestra literatura; en toda nación, por civilizada que sea, los editores, antes que agentes para propagar las obras de los ingenios, son especuladores, y no es su culpa si comercian con el mal gusto del público: así que, á los literatos mas que á nadie atañe el remedio del daño que se deplora. En Alemania, en Inglaterra, en Francia, los escritores comprenden perfectamente cual es su misión en la tierra, y formando de consuno el mas laudable y perfecto masonismo, se erigen en apóstoles literarios, y ya profesando esta ó aquella escuela, difunden sus conocimientos por el sendero del buen gusto, y ahogan con su impulso los estravíos osados de la vulgaridad y de la ríspida literatura. Una vez levantado el edificio con cimentos tan inalterables, el pueblo tarde ó temprano conoce el buen sabor del manjar con que se alimenta, se aficióna á él, y tácitamente se convierte en un recompensador indirecto del literato, el cual recoge ópinamente el fruto de su laudable tarea.

En su consecuencia, nosotros aconsejaremos á los felices ingenios que nos ilustran con sus obras, que se aunan, y animados del deseo de una futura y positiva prosperidad, sacrifiquen en los comienzos el interés individual al interés de su patria; seamos mas bien modelos que imitadores, y ya que imitemos escojamos el molde mas perfecto y acabado, y el público, primerote que á los escritos extraños, dará la preferencia á las creaciones de nuestros autores nacionales.

EL DÓMINE CONSEJERO.

SEMANA LITERARIA.

LEYENDAS VASCONGADAS.

Es achaque de todos los pueblos montañoses el ser mas ó menos inclinados á creer todo lo que sea sobrenatural y maravilloso. Sea que en estos países la naturaleza se presenta de una manera mas imponente, dirigiendo las imaginaciones de los sencillos habitantes de las montañas, ó sea por otras razones que dejamos á la consideración de observadores mas profundos, es lo que las escarpadas orillas del Rhin salpicadas de ruinas de feudales castillos, las montañas y lagos de la Escocia, las áridas rocas de las Hebridas, como las estensas y quebradas landas cubiertas de maleza y jaral de la verde Erin, tienen las unas sus *gnomos* y *duendes*, las otras sus *damas blancas* cabalgando sobre fantásticas hacancas, estas sus *peris* juguetonas, aquellas sus *willis* danzarinas, y todas una innumera-

ble multitud de entes misteriosos, cuyos gritos, danzas, juegos y aéreas cabalgatas han visto á la pálida luz de la luna ó entre la bruma que sube de los torrentes, para posarse, á manera de dosel, sobre las copas de los árboles seculares de los bosques.

Si algun viagero despreocupado se sentase en el hogar hospitalario de estos países, y al oír las maravillosas aventuras que el mas anciano de la familia relata con la mas envidiable buena fé, al paso que los demas lo escuchan con religioso y ejemplar silencio, tuviese la desgraciada ocurrencia de interrumpir el relato, bien con un bostezo, bien con algun signo mas ó menos marcado de incredulidad, veria á toda la reunion alzarse en masa y protestar contra aquel acto, no ya de descortesía, sino de injuriosa duda; duda que rebajaria en mucho la importancia del canton ó comarca, que se creeria de menos valer que sus circunvecinas sino tuviese en su territorio uno de estos seres, no definidos hasta hoy, pero en contacto con los habitantes, y ejerciendo directo influjo en todos los actos importantes de su vida sencilla y monótona.

Y para que el incrédulo viagero se convenza, no faltará algun robusto pastor que jurará por la Biblia haberse despertado una noche por el ligero beso de una blanca *willi* que arrancándolo del lecho de heno lo ha conducido al bosque vecino, y allí lo ha abandonado al amanecer, molido y quebrantado, merced á las rápidas vueltas de algun wals ú otro baile mas violento.

Recordará el anciano haber visto en su mocedad á la dama blanca del castillo inmediato pasearse á caballo por la selva, con el halcon encaperuzado al puño y el acompañamiento obligado de la trompa de caza y los ladridos de la jauría.

A estas aseveraciones, que nadie pone en duda, seguirán las de la decrepita dueña de la casa que ha visto con sus propios ojos á un travieso *duendecillo* verter la sal, echar agenojo á los pucheros y aun llevar su audacia hasta el extremo de atar una sartén vieja á la cola del gato mas venerable de la casa.

A tan irrecusables testimonios no hay duda que resistir pueda, y el viagero se ve obligado á convenir en que realmente existen *duendes*, *willis*, *peris* y *damas blancas*, volviendo de este modo á captarse la benevolencia de sus patrones.

En cuanto á nosotros, somos de parecer que es mejor dejar á estas buenas gentes sus creencias que á nadie perjudican, encomendando al tiempo el cuidado de desengañarlas, que meternos á reformadores tratando de desarraigalas.

Por otra parte, los pueblos que en su sencillez creen estas cosas, son generalmente los mas virtuosos, los mas pacíficos, los mas honrados, los mas dispuestos á la observancia de los preceptos religiosos, y los mas inclinados á obedecer las leyes emanadas de sus respectivos gobiernos.

Y con tales circunstancias en su favor bien pueden dispensárseles estas creencias, que en cierto modo los predisponen á no dudar de otras mas interesantes.

Y ademas ¿cómo pasarían las largas veladas del invierno si careciesen de estas maravillosas historias, que relatadas al amor de la lumbre en buena paz y compañía, sirven de pasto á su imaginación y de alivio á sus cuerpos fatigados con los rudos trabajos campesinos?

¿No es esto preferible á ocuparse de asuntos políticos, ó á disputar acerca de la dignidad del hombre, acerca de sus derechos, sin que el que con sus palabras ó escritos haya hecho sustituir estas perniciosas, al par que estériles cuestiones, á las anteriormente indicadas, se haya tomado la molestia de mostrarles con antelación cuales son sus deberes?

Convengamos, pues, en que son felices al menos mientras dure la velada y la maravillosa conseja, y no agriemos con nuestro necio escepticismo el placer que aquellas gentes experimentan.

Y volviendo á nuestro asunto, del cual nos hemos separado en demasía, vamos á nuestra vez á sacar á plaza las creencias mas ó menos arraigadas de un pueblo, en cuyo territorio se ven montañas como en Escocia, verdes colinas como en Irlanda, rios de escarpadas orillas como en Alemania, costas sombrías é inhospitalarias como en las Hebridas.

Y este pueblo es el vascongado. Pueblo *sui generis*. Con su idioma magnífico, original, y á ningun otro parecido. Con su imaginación brillante y poética. Con sus costumbres sencillas, patriarcales. Con su amor idólatra hacia sus montañas. Con sus creencias profundamente arraigadas. Con sus asombrosos adelantos. Con su admirable administración digna de ser imitada.

Este pueblo tan parecido topográficamente á los anteriormente citados, lo es tambien en su inclinación á crear entes fantásticos, conocidos con el nombre de *lamias* en sus borrascosas costas, de *bassa-jaon* en sus interminables bosques de *mailagarri* en sus frondosas florestas, y de *sorguñás* en sus solitarios descampados y en los cauces profundos, abiertos por los torrentes.

LEYENDA PRIMERA.

AQUELARRE. (1)

En el territorio comprendido entre las villas de Zugarramurdi y Goizueta, territorio montañoso y cubier-

(1) Jaro ó jaral donde hay machos cabrios. Palabra vascongada castiza compuesta de las palabras *aquerria*, cabron, y *larrea*, jaral.

to de bosques, cruzado de riachuelos, y cortado por profundos y estrechísimos valles, se alza aislado y sombrío el monte *Aquelarre* rodeado de jaral y cercaado de peñascos y torrentes.

La posición de esta montaña y su figura cónica han llamado la atención de algunos geólogos que han visitado aquellas asperezas; y en efecto, no deja de ser curioso que al paso que las demas montañas, ramales mas ó menos considerables del Pirineo, se unen entre sí por gargantas que forman ondulaciones llenas de accidentes unas veces, de suave y siempre verde pendiente otras; pero cuyas cumbres son planas ó redondas; el *Aquelarre* se separa bruscamente de la condición general de aquellas montañas, para formar por sí sola una escepcion entre las demas.

Diríase que *Ariel*, genio tutelar de los vascongados, extendió un día su potente brazo, y arrancando de su asiento á la singular montaña, fué á colocarla lejos de sus compañeras para que no se contaminasen al contacto del monte maldito.

Porque, en efecto, *Aquelarre* es una montaña maldita.

Y observad sino el color de los jarales que cubren sus inmensos costados.

No es el verde que tanto recrea la vista y con el cual se engalana el lozano roble. No es tampoco el color plateado del álamo blanco. Mucho menos el brillante verde claro con vueltas de blanco mate de la robusta *haya*. Tampoco se parece al de que se cubren los guindos, avellanos y perales silvestres, con sus blancas y perfumadas flores, en cuyo caliz brilla como diamante puro una gota de diáfano rocío...

El color de las jaras del *Aquelarre* tétrico, lúgubre y sombrío, se asemeja al del gigantesco pino de Lituania, ó al del ciprés que crece en las hendiduras de las pedregosas colinas de la Arabia Petrea.

Color fúnebre y siniestro que entristece el ánimo y aboga la halagüeña expansión del corazón del poeta que contempla estasiado las suntuosas galas de la naturaleza en los bosques, ó los risueños y mas sencillos adornos de los valles floridos y frescos.

¿Y por qué este tétrico fantasma en medio de una naturaleza tan galana? ¿Por qué este contraste tan chocante? ¿Por qué esta pavorosa y horrible figura entre los semblantes hermosísimos y radiantes de alegría de las damas que embellecen un festín? ¿Por qué esta mancha negra y sucia en el albo y precioso manto de armiño. ¿Por qué? ¿Por qué?

Porque todo lo que esté en contacto con el genio del mal, lleva en sí el sello de reprobación, sustituyendo á sus anteriores bellezas formas mas asquerosas y repugnantes.

Y el *Aquelarre* se encuentra en ese caso.

Su cúspide es frecuentada por el príncipe de las tinieblas, y en las sinuosidades de la montaña repiten los ecos las cántigas sacrílegas que se entonan en loor suyo.

Muchos son los que las han oído aterrados en medio del imponente silencio de la noche. Algunos hay que han visto elevarse columnas de humo negro y de un olor nauseabundo desde la meseta de la montaña maldita, y han conjeturado con razon, que aquel humo era producido por los holocaustos ofrecidos al genio del mal en misteriosos y sacrílegos sacrificios, por sus desconocidos adoradores.

Pero ¿quiénes eran estos? ¿De dónde venian á celebrar sus fiestas nocturnas?

El sencillo montañés se encogía de hombros al hacerle estas preguntas y se contentaba con responder lacónicamente: *Estaquít*. No sé.

De repente se esparció un rumor que corriendo de boca en boca se hizo general muy pronto. Este rumor era un acontecimiento notable. Era nada menos que el descubrimiento que había hecho un niño de lo que sucedía en la cumbre de la montaña maldita. Hé aquí como se verificó aquel descubrimiento según la tradición.

Izar (1) y Lañoa (2), eran dos niños huérfanos: de siete años el Izar y de ocho su hermano.

Estos pobres muchachos, verdaderos bardos errantes, vagaban por aquellas montañas y ganaban su sustento entonando cantares nacionales con sus voces infantiles, en cambio de un lecho de paja y una olla de legumbres. En toda la comarca eran conocidos y estimados; tanto por su cruel abandono, cuanto por lo agraciado de su figura.

Hacíase sin embargo una distinción entre ambos.

Izar, el mas pequeño, era blanco como la leche, y sus largos cabellos que caían rizados sobre sus hombros y espaldas, rubios como la cabellera de una mazorca de maíz. El azul de cielo de sus ojos, purísimo: su mirada dulce y suplicatoria tenía la fuerza irresistible de toda mirada de niño cuando pide alguna cosa. De entre sus labios encarnados como la flor del granado silvestre, se escapaba continuamente una sonrisa tan suave como el soplo leve de la brisca espirante; y al contraerse sus labios se formaban en las sonrosadas megillas dos graciosos hoyuelos.

Izar, pues, era el mas paciente de los dos hermanos: era el mas hermoso: su voz la mas pura; y por consiguiente era el predilecto.

Lañoa, aunque tan hermoso como su hermano, estaba dotado de otra clase de belleza. Su talla era mas esbelta, sus miembros mas fornidos. La mirada que lanzaban sus negras pupilas, era altanera; á veces arrogante y audaz. En el modo con que fruncia el labio

(1) Izar, estrella.

(2) Lañoa, niebla.

superior, revelábase su carácter altivo y colérico. Sus cabellos eran negros con ese vivo azulado que se observa en la pluma del cuervo: sus lenguas pestañas mitigaban algún tanto el fuego de su mirada de águila. Por lo demás Lañoa era bueno, amaba á su hermano pequeño, aunque á veces lo trataba con bastante aspereza.

En uno de los tristes y nebulosos días del mes de noviembre, encaminábanse los dos hermanos hacia Goizueta, atravesando penosamente las montañas cubiertas de niebla en su base y de nieve en la cima.

Izar se había cansado mucho con aquella caminata y al pobrecillo le faltaba valor para implorar el auxilio de su hermano.

Lañoa por su parte no estaba dispuesto á brindárselo, aunque en el fondo de su corazón deseaba que su hermano lo pidiera para poderse dar sin menoscabo de su orgullo.

—El probecillo se cansa, decía entre sí, pero no quiere humillarse solicitando mi ayuda. No, pues, si espera á que yo se la ofrezca...

Y murmurando así, alargaba el paso haciendo de este modo aumentarse la distancia que ya lo separaba de su hermano.

El pobre Izar procuraba alcanzarlo y hacia esfuerzos sobrehumanos para unirse á Lañoa; pero sus delicados pies se negaban á sostenerlo y á duras penas lograba mantenerse al alcance de la voz.

De pronto una bocanada de viento empujó masas compactas de niebla húmeda y pesada hacia el barranco por donde caminaban ambos hermanos; y Lañoa se vió precisado á suspender la marcha rápida que seguía.

Al poco tiempo Izar se hallaba á su lado.

—¿Qué hacemos ahora? Preguntó con timidez.

—Tú harás lo que quieras, perezoso: contestó Lañoa bruscamente: lo que es yo, voy á proseguir la marcha tan pronto como se disipe la niebla.

—Bien, hermano, repuso Izar con dulzura; pero ínterin se disipa, siéntate á mi lado y cúbrete con este capusay (1): estás sudando á mares.

—Eso de resguardarse del frío no conviene mas que á las mugeres ó á los niños perezosos como tú: en cuanto á mí, soy hombre y no me asusta el frío.

Y diciendo esto, se quitó la boina y espuso su hermosa cabellera cubierta de sudor al soplo helado del viento norte.

—¿Qué haces, hermano? exclamó Izar levantándose del peñasco en que estaba reposando y cubriendo con su boina la cabeza de Lañoa. ¡Oh! Permíteme que te guardezca del frío... proseguía con solicitud: ya sé que eres mas fuerte que yo; pero por lo mismo debes cuidarte mas, para poderme ayudar á mí, que soy tan débil.

—Quita allá, contestó Lañoa empujando á su hermano que cayó de espaldas al suelo: y echando á andar resueltamente por entre la espesa niebla con la cabeza desnuda.

Izar nada dijo, ni siquiera lanzó el mas pequeño quejido al recibir un golpe en la cabeza que chocó con una piedra al caer.

Levantóse para renovar su obra de abnegación y caridad y vió con profundísimo dolor que su hermano había desaparecido.

Corrió llamándole á gritos en todas direcciones, pero la niebla era tan densa, que no consiguió encontrarlo.

Entonces desesperado, abrumado de cansancio y transido de frío, dirigió la vista el pobre niño á su alrededor, y á muy poca distancia del sitio en que se encontraba descubrió una masa informe.

Dirigióse á ella Izar y vió que era un árbol gigantesco cuyo tronco estaba hueco.

La noche entre tanto avanzaba á pasos agigantados, cubriendo con su negro manto aquellos solitarios y salvajes barrancos.

La niebla mas y mas impregnada de humedad fué haciéndose pesada, y en vez de volar con desusado ímpetu, como en el resto del día, se estacionó adhiriéndose á las ramas de los árboles, y cubriendo, como las aguas en una avenida, todos los terrenos bajos.

Desde el hueco del árbol donde se había guarecido nuestro joven héroe veía un dilatadísimo espacio cubierto de blanca niebla, inmóvil en algunos parages, como el agua en las profundas bahías, bulliciosa y turbulenta en otros, como las olas que se rompen en los promontorios.

En medio de aquel mar de nieblas, descubriábase aquí y allí algunos puntos negros como otras tantas islas sombrías, que no eran otra cosa que las cúspides de las montañas.

El silencio era profundo, y la oscuridad crecía por instantes.

Solo allá á lo lejos, divisábase una línea amarillenta precursora de la salida de la luna que en aquella época del año es de un brillo dudoso, sobre todo en una atmósfera tan impregnada de vapores.

Izar comprendió por lo que tenía á la vista, que se hallaba en la cima de una montaña; y y saliendo de su albergue recorrió las inmediaciones.

El árbol protector ocupaba el centro de una pradera circular rodeada por todas partes de arbustos y matorrales tan espesos, que no se descubría rastro alguno de camino que indicase la comunicación de la cumbre del monte con su base.

(1) Especie de dalmática de paño basto con capucha.

¿Cómo llegó allí el estraviado Izar?

Lo ignoraba.

Viéndose solo, y desconociendo completamente el sitio en que se encontraba, lloró lleno de angustia y temor, y no encontrando nada mejor que hacer, volvió al hueco del árbol, decidido á pasar la noche bajo su hospitalario ramaje.

Encomendó fervorosamente su alma á Dios, pensó tristemente en su madre que lo amó con ternura, y rogó al Ser Omnipotente librase de todo riesgo á su hermano mayor.

Hecho esto, se acomodó lo mejor que pudo en su escondite y el sueño de la inocencia cerró sus párpados paulatinamente.

En el mismo instante que ponía su cuerpo y alma bajo la salvaguardia de un Dios lleno de bondad, rasgóse el firmamento y un ángel hermoso como son todos los ángeles, bajó con rápido vuelo á posarse en las ramas del árbol. Estendió sus blancas alas y veló solícito y vigilante el sueño del inocente niño.

Largo rato hacia que Izar gozaba de él, cuando se despertó despavorido merced á un ruido extraño é incesante que llenaba el espacio.

Asomó cautelosamente la cabeza por la hendidura del tronco y un espectáculo incomprensible para él se presentó á su atónita vista.

La luna suspendida sobre la pradera lanzaba rayos de luz pálida, que suministraban un color fúnebre y siniestro á todos los objetos.

Fuera de la penumbra, y en todo el dilatado espacio del horizonte, las tintas iban siendo gradualmente mas sombrías, pasando del pardo claro al negro mas mareado.

De los cuatro puntos cardinales del horizonte, destacábanse cuatro larguísimas hileras de fantásticas sombras que con infernal bataola y rapidez espantosa, se dirigían á encontrarse en un punto concéntrico.

Este punto era precisamente el prado circular ya descrito.

Pintar aquí las extrañas cabalgaduras sobre que venían montadas las sombras en cuestión, es obra superior á nuestras fuerzas.

Cual apretaba con sus descarnadas rodillas el esqueleto de un mamout de descomunales proporciones.

Cual montaba sobre un horrible y monstruoso buho. Aquella henda los aires cabalgando sobre el mango de una escoba.

Esta sobre una larga serpiente alada, de ojos brillantes y de alas desmesuradas.

Y todas estas sombras, asidas unas á otras, formaban una cadena inmensurable.

Reuniéronse al fin á cien pies de altura del suelo y allí se saludaron con frenéticos alaridos, con metálicas y estridentes carcajadas, con gritos chillones y aullidos espantosos.

Después empezaron un vuelo circular en confuso tropel; y poco á poco fueron bajando á la pradera.

El asombro y terror de Izar, fué indecible al observar que todas aquellas sombras eran otros tantos cuerpos de mugeres decrepitas.

Sus semblantes tiznados y rugosos causaban náuseas, al paso que su desnudez completa repugnaba á la vista sobre toda ponderación.

Sus pechos lacios, sucios y colgantes, sus cortos y desmelenados cabellos, sus miembros descarnados, causaban pavor.

Este creció de punto en el corazón del pobre niño, testigo forzoso de aquella extraordinaria reunión, cuando observó que todas aquellas mugeres se disponían á ejecutar alguna danza satánica, dándose las manos y formando un ancho círculo al rededor de su árbol tutelar.

Lo mas extraño era que aquella inmensa multitud cabía cómodamente en la pradera, sin que por esto se aumentasen sus proporciones, ni disminuyesen en lo mas mínimo el volumen de los cuerpos allí presentes.

La danza no se hizo esperar por mucho tiempo, según lo temía Izar.

Empezó primero con movimientos lentos y acompañados sosteniéndose todos uniformemente, ya sobre un pie ya sobre otro.

Poco á poco fueron siendo mas violentos los saltos, mas rápidas las vueltas, hasta que al fin aquel baile sin nombre se convirtió en una especie de torbellino que causaba vértigos por la rapidez con que giraban.

Salto, gritos, tumbos, contorsiones, vueltas, todo era sobrenatural, todo horrible á la vista, todo confuso al oído, todo incomprensible...

El pobre Izar no pudo soportar por mas tiempo aquel espectáculo y cayó desmayado.

Cuando volvió en sí, la luna había desaparecido. La noche estaba oscurísima, y un silencio sepulcral reinaba en la pradera.

Asomó de nuevo la cabeza creyendo que habrían desaparecido las diabólicas mugeres que tanto lo habían asustado; pero vió con nuevo terror que todavía ocupaban el mismo sitio, aunque de otro modo mas extraño, si cabe.

Hallábanse todas en círculo y en cuclillas al rededor de un trono de ébano, sobre el cual se veía grave y reposadamente sentado un enorme cabron.

Del trono de ébano salían algunas ráfagas de luz amarilla, único resplandor que iluminaba la escena.

Las viejas iban acercándose una por una al trono y besaban respetuosamente la hendidura pezuña del macho cabrio. Después, cuando todas hubieron concluido aquella larga ceremonia, el cabron meneó la cabeza y

cada una de las asistentes empezó una relación de sus fechorías.

Izar horrorizado al escuchar aquellas narraciones de asesinatos á sangre fría, de mutilaciones de niños, de profanaciones de cementerios, estaba próximo á desmayarse de nuevo, cuando oyó una voz dulcísima que bajando de las ramas del árbol, pronunció su nombre.

Admirado de este suceso inesperado, alzó la vista y descubrió entre el ramaje una blanquísima paloma que le miraba amorosamente.

—Escucha y nada temas, murmuró la paloma: yo velo por tí.

En aquel instante la última vieja empezaba su narración.

Izar prestó un oído atento y oyó lo que sigue.

—Todas mis hermanas, decía con voz chillona, han obedecido tus mandatos. No ha habido ninguna que no te haya deparado víctimas, soberano y señor nuestro, pero las desafío á que hagan lo que yo.

—Habla, hija, murmuró el cabron. Ya sé que eres mi mas celosa adoradora.

—Ya sabes, señor mío, prosiguió la vieja, que el gran duque reinante de F... y su esposa, son cristianos celosos, devotos de esa que llaman madre de Dios. También sabes que no tienen mas que una hija hermosa como un sol y que la idolatran. ¡Qué gloria para mí el hacer sucumbir poco á poco, lentamente esa hermosa criatura; el secar paulatinamente esa flor en toda su lozanía, infiltrando la desesperación en el pecho de sus piadosos padres, y entregándolos así, atados de pies y manos, á tus poderosas tentaciones! ¿No sería un golpe maestro matarla al cabo de dos meses de padecimientos, y disponer el ánimo de sus padres á la desesperación, para tú impulsarlos al suicidio?

—Serías, si eso hicieses, la predilecta de mis hijas, contestó con voz siniestra el genio del mal.

—Pues dame tus albricias, señor mío, porque ya hace ocho días que la princesa padece, sin que nada atine la causa de su mal y mucho menos el medio de sanarla.

—Y no temas que algun médico maldito...

—No. El encanto consiste en un enorme sapo que está oculto bajo de una estatua caída y abandonada en un rincón del jardín del gran duque. Mientras el sapo no sea aplastado, la enfermedad seguirá su curso, y al fin la princesa morirá sin remedio.

—Me complazco en ello. Yo os doy gracias por vuestros trabajos, añadió con bronca voz el genio del mal, y os cito para el sábado próximo.

Dicho esto meneó el diablo la cabeza, oyóse una espantosa detonación, y el trono desapareció con él que lo ocupaba.

Todo quedó entonces sepultado en completa oscuridad.

Al poco rato oyó Izar el vuelo de las brujas que se remontaban por los aires, y al débil resplandor del crepúsculo matutino divisó las fantásticas hileras de sombras que se dirigían al punto del horizonte donde habían salido, desapareciendo poco á poco tras de una masa compacta de negras nubes.

Dirigió entonces la vista á las ramas del árbol y vió á la paloma que diciéndole:

—Cumple ahora tu misión como yo he cumplido la mía: estendió sus alas, y se remontó al firmamento dejando tras sí una ráfaga de brillante luz y un aroma celestial que confortó los miembros envarados del niño é infundió valor en su corazón.

II.

Un mes habia pasado desde que Izar habia asistido al conventículo. Lleno de fé en las palabras del ángel, marchaba á ejercer un acto de caridad; decidido á arrostrar todos los obstáculos que pudieran presentarse, caminaba día y noche hacia la Italia, uno de cuyos pequeños reinos dictaba sus leyes el gran duque de F...

¿Cómo pudo atravesar el adolescente naciones enteras sin ningún género de recursos, sin conocer el idioma que en ellas se hablaba?

La tradición nada dice que pueda ilustrarnos en este punto.

Lo que sí se asegura en el país vascongado, y esto sin que quepa el menor género de duda, es que Izar llegó á su destino y al umbral del palacio del gran duque reinante.

Diffícil hubiera sido á nuestro aventurero acercarse á aquel personaje, si la duquesa, que volvía de un templo vecino en donde habia rogado á Dios por la salud de su hija, no entrara en aquel instante en palacio.

Cuando vió á Izar, se acercó á él creyendo que fuese un mendigo, y dándole una moneda de plata, le dijo:

—Toma esa limosna, pobre niño, y ruega al Señor para que sane á mi hija. Las súplicas de un inocente obtendrán quizá de Dios lo que á nosotros nos niega.

—¿Es vuestra hija la que está enferma? preguntó Izar con dulzura.

—Sí, mi hija querida.

—Pues yo la curaré.

—¡Tú! exclamó la duquesa admirada. ¡Pobre niño! ¿Sabes acaso que los médicos mas famosos han deses-

—Ignoro lo que me decís; pero lo que sí sé es que yo vengo espresamente á curarla.

La duquesa, muda de asombro, miró atentamente á Izar, que en pie y en medio de un brillante círculo de cortesanos, se mantenía en actitud modesta y con su graciosa cabeza descubierta.

Numerosos rizos se derramaban por todas partes sobre sus hombros.

Revelaba tal candor su límpida mirada, era tan dulce su sonrisa, que la duquesa, después de consultar con la vista á sus cortesanos, y viendo en sus semblantes señales de un asentimiento tácito, subió la suntuosa escalera del palacio llevando de la mano á Izar.

Interin sucedía este acontecimiento extraño en las puertas del alcázar, el duque se hallaba sentado junto al lecho de su amada hija.

Tendría esta unos ocho años. Sus grandes y rasgados ojos, habían perdido el brillo y viveza que tanto encantaba á sus padres é iban sepultándose en la profundidad de sus órbitas. Un ancho círculo morado se veía trazado en derredor de los párpados, y la palidez mate del delicado rostro, hacía preveer el próximo fin de tan temprana flor. Los labios resecos habían perdido su brillante colorido.

Penoso era aquel espectáculo.

Nada más terrible que el dolor de un padre presenciando la lenta agonía de un hijo querido. Dolor mudo sí, pero profundo. Dolor que por falta de desahogo causa mas estragos. Porque un padre además de sofocar el suyo, tiene que aliviar con sus consuelos otro dolor mas vivo. El dolor de la madre.

En este instante se abrió la puerta del aposento y apareció la duquesa seguida de Izar, y de un sinnúmero de cortesanos atraídos por la novedad y deseos de presenciar la escena que se preparaba.

Izar no manifestó el menor asombro al encontrarse súbitamente en aquellos régios aposentos cubiertos de damascos, de terciopelos, de mármoles y oro.

Al verlo marchar sobre aquellas ricas alfombras sin demostrar curiosidad alguna, sereno y apacible el semblante y sin despegar sus labios, sino para sonreírse cuando la duquesa lo miraba, nadie hubiera sospechado que aquel niño había pasado sus días errante en los bosques y sus noches bajo el aumado lecho de los caseríos vascongados.

Esta particularidad no pasó desapercibida para la duquesa, en cuyo corazón comenzó á brillar un rayo de esperanza.

Apenas la duquesa entró en el aposento de su hija, levantóse el duque y saliéndola al encuentro la dijo tristemente:

—Señora: perdamos toda esperanza; nuestra querida hija se muere.

—¡Oh! Callad, amigo mío. ¿Quién sabe si aun!...

—No abriguéis esperanza alguna; repuso el duque. Se muere sin remedio.

La duquesa miró á Izar, que se mantenía detrás de ella, y vió que el niño fijaba la vista en el duque sonriéndose.

—Cualquiera que tú seas, exclamó tomando al niño de la mano y acercándolo hácia sí, dime: ¿no es verdad que curarás á mi hija?

—Eso he venido; señora, contestó Izar tranquilamente.

—Ya lo veis, dijo la duquesa á su marido: todavía nos queda una esperanza.

—¿Y quién es este niño? preguntó el duque admirado.

—Lo ignoro. Al volver del templo lo encontré en el umbral del palacio, y suplicándole que rogase á Dios por la salud de la princesa, me contestó que venía á curarla.

—¿Será cierto? exclamó asombrado el duque.

—Es la verdad, respondió Izar.

—¿Quién eres? replicó el duque ¿acaso algún ángel que Dios envía para nuestro consuelo?

—Un pobre huérfano, señor.

—¿De dónde vienes?

—De un país muy lejano.

—¿A curar á mi hija?

—Este es el único objeto de mi viaje, que ha durado mas de un mes.

Todos los asistentes lanzaron una exclamación de asombro. El duque pasó la mano por la frente como un hombre que se decide á adoptar una resolución importante; y dirigiéndose á la alcoba donde yacía su hija inerte y moribunda, hizo señas á Izar para que se acercara.

Las extraordinarias respuestas del niño escitaron en suma grado la curiosidad de cuantos presenciaban la escena, y agolpáronse en la puerta de la alcoba.

Izar se acercó al lecho y contempló silenciosamente á la princesa, que apenas daba señales de vida.

—He ahí la enferma. ¿Podrás curarla? le dijo el duque.

Izar nada respondió. Seguía contemplándola silenciosamente.

Al fin murmuró en voz baja.

—Esta es la flor destinada á marchitarse paulatinamente.

La ansiedad era general.

De repente el duque y la duquesa lanzaron una exclamación de júbilo.

La princesa se había sonreído tristemente es verdad, pero se había sonreído, había dado las primeras señales de vida al cabo de un mes.

La duquesa por un brusco movimiento se hincó de rodillas delante de Izar, y con una mirada imposible

de definir y una voz que hizo estremecer á los circunstantes, exclamó:

—¡Oh! En el nombre de Dios salva á mi Sofia.

—Levanta, pobre madre atribulada, contestó Izar con gravedad: he venido á curar á tu hija y la curaré.

—¿Lo oyes, hija mía? dijo la duquesa apretando contra sus labios la mano helada de la princesa. Este niño viene á salvarte.

—Si, hermana, añadió Izar. Tu madre dice la verdad.

Entonces la enferma fijó su apagada mirada en el niño, se sonrió dulcemente y le tendió la mano.

El asombro había llegado á su colmo.

—Yo juro por mi corona gran ducal, dijo el duque á Izar que si la salvas serás su hermano.

Izar le dió las gracias con un movimiento de cabeza y salió del aposento suplicando que nadie le siguiese.

Todos los cortesanos le abrieron paso respetuosamente y le dejaron marchar.

Izar bajó á los jardines: registró los rincones mas apartados, descubrió la estatua derribada, la separó á duras penas y vió al fin el asqueroso sapo que lo miraba fijamente.

El niño sin asustarse lo mas mínimo, puso el pie sobre aquel sapo y lo aplastó.

Hecho esto volvió al cuarto de la enferma en donde se hallaban reunidos todos los dependientes de palacio, inquietos por su desaparición, y mas inquietos aun por su tardanza.

Cuando oyeron crujir la seda del tapiz que cubría la puerta de entrada, una expresión de alegría asomó al semblante de todos.... esperaban al misterioso niño, y el niño apareció tranquilo y sereno como siempre.

—¿Y bien? preguntó la duquesa con ansiedad.

Izar prosiguió sin contestar su marcha hasta acercarse al lecho.

—Sofia: hermana, ¿me oyes? preguntó con dulce voz á la enferma.

—Si, contestó la princesa llenando de admiración á los circunstantes.

—¡Bendito seas, Dios mío! exclamó la duquesa vertiendo lágrimas de alegría, mi Sofia se ha salvado.

—Ya oyes lo que dice tu madre, hermana: prosiguió Izar. Levántate, Sofia, ya estas sana y buena.

Sofia se incorporó lentamente en el lecho, miró á todas partes, se restregó los ojos y dijo sonriéndose:

—Si, ya estoy buena.

—Y yo adopto por hijo, delante de todos vosotros, señores, añadió el duque abrazando y besando á Izar, á este huérfano abandonado que ha derramado la felicidad en mi familia. ¿Consentis, duquesa?

Por toda respuesta la pobre señora se arrojó delante del niño diciéndole:

—Hijo mío: bendice á tu madre.

La fama de este suceso maravilloso estendióse en breve por toda la Italia. Muy pronto atravesó los Alpes y sirvió de materia para que los provenzales improvisadores lo narrasen en sentidas trovas. De estos pasó á los bardos vascongados; de manera que en las montañas en que tuvo principio este suceso, ya nadie lo ignoraba.

III.

Dijimos al principio de esta narración, que Lañoa después de haber empujado á su hermano, se había puesto en marcha á pesar de la espesa niebla.

Al poco tiempo conoció que Izar no le seguía y se paró: viendo que tardaba, empezó á inquietarse y lo llamó a voces: pero fué en vano.

Entre las diversas propiedades de una niebla densa, la mas notable es, la de que apaga los sonidos de modo que apenas pueden oírse dos personas muy próximas.

Viendo la inutilidad de sus gritos por el silencio que reinaba, se alarmó de veras y volvió al sitio en donde se había separado de Izar.

Pero el niño ya había desaparecido; y entonces se apoderó de él la mas violenta desesperación.

Lloró amargamente á su hermano abandonado. Su imaginación ardiente se lo presentó moribundo de frío y hambre implorando su socorro y echándole en cara su ingratitud y dureza, y el pobre Lañoa se desesperaba, corría de aquí para allí llamándole con gritos furiosos, se arrojaba al suelo y se mesaba los cabellos.... pero todo esto sin resultado alguno.

Pasó toda la noche sentado en un peñasco, devorado por la fiebre y el remordimiento: recorrió el día inmediato todas las montañas vecinas, y no encontrando rastro ni vestigio alguno, se apoderó de él un dolor sombrío y desde entonces no se le oyó cantar ninguna balada.

Tornóse huraño y salvaje: huía de las gentes y desgraciado de aquel que se atreviese á pedirle nuevas de Izar.

Cinco meses hacía que se le veía vagar solitario por los bosques y los pastores comenzaron á sospechar no hubiese cometido el crimen de Cain.

Pero apenas empezaron á esparcirse estas sospechas, cuando ya se cantaba en buenos versos vascongados la maravillosa historia de Izar el misterioso y de la bella Sofia.

La balada era una relación exacta de todos los hechos acaecidos desde la separación de ambos hermanos, hasta la adopción del huérfano por el gran duque.

No tardó Lañoa en saber este acontecimiento que colmó su corazón de alegría aliviándolo de un gran peso.

Seguía solícito á los que cantaban la balada y su-

plicaba humildemente se la repitieran, una vez concluida.

Su carácter cambió de súbito y se hizo humano y tratable.

Entretanto las pompas de la primavera habían sucedido á la desnudez del invierno: las suaves y perfumadas auras de abril, á los violentos huracanes del diciembre.

Las montañas vestíanse sus verdes galas, y los pajarrillos saludaban con alegres trinos la vuelta de la estación de sus amores.

Solo el *Aquelarre* permanecía sombrío y triste como siempre.

Diríase que envidiosa de la alegría general de la naturaleza, esta montaña maldita se complacía en entristecer aquel risueño panorama, mostrando su faz ceñuda y salvaje que formaba un contraste extraño con el bullicioso y festivo movimiento de las demas montañas.

Ningun pájaro cantaba en su enramada: ningun cervatillo triscaba en su espesura.

Solo alguno que otro cuervo atravesaba rápidamente la cumbre, lanzando siniestros graznidos.

Un anochecer, sin embargo, los pastores de las montañas vecinas divisaron con asombro y terror, que por la solitaria meseta del *Aquelarre* se paseaba una forma humana.

Herida esta forma por los rayos oblicuos del sol en su ocaso, adquiría unas proporciones gigantescas.

Al lado de esta figura, se veía otra igual que seguía fielmente todos sus movimientos.

Esto no era mas que un simple efecto de óptica, fenómeno asaz común en aquellas elevadas regiones, donde los objetos se duplican y adquieren formas de dimensiones colosales, merced á la refracción de los rayos del sol al atravesar sùtiles capas de vapores.

Pero aquellos sencillos pastores ignoraban todo esto, y solo veían en aquel suceso un motivo para ponerse en salvo.

Así es que temerosos de que les cogiese la noche en las inmediaciones de la maldita montaña, en la cual, según ellos, se preparaba algun acontecimiento misterioso y de mal agüero, se daban prisa á recoger su ganado y á encerrarse con él en sus chozas.

La figura humana que se paseaba en la cumbre del *Aquelarre* no era otra que el solitario Lañoa.

Desde que oyó la balada en que se contaba la historia de su hermano, le entraron vivos deseos de ir á verlo; pero su orgullo se resistía y para engañarse á sí mismo con respecto á la sensación que experimentaba, decía:

—No, no: le abandoné cruelmente cuando era pobre y débil, no debo de ir á buscarlo ahora que es rico y poderoso. Cuando, como él, haya llevado á cabo una acción generosa, iré á su presencia y le pediré perdón.... y él me perdonará.... ¡Es tan bueno!... subamos pues á la montaña maldita, sorprendamos algun secreto en el conventículo y entonces obraremos.

Era menester que el que abrigase semejante pensamiento y pensase llevarlo á cabo, estuviese dotado de un valor sobrenatural, de una firmeza de carácter extraordinaria, y Lañoa el audáz, el altanero, poseía estas cualidades en alto grado.

Otro móvil había además que lo impulsaba. Este era su orgullo.

—¿Cómo? se decía, ¿seré yo menos que mi hermano? ¿El tan débil, yo tan fuerte y robusto, él tan dulce y pusilánime yo tan altivo y valiente? No, no, subiré al *Aquelarre*, y arrancaré si es necesario sus barbas al cabron.

Y abismado en estos pensamientos, subió la áspera montaña decidido á desafiar cuantos peligros se le presentasen y lograr su fin á toda costa.

La noche iba acercándose y Lañoa siguiendo fielmente lo que la balada relataba, se metió en el hueco del árbol.

Casualmente era un sábado, y por consiguiente aquella noche debía reunirse el conventículo.

En efecto, á eso de media noche, empezó Lañoa á percibir aquel ruido extraño é incesante que se aproximaba cada vez mas.

Su naturaleza comenzó á flaquear al divisar las larguísimas hileras de fantásticas sombras que se dirigían al sitio donde se encontraba.

Un sudor frío corría de su frente, cuando las sombras se saludaron entre sí y formaron el remolino confuso que tanto había chocado á Izar.

Los gritos y carcajadas de las brujas, aumentaron su terror, y cuando al fin las vió descender á la pradera, cuando pudo distinguir sus repugnantes figuras el pobre comenzó á temblar.

Empezaron las brujas sus danzas singulares, y Lañoa estaba ya pesadoso de haber prestado oídos á los consejos del orgullo.

Pero ya el mal estaba hecho y no tenía remedio.

Decidióse pues á sufrir las consecuencias de su falta, y mas tranquilo ya, esperó el desenlace de aquel suceso.

No se hizo esperar aquel por mucho tiempo.

Una horrorosa detonación hizo estremecer á las montañas en su base y á poco apareció el trono de ébano y sentado en él la figura mas horrible que jamás vieron ojos humanos.

La cabeza del príncipe de las tinieblas era enorme: sus ojos desmesuradamente abiertos, parecíanse al cráter candente de un volcan: orejas de un tamaño no conocido, pendíanle hasta los hombros, y de su boca desprovista de labios, salían bocanadas de humo negro

á cuyo través se divisaban de vez en cuando, largas hileras de dientes amarillos y agudísimos.

Sus pies y manos mostraban uñas afiladas, encorvadas y largas.

El resto del cuerpo correspondía á la fealdad del semblante.

Dirigió su sañuda mirada por la numerosa reunion que aguardaba temblando las órdenes de su amo infernal, y luego gritó con voz cavernosa:

—¡Bazzotti! Bazzotti!

Una de las brujas que se hallaba confundida con las demas, se colocó enfrente del trono de ébano.

—¡Ah! ¡ah! exclamó el genio del mal. ¿Qué se hicieron tus promesas? maldita.

—No pudieron cumplirse, contestó temblando la bruja.

—Ya: la princesa sanó, y sus padres lejos de pensar en suicidarse, adoran mas y mas á mi mortal enemiga.

—¡Señor! murmuró la bruja medio muerta de terror.

—Cállate: y ya que para nada me sirves en este mundo, anda al otro.

Dicho esto hirió el suelo con su garra y la bruja desapareció en la sima que se abrió á sus pies.

Las demas bajaron el rostro hasta la tierra y permanecieron en silencio.

Ahora, añadió el diablo; registra el árbol; no suceda lo que la vez anterior.

Lañoa, tembló hasta la médula de los huesos, al escuchar aquella orden, y se creyó perdido.

Bien pronto se vió agarrado por una multitud de brujas que le atenaceaban los miembros y que con satánicas risas lo llevaron ante el trono del príncipe infernal.

—¡Hola! ¡hola! Aquí tenemos á lo que parece otro curioso, exclamó haciendo una mueca horrible. Acércate profano, acércate.

Lañoa en aquella terrible situacion hizo un esfuerzo sobrenatural y dió á su semblante un aire de sarcástica burla.

—¡Oh! Parece que no nos tienes miedo, prosiguió Luzbel rechinando los dientes de cólera.

Lañoa por toda respuesta se encogió de hombros.

Terrible era la lucha que se preparaba entre aquel adolescente sin mas apoyo que su carácter de hierro, y Luzbel armado de todo el poder del Infierno.

—¿Qué hacías escondido en ese árbol? le preguntó despues de contemplarlo largo rato.

—Burlarme de ti, contestó Lañoa riéndose.

—¡Profanación!! gritaron las brujas.

—¡Silencio!! dijo Satán, y las brujas se callaron.

—¿Con que te burlabas de mí? volvió á decir despues de un momento de silencio.

—Si á fé.

—¿Te parece que nadie se ha burlado impunemente de mi poder?

—Sí, puesto que mi hermano lo ha hecho ya con buen éxito.

—¡Oh! ¡oh! ¿según eso eres hermano del salvador de la princesa italiana?

Lañoa no contestó.

—Responde, maldito; le dijo la bruja mas inmediata.

Lañoa la agarró por los cabellos, y la tiró al suelo: puso el pié sobre su garganta, cruzóse de brazos y miró fijamente á Satán.

Este quedó estupefacto al ver aquella rápida accion, y al observar la tranquilidad del niño.

—Por el infierno, jóven, que me vas interesando, le dijo al fin.

—Pues yo te desprecio, le contestó Lañoa.

—¿Me desprecias?

—Si.

—¡Bah! Eso dices porque no me conoces.

Lañoa frunció el labio superior en señal de soberano desden.

—Acércate y toca esta mano si te atreves, añadió alargando su mano armada de aceras uñas.

Lañoa rechazó con el pié el asqueroso cuerpo de la bruja, y cogió impávido la mano de Satán.

—¿Quema? le preguntó este.

—No lo siento, contestó Lañoa con indiferencia.

Y el pobre niño tenia tostada la piel, al contacto de aquella mano abrasadora.

—¡Es extraño! murmuró Luzbel.

—Ya ves que no te temo, le dijo Lañoa.

—Lo confieso, repuso aquel soltando la mano carbonizada del adolescente, pero eso no prueba que me desprecies.

—¿Quieres una prueba? preguntó Lañoa.

—¿A ver?

—¡Ah! la tienes, dijo el jóven escupiendo al rostro de Luzbel.

Describir aquí la espresion de rabia infernal que apareció en el monstruoso semblante de Satán, no es dado á pluma humana.

Lanzó un rugido, en cuya comparacion la violenta erupcion de un volcan es una suave melodía, y alzándose airado de su trono de ébano, agarró al niño entre sus garras y lo lanzó como una catapulta al precipicio que está situado á media legua de distancia.

El cuerpo de Lañoa se hizo pedazos, y su alma obtuvo gracia en el cielo.

Desde entonces el citado precipicio es conocido en la comarca con el nombre de Infernuco-Zuloa (1) y los

(1) Infernuco-Zuloa.—Agujero ó boca del Infierno.

pastores aseguran que á la media noche de todos los sábados, escepto el de Resurreccion, se oye un quejido lastimero y un ruido semejante al que hace un cuerpo blando y pesado al caer.

JOSÉ M. DE GOIZUETA.

SEMANA RELIGIOSA.

Nos proponemos describir los principales templos de la cristiandad. San Pedro es el primer templo del mundo.

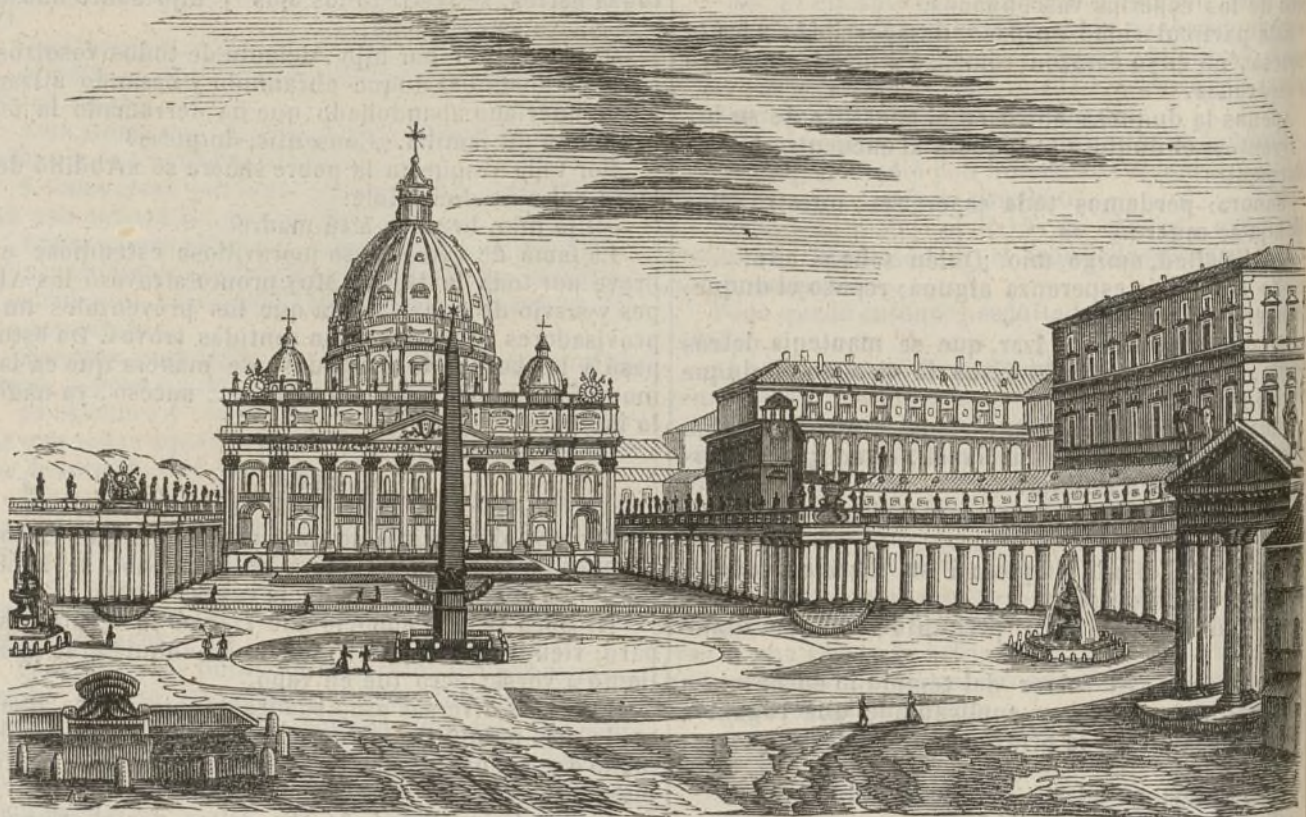
San Pedro de Roma es uno de aquellos edificios gigantes que reasumen en sí, no un siglo ó una época, sino una civilización entera; uno de aquellos edificios tan superiores á las obras ordinarias de los hombres, que al verlo está uno por preguntar si un artífice mas poderoso no ha sido su arquitecto; uno de aquellos edificios destinados, como las pirámides y el Coliseo, á ver con ojos impasibles acumularse en derredor de ellos las revoluciones y las ruinas, sin que el tiempo ni las revoluciones puedan destruirlos; uno de aquellos edificios tales, que despues de su construcción Dios ha podido decir al genio de la humanidad: No irás mas allá.

Construido durante dos siglos, y en la época del renacimiento de todas las artes, no hay en la tierra un solo monumento que haya pasado por tantas modificaciones como San Pedro de Roma: la historia del arte toda entera está escrita en su arquitectura, en sus pinturas y en sus estatuas. Es casi imposible dar con la palabra escrita una idea de aquella iglesia. Para apreciar bien lo que vale San Pedro de Roma, es preciso haberlo visitado; es preciso, al llegar á la ciudad eterna, haber visto de lejos su gigantesco cimborrio que se alza en los aires, como si lo sostuviera la mano de los genios; es preciso antes de entrar en su recinto haber recorrido aquella inmensa y magnífica columnata que forma su ingreso; y para conocer todas las maravillas que encierra su interior, seria preciso exa-

A principios del XVI, Julio II., aquel grande hombre de pensamiento y de ejecución: aquel papa que fué el protector asiduo de todas las artes, al mismo tiempo que con su palabra hacia temblar al mundo, aquel poderoso ingenio que la Providencia envió espresamente para presidir á un siglo en el que debían brillar tantos grandes ingenios; Julio II. quiso hacerse construir una sepultura, porque en medio de sus inauditas grandezas, y bajo la tiara del soberano pontífice, siempre tenia delante de sus ojos la idea de la muerte, esa idea que nunca debe abandonar el flaco y el fuerte. Basta nombrar el artista que eligió para ejecutar aquella sepultura, para dar juntamente una idea de la sagacidad de su gusto y de la belleza del proyecto que le fué presentado: aquel artista era Miguel Angel. Miguel Angel buscando un terreno para la sepultura que iba á construir, halló la tribuna de Nicolao V. y propuso al papa terminar aquella construcción y cubrirla por una suma de cien mil escudos romanos. —*Doscientos mil daré si es preciso*, respondió el papa muy contento, é inmediatamente encargó á dos célebres arquitectos de su tiempo, Julian de San Gallo y el Bramante, que examinasen el local é hiciesen los dibujos.

Muchas veces una idea conduce á otra: esta despertó en el ánimo de Julio II., el gran proyecto de la reconstrucción de San Pedro, y ya no se pensó en la tribuna de Nicolao V mas que para adoptar en su totalidad el plan de que ella habia sido una pequeña parte. Julio II. consultó á los mas hábiles arquitectos de su siglo, pero en realidad la competencia se sostuvo solamente entre Julian de San Gallo y el Bramante; este último salió vencedor; y entre un gran número de proyectos que propuso, el papa designó uno con arreglo al cual se principió el edificio. Pasó esto en el año 1533, y esta es verdaderamente la época de que data la construcción de San Pedro.

El dibujo de Bramante, adoptado por Julio II., se llevó á ejecución con una osadía y una impetuosidad de que solo el artista y el pontífice eran capaces. Demolido completamente la antigua basilica, puso Julio II. la primera piedra de la nueva en el sitio donde



Vista de la iglesia de San Pedro, en Roma.

minarlas diariamente por espacio de muchos años. El artículo que vamos á dar sobre San Pedro de Roma contendrá la historia del edificio y los principales detalles de su arquitectura, pero no nos lisonjamos de escribir sobre este asunto un trabajo completo, que exigiría muchos volúmenes y una vida entera.

La iglesia de San Pedro está situada en la estremidad Noroeste de la ciudad de Roma, allende al Tíber, al pie del monte Vaticano, hácia el sitio donde se hallaban los jardines de Neron y la antigua via triunfal. Por los años de 323 de la era cristiana, Constantino el Grande hizo edificar en aquella plaza una iglesia considerable que se alzaba sobre las reliquias de San Pedro y de San Pablo; pero aunque aquella iglesia se reconstruyó muchas veces; aunque era de una rica arquitectura y ostentaba con profusion soberbios adornos, ya desde principios del siglo XV, no estaba en armonía con el Vaticano y con los demas monumentos que el genio del renacimiento erigia en diferentes puntos de Roma. El proyecto de construirla de nuevo sobre bases enteramente distintas, habia ocupado ya al papa Nicolás V, hombre de grandes empresas, sabio en la arquitectura y de espíritu muy elevado. Y no solo habia formado proyectos: en la capilla situada detras del altar mayor de la antigua basilica, habia empezado á construir lo que se llama la tribuna en Italia y nosotros llamaremos el hemiciclo. Bernardo Rosellini habia dado los dibujos del nuevo templo, y ya se elevaba la construcción á cuatro ó cinco pies sobre el nivel del suelo cuando murió Nicolás V, con lo que pronto cayeron en olvido el proyecto y las construcciones. Sucedió esto á mediados del siglo XV.

está el pilar de la santa Verónica. Pronto se alzaron los pilares de la media naranja: hiciéronse los cuatro grandes arcos y se terminó el hemiciclo del fondo; pero las proporciones del plan de Bramante no estaban bien combinadas, de modo que el solo peso de las bóvedas hizo flaquear por todas partes sus sostenes: todavía no tenia el edificio en la parte destinada á sostener la cúpula, ni la mitad de su elevación ni la cuarta parte su carga, y ya amenazaba ruina. El Bramante murió bastante á tiempo para no asistir á la caída de su obra, y al cambio de sus proyectos. Sucedióle San Gallo, el hermano Giocondo de Verona y Rafael, quienes solo pensaron en los medios de reparar el trabajo de Bramante y en reforzar los pilares que sostenían la bóveda. Dos de ellos murieron demasiado pronto para seguir esta obra: el hermano Giocondo se fué de Roma: en fin, en 1546, Paulo III, sucesor de Julio II., confió el cargo de terminar la obra de San Pedro, al artista á quien debiera habérsele encomendado desde el principio, á Miguel Angel.

Tenia este entonces setenta y dos años, pero su genio no habia perdido nada de su energía ni de su grandeza: semejante á Moisés, cuya estatua es su obra maestra, no debia sentir en manera alguna la debilidad que los años traen en pos de sí, y hasta el día de su muerte sus contemporáneos hubieran podido creerlo inmortal. Empezó Miguel Angel por examinar el modelo de madera que habian dejado sus predecesores: lo criticó con una gran rapidez de juicio, y demostró que ocasionaría un enorme gasto de dinero y de tiempo. En quince dias hizo un nuevo dibujo que estrechaba los planes ya formados, y reducía la iglesia á la for-

ma de una cruz griega; añadió magestad á toda la disposicion general, é imaginó una nueva cúpula que debía ser aun mas alta que la primera. La idea de esta cúpula está en una espresion del célebre artista. Peseaban con él varios amigos cerca del Panteon, y le hacian admirar las proporciones de aquel gigantesco edificio:—*Algun día, dijo, elevaré yo en los aires esa mole que está apoyada en el suelo.* Este proyecto debía realizarse.

Paulo III quedó tan satisfecho de los dibujos de Miguel Angel, que espidió un breve para prohibir que se alterase nunca en ellos cosa alguna, bajo penas muy graves, y para señalar al arquitecto una pension de seiscientos escudos mientras trabajase en la basílica. Miguel Angel, rehusó esta pension, y durante los diez y siete últimos años de su vida trabajó sin emolumentos, en una obra que habia enriquecido á todos sus predecesores. Reforzó por tercera vez los pilares de la cúpula y coronó sus arcos, con un cornisamento tan rico como bien proporcionado.

Pero la construccion de la iglesia de San Pedro no debía acabarse ni en su vida, ni en la de Paulo III; Santiago Dellaporta fué quien puso la última piedra de la cúpula en 1587, bajo el pontificado de Sixto V. Diez y ocho años después, Paulo V fué exaltado al solio pontificio, y quiso tener la gloria de acabar el edificio en que sus predecesores se ocupaban hacia un siglo. Nombró para el cargo de arquitecto de San Pedro á Carlos Maderna, lombardo. Carlos Maderna terminó la obra de Miguel Angel; pero las mudanzas que tuvo que hacer en ella son demasiado importantes para que las pasemos por alto.

Es opinion bastante admitida, que en la concepcion general de su proyecto, y dominado por el pensamiento de la unidad, de que queria hacer resultar la impresion de grandeza á que aspiraba, Miguel Angel se habia olvidado un poco de introducir en su conjunto ciertas partes, cuyo empleo reclama imperiosamente la liturgia cristiana; así por ejemplo, no habia designado en el interior ningun sitio para el coro de los canónigos, para la sacristia, etc.... y el exterior del monumento no podia prestarse á las adiciones que hubieran exigido estos accesorios. Estas consideraciones parecieron tan terminantes, que el papa Paulo V resolvió dar al plan del edificio una extension que no podía dársele sino por el lado del brazo occidental de la cruz griega; es decir, por el lado de la entrada, que no estaba terminado, y donde habia plena libertad para estenderse.

Carlos Maderna llevó á ejecucion las ideas del soberano pontífice; alargó con tres arcos de la misma altura, de la misma disposicion y de la misma elevacion de bóvedas que los de Miguel Angel, la parte oriental de la cruz griega, y presentó un dibujo del pórtico enteramente nuevo, atendido que Miguel Angel en el suyo, habia olvidado el sitio desde donde el papa, con arreglo á los ritos mas antiguos, debía dar al pueblo de Roma y á todo el universo, la bendicion conocida bajo este nombre: *Urbi et orbi*.

De estas alteraciones, tal vez indispensables, y de las que en todo caso no se debe acusar á Carlos Maderna, ha resultado un defecto grave. San Pedro de Roma no tiene aquella *unidad* que habia querido darle Miguel Angel: la longitud de la nave mayor perjudica al efecto de la media naranja. Al entrar en la iglesia experimenta uno dos impresiones diferentes, una que nace de la grandeza de la nave oriental, y otra de la grandeza de la cúpula. San Pedro de Roma no está únicamente en aquella milagrosa cúpula: la obra de Miguel Angel ha quedado, pero su pensamiento ha desaparecido: mas á pesar de todo esto el dibujo de Carlos Maderna tiene tanta magestad, y la iglesia es tan admirable en todas sus partes, que pronto se olvida aquel defecto que domina el todo: además, la verdadera desgracia de aquella basílica consiste en haberse tardado mas de un siglo en terminarla. Durante este tiempo, el gusto habia experimentado tales mudanzas, que hubiera sido imposible, aun cuando se hubiera intentado, conservarle totalmente su primitiva arquitectura. En 1614 se acabaron todos los trabajos, y la iglesia se abrió al pueblo de Roma, tal con muy corta diferencia, cual puede verse hoy.

Después de haber dado la historia de la iglesia de San Pedro, conviene dar la de la plaza que la precede, y la de la columnata que se ha construido alrededor de aquella plaza, ya que los dos monumentos se han confundido á punto de no formar mas que uno. El papa Alejandro VII fué quien á mediados del siglo XVII concibió la idea de decorar de un modo tan grande como magnífico los ingresos á la basílica del Vaticano, proyecto que comunicó al caballero Bernini, á quien encomendó su ejecucion. Comenzáronse breves los pórticos de la plaza de San Pedro, es decir, aquella famosa columnata, que hubiera bastado sola para immortalizar el nombre del Bernino, bajo el cual es tan conocida como bajo el de San Pedro.

Desde las vastas empresas de los emperadores romanos, en las que iban á sumergirse las riquezas del universo, jamás la arquitectura habia producido nada tan grande ni tan suntuoso y aun acaso es permitido pensar que el imperio romano haya ofrecido jamás, en su decoracion de algun edificio, un conjunto tan rico y tan completo. La primera dificultad que ofrecia aquella concepcion era, hacer una plaza cuyas dimensiones estuviesen en una razonable proporcion con el monumento para el cual se hacia, cosa en que el Bernino tuvo un acierto singular: la segunda era establecer una relacion proporcional entre las galerías y el templo tal

que aquellas dos cosas no se perjudicasen mutuamente. Era preciso conservarle al templo toda su grandeza, sin que al mismo tiempo el templo, con la inmensidad de su mole, hiciese parecer demasiado chicos los pórticos que iban á servirle de ingreso, y ciertamente puede decirse que el Bernino dió con el punto medio tan perfectamente, que en vano la imaginacion buscara entre aquellos dos objetos otras proporciones y mas cabal armonía.

La columnata de San Pedro, empezada en 1661, está formada por dos grandes pórticos de 56 pies de ancho: cuatro hileras de columnas dóricas forman en cada columnata tres calles, de las cuales la de en medio es bastante ancha para que puedan pasar por ella dos coches. Las columnas tienen 40 pies de altura, contando los capiteles y las bases: sostienen un cornisamento dórico, coronado por una balaustrada, sobre la cual han colocado estatuas de santos y santas. Estas figuras tienen 13 y 1/2 pies con sus bases, y dan al total de la galería 73 de altura sobre el pavimento de la plaza.

Lástima es que el papa Alejandro VII no redujera á esta columnata los ornatos que queria añadir á la iglesia de San Pedro, pero hizo construir bajo la cúpula de Miguel Angel y sobre el altarmayor un *baldaquino* que el Bernino recibió encargo de ejecutar. Este ingenioso artista luchó en vano contra la dificultad que ofrecia al encerrar un pequeño edificio en otro mas grande, sin que salte á los ojos el mal gusto de la alianza. El baldaquino de San Pedro es la mas grande obra de bronce que se conoce: el dosel ó coronamiento está colocado sobre cuatro grandes columnas retorcidas compuestas que tienen 40 pies de elevacion. La altura del monumento entero, desde el pavimento de la iglesia hasta lo alto de la cruz que lo corona es de 122 pies. Las esculturas de que está cubierto son de suma riqueza; pero, ya lo hemos dicho, por mas magnífica que sea esta obra, es imposible verla sin sentir que Alejandro VII se haya creído obligado á hacerla construir. Esta es además una de las principales razones que hacen que el interior de San Pedro carezca de una verdadera unidad.

En medio de la plaza de San Pedro se alza un grande obelisco de granito solo coronado por una cruz. El papa Sixto V lo hizo trasladar á aquel sitio mucho antes de que se pensase en construir la columnata de Bernino. A ambos lados del obelisco brotan dos magníficas fuentes que completan ricamente la decoracion, ya se las considere durante el día cuando los rayos del sol, quebrados en sus aguas, forman en ellas brillantes iris, ya se vaya durante la noche á contemplar en ellas la blanca imagen de la luna y á buscar las piadosas meditaciones que hace nacer su perpétuo murmullo.

El interior de la basílica de San Pedro está decorado con una profusion de ornatos que es preciso renunciar á describir. Vénse en él las sepulturas de todos los papas que se han sucedido en el trono pontificio desde la construccion de la célebre basílica. Grupos de mármol, debidos al cincel de los Miguel Angel, de los Berninos, de los Cánovas, de los Thorwaldsen, llenan las numerosas capillas dispuestas en las naves; copias en mosaico de los mejores cuadros de los principales maestros de Italia resplandecen por todos lados, y dan al espectador encantado la seguridad de que aquellos dechados de las artes no perecerán: frescos de Giotto y de los pintores del renacimiento adornan el pórtico; en fin, la iglesia de San Pedro es no solo la mas bella de todas las catedrales, sino tambien el mas completo de todos los museos.

Cuando se piensa que San Pedro y su famosa columnata no es mas que una parte de aquel inmenso monumento que se llama el Vaticano, y que contiene palacios, iglesias, una ciudad entera dentro de otra ciudad, la admiracion llega á su colmo y se reconoce todo el poder y toda la magestad que animaban el genio de los soberanos pontífices: Roma ha sido la madre de los pueblos, no solo guiándolos á la senda de la salvacion eterna, mas tambien haciendo renacer entre ellos las artes y la civilizacion.

SEMANA MOSAICO.

BREVES NOTICIAS SOBRE LA GAYA CIENCIA

Ó POESIA VULGAR DEL ANTIGUO PRINCIPADO DE CATALUÑA, Y DE LA PROVENZA.—JUEGOS FLORALES DE LOS TROVADORES, Y ACADEMIAS DEL GAY-SABER DE TOLOSA Y BARCELONA.

La poesia vulgar de Cataluña se elevó á tan alto grado de esplendor en la edad media, con la proteccion que le dispensaron los condes de Barcelona, mas adelante reyes de Aragon, que no pudo menos de entender su uso á todas las naciones vecinas, siendo después el principal fundamento de su poesia moderna. En aquel tiempo se conocia con el nombre de *gaya ciencia*, y tambien con el de *provenzal*, aunque mas le cuadraba el de *catalana*, segun César Nostradamus, no obstante de cultivarse en Provenza, en el Languedoc, Lemosin, Alvernia, Borgña, Poitú, Gascuña, Tureña y otras provincias del Loira; pues si bien le quedó el nombre de la primera, la fama puede decirse

que la debe toda á los tiempos en que floreció en Cataluña (1).

Desde el año 1110, en la época de los Berengueres.... la lengua provenzal llegó á tanta hermosura y belleza (dice Bouche) (2) que durante el espacio de 300 años fué preferida á todas las otras de Europa, y muchos extranjeros se esforzaban en aprenderla. Además, el poderio grande que en pocos años tuvieron los condes de Barcelona, poseyendo sucesivamente y con aumento, varios dilatados trozos de las Galias, ya por derechos de herencias, ya por enlaces entre sus ilustres familias, contribuyeron no poco al pronto desarrollo de aquella. El P. Masdeu nuestro erudito, nos prueba que en aquellos tiempos de barbarie para toda Europa, Cataluña era la menos inculta de todas las naciones; y uno de sus condes, Raimundo Berenguer el Viejo, promulgó en 1068, el célebre código de leyes para aquella provincia, cuando todavía las demás naciones no tenían semejante obra, ni aun si quiera pensaban en hacerla: esceptuábase las leyes visigodas.

Con la mudanza de corte á Provenza en 1112, estendiéndose el idioma catalano-provenzal á toda la Francia, pasando á ser el lenguaje nacional de este país; al propio tiempo que nuestros poetas ó trovadores propagaban el estudio del *gay-saber* por la Italia y Sicilia, y hasta dulcificaban las penas á los cruzados que sufrían bastantes descalabros allá en la Palestina. Siguiéron algunos á sus ejércitos viniendo después á dar mayor lustre á aquel precioso arte con sus canciones guerreras, si bien siempre los provenzales mostraron mas aficion á las composiciones amorosas.

No obstante, no solamente los nobles se dedicaron á esta ciencia, sino que tambien hubo varias trovadoras célebres, entre ellas Na-Lombarda, Na-Guilleuma de Rosen, Na-Adelaida de Porcaragues, la Comtesa de Dia, y otras que fueron mas ó menos nombradas en aquellos tiempos. Tampoco se desdénaron de tomar parte en ella algunos monarcas, como son los de Aragon, Alfonso II, Pedro II, Jaime I, y Pedro III, Alfonso el Sabio de Castilla, y Dionisio de Portugal; pero con la particularidad de no contentarse con fomentar la *gaya ciencia*, sino que por sus trovas fueron tambien émulos y rivales entre sí. Inútil tambien es decir que siguieron el ejemplo de sus reyes, infinidad de príncipes subalternos ó condes, como son Guillermo de Berga, Gerardo de Cabrera, Hugo de Mataplana, Poncio Hugo III de Ampurias Manuel, de Escas, Guillermo de Cabestany, y otros que si no fueron de ilustre nacimiento á lo menos ocuparon puestos distinguidos, como Muntaner, Pablo de Bellviure, Juan de Martorell, Arnau, Mossen Jordi, y los mallorquines Lulls.

Fundóse por un catalan, Ramon Vidal de Besalú, en 1323, el consistorio ó academia del *Gay-Saber* en Tolosa, aunque digan lo contrario otros escritores. Lo que si no parece tan cierto es que una tal doña Clemenza Isaura, descendiente de los condes de aquella ciudad, convocase en 1324 á todos los poetas comarcanos, para adjudicar una violeta de oro al mas sobresaliente, haciendo además un fondo para sostener este premio. Bastero, en su *Cruzca provenzale* dice, que se juntaron siete mantenedores de esta ciencia en Tolosa para arreglar aquel consistorio, ofreciendo la misma violeta al que hiciere mejores composiciones; y parece negar que Vidal fuese el fundador de una academia en Francia, tan solo por el delito de ser catalan, y para probarlo alega entre otras razones, que este no firma entre los siete mantenedores; pero Vidal de Besalú siendo el director y fundador de este consistorio, no podia de ningun modo aparecer entre los mantenedores, y estos pareciera muy extraño que lo fuesen de una cosa que todavia no existia.

Establecido que fué, acordó la ciudad darle leyes para su particular gobierno, las que fueron redactadas en 1336, parte en prosa y parte en verso. Formólas el secretario del consistorio, y las dieron el título de *Ordenanzas de los siete señores mantenedores del gay-saber*. No estarán aqui fuera del caso algunas noticias del régimen que se observaba en aquella academia.

El consistorio era el que examinaba las poesías, y adjudicaba los premios: el mismo solia dar los puntos de que habian de tratar los trovadores, que regularmente eran cuestiones que paraban en leves disputas, llamadas en su idioma provenzal, ó mejor catalan, *tezones*. Presidia por lo comun el rey rodeado de los mantenedores, y los poetas estaban sentados en escaños ó asientos mas inferiores, desde donde leían sus trovas, permitiendo los jueces recitar ó cantar en público las que tenían por mejores, adjudicando en seguida la violeta de oro á su autor. Pero otras veces, y en otras materias, como tambien en los citados tenzones, habian de sufrir los trovadores el exámen de sus composiciones por una junta de entendidas damas, llamada *la corte de amor*, que tenia la facultad de sentenciar sobre su mérito; sentencias llamadas *decretos* ó *arrestos de amor*, y que puede considerarse el placer con que los provenzales las recibían cuando estas sentencias les fuesen favorables.

Fué tanta la aficion que tomaron á este arte, viéndose honrado y premiado de diversos modos, que fueron muchos, y excelentes casi todos en erudicion y buen gusto, los poetas que florecieron á últimos del siglo XIII y principios del XIV. Juan el Bueno de Fran-

(1) P. A. Kirker. Princip. christian. etc. lib. 2. c. 3. p. 93.—Marineo Siculo.—Juan Antonio Estrada, y otros autores antiguos y modernos.

(2) Hist. de Provenze. t. 1. li. 2. c. b.

cia concedió bastantes privilegios á los dichos *mantedores*, y pingües rentas, para que pudiesen florecer mas y mas en la gran tarea que habian emprendido. Y ellos viéndose apreciados de esta manera por su rey, convidaron á todos los eruditos en el *gay-saber*, con una carta que hicieron circular por todos los paises en que se hablaba la lengua de *oc*, ó del *si*. El mismo célebre marqués de Villena, don Enrique de Aragon, tomó mucha parte en promover la afición á nuestra poesia, y pasó acompañando á don Fernando el *Honesto* en 1412, desde Antequera á Barcelona, en donde asistió varias veces á los actos celebrados en el consistorio de esta última ciudad.

En Barcelona, pues, y á imitacion en un todo del de Tolosa, fundó Juan I de Aragon la academia poética del *Gay-saber*, á petición de los nobles de aquella ciudad, Luis de Aversó, su secretario, y Jaime Marti, dándole facultad para instalarla. Celebrábase los juegos florales de Barcelona, en el convento de franciscanos, y á veces en el coro del antiguo monasterio de monjas Bernardas de Valldoncella, entonces estramuros. Segun varios documentos de aquel reinado, muchos caballeros catalanes, aragoneses y castellanos, que las guerras y los viages de sus principes reunian en Barcelona, terciaron en los actos con laudable y caballerosa rivalidad, fomentada por sus respectivos monarcas. Mas despues de la muerte de don Martin el *Humano*, acaecida en 1410, sufrió tan gran decadencia esta academia, que á no haber sido don Enrique de Aragon ya citado, sin duda alguna se hubiera destruido, para no volver á aparecer jamás. Pero este magnate la restituyó á su estado primitivo de vigor y escelencia, celebrándose aun en ella varias juntas, y una prueba es de su nueva vida que en 1413 Fernando I de Aragon, la señaló 40 florines de oro de pension anual sobre el real erario, para que se comprasen las joyas necesarias para premiar á los poetas vencedores.

Las turbulencias que luego sobrevinieron en el reinado de don Juan II, acabaron de borrar enteramente la afición á la poesia provenzal ó *gaya ciencia*. Apagáronse del todo los últimos destellos que lucieron en el consistorio de Barcelona, pero siempre habrá de alabarse los personajes citados pues á ellos se debe el buen gusto que en siglos posteriores ha reinado en toda la poesia del Mediodía de Europa.

F. J.

EFEMERIDES ESPAÑOLAS DEL SIGLO XIX. En los primeros dias del mes de enero de 1808, penetraron en España 28,000 franceses al mando del mariscal Moncey, y otros tantos al del general Dupont procedentes de Bayona.—Estos cuerpos se internaron por Castilla, como para pasar á Portugal.

Día 7. Año de 1812.—Bombardeo de Valencia por el ejército francés, mandado por el mariscal Soult.—1856. Accion de Puente la Reina.

Día 8. Año de 1811.—Despues de una obstinada resistencia, toman los franceses el Coll de Balaguer.—1835. Defensa del fuerte de Mercadillo.

Día 9. Año de 1812.—Se rinde Valencia por capitulacion al mariscal Suchet. En 72 horas seguidas cayeron en la plaza 27,000 bombas, perdiendo mas de 16,000 hombres.—1858. Accion de Madrigalejo.

Gaceticilla devota de la capital.

Lunes 7 de enero de 1850. Santos Teodoro, monje, Julian, obispo y mártir, Luciano, presbitero, Janurio, obispo y mártir de Gibraltar, Gerlaco, abad, Fructuoso, obispo de Tarragona. Hoy se abren las velaciones.—En san Andrés se celebra el sufragio semanal por las almas del purgatorio. En san Isidro, coro por mañana y tarde. En la bóveda de san Ginés é Italianos, los ejercicios de costumbre.—Cuarenta horas en la iglesia parroquial de santa Cruz.

Martes 8. San Luciano, presbitero, y compañeros mártires, san Narciso, obispo de Vich, san Severino, obispo, san Osmundo, obispo, santa Gudula, virgen de Flandes, san Apolinar, obispo de Frigia.—En la iglesia de san Antonio de los Portugueses, se hará por la mañana el obsequio acostumbrado á su santo titular. Al toque de oraciones se rezará el rosario en las iglesias de santa Maria, Nuestra Señora de Gracia, Rosario, la Pasion, san Ildefonso, san Justo, Buen-Suceso, santo Tomás, san José, san Luis, san Ginés, san Marcos, capilla de la Virgen de la Paloma y san Francisco.—Cuarenta horas en la iglesia parroquial de santa Cruz.

Miércoles 9. Santos Julian y Basilisa, mártires, san Marcelino, obispo de Ancona, san Pedro, obispo de Sebaste, santa Leocricia, virgen, y santa Mariana.—En la Escuela de Maria, por la tarde, y en la bóveda de san Ginés, por la noche, los ejercicios de instituto.—Cuarenta horas en la iglesia parroquial de santa Cruz.

Jueves 10. San Nicanor, mártir, san Gonzalo de Amante, confesor, san Agaton, papa, san Pedro, monje del Cister, san Guillermo, arzobispo, y san Juan el Bueno, confesor.—En la Capilla Real, solemne triduo á Jesus Sacramentado, continúa y concluye el 12, por la tarde. En san Ginés, san Justo, santa Maria, san Pedro, san Lorenzo y san Isidro el Real, renovacion de sagradas formas, por la mañana.—Cuarenta horas en la iglesia parroquial de san Lorenzo.

Viernes 11. San Higinio, papa y mártir, san Salvio, mártir, santa Honorata, virgen de Pavia, san Teodosio, abad, llamado el Cenobiarca.—En la iglesia de las Descalzas Rea-

Día 10. Año de 1815.—Se embarcan en Cádiz las tropas del general don Pablo Morillo destinadas á América.—1854. Accion de Urdax.

Día 11. Año de 1811.—Ataque y toma del fuerte de Pardaleras, por el ejército de Soult.—1826. Freire descien- de á la isla de Chile, y á favor de la noche se apodera de la bateria española de Agay.—1840. Accion de Cañada y de Forces.

Día 12. Año de 1812.—Célebre batalla de Rocafort, Sangüesa, en la que el general Mina con 5,000 hombres escasos derrotó á 5,000, les tomó toda la artilleria y les hizo mas de 2,000 muertos, heridos y prisioneros.—1854. El brigadier Espartero, (comandante general de Vizcaya,) derrotó al jefe carlista Luqui en las cercanías de Barambio.

Día 15. Año de 1809.—Batalla de Uclés, perdida por el ejército del Centro al mando del general Venegas.—1810. Acciones de Moya y Colluspina.—1857. Accion de Fonollosa.—1858. Horrorsa accion de Sotoca.

Felipe rey de Francia, refiriéndose á la gordura de Guillermo rey de Inglaterra, dijo á algunos amigos:

—¿Cuando pare el rey de Inglaterra?



Todo lo puede el amor.

Este lo supo, y contestó enfurecido: —Juro á Dios que cuando salga á misa de parida, he de encender tantos cirios en Nuestra Señora de París, que quedará estupefacto el rey de Francia. Con efecto avanzó en contra suya con ejército numeroso, matando, talando é incendiando cuanto hallaba á su paso.

Siempre creemos á lo pasado mejor de lo que fué; á lo presente peor de lo que es, y á lo futuro mejor de lo que será.

EL AMOR TODO LO PUEDE.

El amor es el rapaz Mas poderoso y temible; Donde penetra sagaz, Juro á Dios que es imposible, Que pueda existir la paz. Su flecha, siempre certera, Tan astuto en la ocasion, Que sin saber la manera, Penetra en el corazon Cuando menos se le espera.

Su mando empieza á ejercer, Nos da sinahor y enojos; Nada mira en su poder, Con tal de satisfacer Sus caprichosos antojos.

Se burla de la fiera, Aun del mayor foragido; Muestra ufano su entereza, Y al hombre mas aguerrido Hace bajar la cabeza.

Es un hecho bien probado, Que este rapaz bullicioso, Con su influjo poderoso Hace limpio y alindado Al hombre mas desidiado.

Y no nos avergonzamos De observar que hay circunstancias En que imbéciles lloramos, Y tambien que ejecutamos Un sin fin de extravagancias.

Por Cupido, á un ochenton, Vi yo tomar una turca, Y bailar en un salon, Dos walses, una mazurca, Y ademas un rigodon.

Y me consta que este tal, En su inesperado hechizo, Por este dios infernal, En ropa y pelo postizo Gasta todo su caudal.

A quien no nace, poeta Amor la musa le sopla; ¡Ni el Parnaso se respeta! La comezon nos inquieta Y escribimos una copla.

Si no podemos negar, Que esto en el mundo sucede, Digamos sin vacilar, Que es preciso confesar, Que el amor todo lo puede.

I. A. BERMEO.

LOGOGRIFO.



La solucion en el número inmediato. SOLUCION DEL INSERTO EN EL NÚMERO ANTERIOR. QUIEN BIEN TE QUIERA TE HARA LLORAR.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico calle de Santa Teresa, núm. 8.